

# TERROR ENTRE CÍTRICOS

Paco Luna



Nuestro protagonista, que ni tiene nombre ni falta que hace, por fin consigue disfrutar de unas vacaciones de verdad. Su mujer y sus hijos van a estar un tiempo ausentes y él se siente libre como un adolescente, solo en casa, un chalet en mitad de la nada, rodeado de naranjos y limoneros. Es en ese preciso momento cuando su vida se ve truncada por una trama mística de la que no es consciente en ningún momento, ni siquiera en su final, donde nos relata su propia historia. Desde el principio, lo cotidiano se vuelve contra él, sacando lo peor de sí mismo, para acabar complicándose la vida hasta extremos inimaginables. Nuestro héroe es todo lo contrario a lo que se puede esperar; de hecho lo más fácil es que el lector acabe deseando su muerte.

Una historia hilarante que no deja indiferente, una mezcla de humor y terror que bien podría definirse como *Tumor negro*.

Paco Luna



# **Terror entre cítricos**



Título original: *Terror entre críticos*  
Paco Luna, 2015

---



Vins

---

Revisión: 1.0  
Fecha: 08/01/2020

*Dedicado a Elena Gómez Alonso «LENY».*

*Sin contar con la envidia y desasosiego que me producían el sonido y la velocidad de tus dedos contra el teclado de tu ordenador, jamás me hubiese levantado del sofá para acabar este libro.*

## AGRADECIMIENTOS:

Gracias a Jose, mi estimado vecino, por ser mi primer lector y por no haberme denunciado, aunque te mordiese mi perro; a Antonio Bosch por todo el apoyo y la fe que me ha prestado; a Monty Peiró por la primera corrección ortográfica que hizo posible al resto de humanos leer el libro sin vomitar; y a todos los gatos que he tenido en esta vida, solo por existir y haber aguantado a mi lado.

## CAPÍTULO 1

---

### El puto momento

Supongo que tiene que haber un momento en el que empiece todo, un momento a partir del cual las cosas empiezan a torcerse, un instante en el que por un mal paso, sea casualidad o no, metes el pie en un sitio, tocas un interruptor del universo y algo hace *clic*. Entonces todas las ruedas y resortes comienzan a girar en otra dirección. Todo lo que antes era el suelo, tu camino, se confabula con el caos para llevarte de la mano y de la manera más inesperada hacia tu propio final.

Supongo que habrá gente que no opine lo mismo. Pero yo estoy a punto de morir y tengo derecho a opinar lo que me salga de los cojones.

Y ahora veo claro ese momento.

No recuerdo exactamente la hora, ni siquiera el día de la semana, pero lo veo como si estuviera allí. Sonaba Norah Jones, era por la tarde, media tarde ya. Yo tenía una cerveza helada en la mano y dos docenas más en la nevera, acababa de darme un baño en la piscina y estaba tumbado en la hamaca de la terraza cuando una brisa fresca se molestó, en pleno mes de julio, en pasar por allí para darme un beso.

¡Joder! ¿Qué más podría pedirse?

Por primera vez desde que se fueron todos me encontraba realmente a gusto con mi soledad y disponía de ánimos suficientes como para seguir allí tumbado el resto de la tarde.



Los míos, mujer y cuatro hijos, están de viaje. Cuando se fueron, nada más quedarme solo, experimenté una explosión de libertad que me llevó de nuevo a la adolescencia, pero esta vez con un cuerpo de cuarenta años.

Las dos primeras semanas bebí más alcohol que en los últimos quince años, quedé con todos esos amigos que no le gustan a mi mujer (¡cuánta razón tiene!) y arrasé rápidamente con mi salud, con mi nariz y con mi cartera.

Salí solo cuatro veces, pero acabé tomando drogas que hacía años que no tomaba, incluso probando algunas que nunca había probado. Supongo que hay muchas clases de drogadictos, yo soy de una de ellas.

Normalmente mi vida familiar no me permite nada más que alguna escapada, pero así, libre de horarios y responsabilidades, me dejé llevar sin sentido y acabé hartado, como cuando estas a régimen y el primer día que te lo saltas entras en un buffet libre.

Al final me cansé; o uno se cansa, o se le acaba el dinero o se muere.

Hice una buena compra y me atrincheré en casa con la idea de no salir ni ver a nadie más al menos en dos semanas.

A partir de ahí pasaron los días como pasan los trenes y yo me quedé mirándolos sin subirme a ninguno. Entonces empezaron las distancias cortas, el aburrimiento, los largos silencios y mi relación conmigo mismo empezó a deteriorarse. Tenía ganas de estar solo para divertirme y me di cuenta de que era un ser aburrido, un recipiente al que si no se le metía ninguna sustancia se quedaba bastante vacío, aunque eso sí, muy transparente.

No hay nada más patético que cuando al fin tienes tiempo para hacer todas las cosas que nunca tenías tiempo de hacer y no haces nada. Solo ves cómo tu ánimo se hunde entre la mediocridad y la pereza.

Empecé a echar de menos a la familia. Al menos, cuando estaban aquí, había alguien a quien echar la culpa de todo esto. Al principio añoraba solo los buenos momentos, los abrazos, las risas

de los niños, el cuerpo de mi mujer, los desayunos con todo aquel despliegue encima de la mesa, después eché de menos incluso las cosas que me molestaban, los gritos que me despertaban de la siesta, las constantes peleas entre ellos, la regla de mi mujer (¡qué retorcida es la mente humana!).

Caí en una tremenda depresión. Salía de la cama para comer y ver películas y solo me asomaba al sol a partir de las seis de la tarde. Así que en poco tiempo acabé con el repertorio del videoclub. Si se pudieran vomitar las películas, hubiese vomitado más de una. Pero como dicen, el tiempo lo arregla todo y poco a poco el propio instinto de supervivencia me hizo ponerme en marcha.

Lo primero fue arreglar la cocina, fregar lo justo para poder comer. Después lavar las sábanas, por el olor más que nada; y una vez rompí ese tabú que tenía con la lavadora, me lancé de lleno en una espiral de actividad, jabón y suavizante, y acabé con toda la ropa que tenía esparcida por la casa.

Tenemos una lavadora de ocho kilos y la verdad es que ponerme al día me costó poco. Total, iba casi todo el día en pelotas, pero ver toda la ropa limpia y doblada me llenó de ánimos, me di cuenta de que hacer cosas paliaba en parte el dolor y la culpabilidad de no hacer las cosas que me había propuesto hacer. Así que casi sin darme cuenta me fui poniendo en marcha.

Corté la leña que estaba desparramada por el terreno y la apilé, quité los escombros que llevaban más de dos años junto al paellero, arreglé el trastero y pinté y llené la piscina.

Y esto nos lleva a ese momento que os contaba, el puto momento.

Después de mi primer baño en la piscina, cogí una cerveza y sin terminar de secarme me tumbé en la hamaca, sonaba Norah Jones, ¿os acordáis? Y aquella amable brisa...

Bueno, al grano. La mayoría de los gatos que andaban por la casa se pusieron a realizar sus actividades rutinarias alrededor de mí. Los cachorros jugaban entre ellos o con cualquier cosa que se cruzase en su camino, parecían tener prisa, como si hubiese un

tiempo estipulado para jugar y quisieran aprovecharlo al máximo, y su madre parecía una estatua a la sombra, negra, tranquila y alerta al mismo tiempo.

No es que estuvieran esencialmente conmigo, pero allá donde yo iba, iban ellos a seguir haciendo sus cosas, como si fueran parte del decorado y tuvieran que cumplir sus horarios. Y a mí me gustaba verlo. Ahora lo veo de otra manera. Qué coño, ahora no lo veo.

Y entonces, en ese preciso instante empezó a torcerse todo. Mi mujer cree que los pensamientos atraen los hechos, que las vibraciones rigen el mundo y toda esa mierda. Yo no sé muy bien qué creo, de lo que estoy seguro es de que ese día no tuve ningún mal pensamiento, ni miedo ninguno, ni invoqué ninguna desgracia para mí, tan solo pensaba en que esta vez, fin, cuando acabase el verano, no tendría que volver al pulo trabajo de siempre.

Y en medio de ese pensamiento, como partiendo toda la línea de mi existencia, ocurrió. Fue una de esas variables que no le esperas. Parecía de lo más inofensivo, no mediría ni veinticinco centímetros.

Uno de los cachorros se puso a jugar con la tela de la hamaca, la escaló y acto seguido la tomó con el dedo gordo de mi pie, y yo le seguí el juego. Empecé a mover el pie y a intentar cogerle las orejas con los dedos y él se apartaba y se lanzaba de nuevo contra mi pie como si fuera una presa, pero con cuidado, sin sacar las uñas. Me mordía el dedo gordo, pero apenas hacía presión, solo unas pocas cosquillas.

Me alegró ver al gato jugar. Lo interpreté como un signo más del repentino optimismo que empezaba a embaucarme, pensé hasta en ponerle un nombre, y mientras mi mente se debatía para encontrar alguno que hiciese juego con el gato, él, confiado y atrevido, caminó por mi anatomía horizontal como Pedro por su casa, restregándose por las paredes y ronroneando en los rincones hasta que llegó cerca de mi barba y una vez allí se tumbó en mi pecho y me mordisqueó la barbilla. Era tan tierno... Después me miró fijamente y, sin que me diera tiempo a reaccionar, ni siquiera a cerrar los párpados, estornudó.

Joder, aún lo veo a cámara lenta. Su cabeza giró como si fuera un aspersor endiabrado. Los mocos del gato atravesaron el aire dibujando un arco y me acertaron en el ojo derecho. Mi boca y mi barba también se sintieron afectados, aunque no tan seriamente. Quise blasfemar, pero tartamudeé, no me decidía si a cagarme en Dios o en Zeus, pero finalmente me cagué en el que fuera más grande.

Con el dorso de la mano me limpié el ojo como pude, y allí estaba el gatito sin nombre, mirándome como si no hubiera pasado nada. No sé si fue un reflejo o pura rabia, pero cogí al gato del pellejo y lo lancé con la intención de enviarlo muy lejos, pero sin una dirección clara, con tan mala suerte que el gato se estampó contra el limonero que hay junto a la terraza, concretamente se dio con la cabeza en el muñón de una rama podada.

Si estuviésemos en el universo de los dibujos animados, se habría aplastado como plastilina y después se habría despegado poco a poco del árbol para caer al suelo como un pergamino enrollado. Pero por muchos canutos que llevara en el cuerpo, aquello no eran dibujos animados y el gato, sin maullar siquiera, cayó al suelo como un muñeco de trapo. Acto seguido empezó a convulsionarse y yo, perplejo y torpe, me levanté de la hamaca con la intención de... no sé... ¿Socorrerle?

Joder... No lo hice adrede.

Todos los gatos de la casa se acercaron a una distancia proporcional a una ecuación cuyas variables eran la curiosidad y el miedo, y como unidos en una coreografía macabra, miraban al gato sin nombre (llamémosle, a partir de ahora, gato muriéndose) y levantaban la cabeza para mirarme a mí, y así una y otra vez. Un montón de ojos culpándome, señalándome.

Por su incomprensible sincronía parecían estar haciendo una versión para *Scary Movie* del vídeo *Thriller* de Michael Jackson. Aquello daba un poco de grima, era casi un «póster-gay».

¡Joder! ¡No lo hice adrede!

Me alejé de ellos unos pasos hacia atrás. La mayoría de los

gatos seguían con la coreografía. El actor principal se convulsionaba y todos los demás nos miraban a él y a mí alternativamente, pero su madre se le acercó a contratiempo. Me miraba y maullaba, le miraba y maullaba buscando alguna respuesta por mi parte, ella decía «miau» pero mi mente escuchaba con claridad «llévale al veterinario, haz algo de una vez...».

Lo último que me apetecía hacer era acercarme al pueblo, estaba ya en reserva de gasoil y después del desenfreno de las últimas semanas, también sin blanca. Tenía que reservarme para una emergencia. Además, ese veterinario se pasa todo el día encerrado en su consulta contando moscas y tocándose los cojones y cuando entra alguien una vez a las mil, intenta cobrar de un golpe toda la semana que lleva allí esperando y explorando sus genitales. Si al menos se lavara las manos antes de tenderla para saludarte...

¡Ni de coña! Pasé de ir al veterinario.

Tenía dos opciones. O bien coger el gatito y sacarlo de mi vista con la mayor frialdad del mundo, o bien darme la vuelta y haciéndome el despistado salir de allí como si el incidente nada hubiese tenido que ver conmigo. Tomé la segunda opción. Tenía que dar la vuelta a la casa. La puerta de la terraza se queda dando golpes si la dejas entornada, así que estaba cerrada. Es una de esas puertas que no tiene pomo por fuera, de esas que si las cierras de golpe y te dejas las llaves dentro estás jodido.

Cuando doblé la esquina y lo vi por primera vez se me heló la sangre. Otro gato, uno que no había visto nunca. Era más grande de lo normal, joder, era más grande que un perro, la verdad es que mucho más grande de lo normal. Pero realmente, lo que más me impresionó fueron sus ojos, parecían los ojos de alguien, ojos de gente, o peor aún, parecían los ojos de alguien que me conocía. Aquellos malditos ojos entraron por los míos como un torrente de agua entrando por dos alcantarillas, y sin encontrar resistencia alguna se derramaron hasta el fondo del pozo y removieron sin piedad toda la suciedad y el lodo que se aferraba en lo oscuro de las paredes de mi alma.

Vomitó...

Fueron dos o tres arcadas, prefiero no describir su composición... (De nada).

En cuanto pude me di la vuelta y rodeé toda la casa por el camino más largo con tal de no volver a ver nunca más a aquel enorme gato pardo hijo de puta. Pasé de nuevo delante del musical *Thriller* y de *Cats* sin mirarlos, pero aun así sentía la presión de las miradas de todos ellos, como una presión intermitente y *Negra*, la madre del gatito muriéndose, me siguió hasta que entré en la casa maullando, implorando que hiciese algo, que salvara a su cría, agobiándome tanto que no me hubiese importado pillarle la cabeza al cerrar la puerta de golpe.

¡Joder! Al fin dentro. Al fin solo.

Me quité el bañador y me dejé caer en la cama con los brazos abiertos esperando a ver si me abrazaba algún sueño que pudiera borrar o al menos difuminar todo lo que había pasado.

## ***CAPÍTULO 2***

---

### **Mi ojito derecho**

Me desperté. Si pasó algo en medio, no me acuerdo. Me dolía todo y hacía frío, parecía que hubiese llegado ya el invierno. Aquella suave y agradable brisa se había transformado en una espeluznante corriente de aire frío que corría pletórica y libre por todas las ventanas abiertas de la casa. Tenía la espalda y el culo helados. Mientras dormía había acabado colocándome en posición fetal con la espalda hacia la ventana.

Me di la vuelta, me senté sobre la cama y arqueé el cuerpo para buscar a tientas las zapatillas. Las ventanas estaban abiertas y apenas había luz en la habitación. ¿Qué hora sería?

No conseguía abrir bien los ojos. ¿Qué era esa sensación de pesadez? Era como una manta de malestar que pesaría unos diez kilos más o menos y estaba tejida con dolor de cabeza, debilidad y fiebre.

Me puse las zapatillas y me intenté incorporar, pero una punzada de dolor me recorrió toda la espalda. Estaba enganchado, se había roto la bisagra. Si me sentara en un sofá y me quedara quieto, daría el pego durante horas, y si me alimentaran, podría pasarme incluso meses así, delante de la tele. Pero no era plan, estaba allí solo y no podía ni siquiera coger los huevos de la nevera porque estaban demasiado altos.

Qué coño, no podía ni siquiera levantarme de la cama.

Esperé unos treinta segundos, respiré hondo e intenté relajarme.

No es que aquello fuera a servir para mierda alguna, pero en la situación que estaba tampoco tenía muchas más alternativas.

Y entonces fue la primera vez que sentí que pasaba algo con mi ojo derecho, lo toqué con la palma de la mano y me di cuenta de que no podía abrirlo porque una especie de legañas babosas mantenían los párpados pegados. Como pude, me quité aquellas legañas como quien se despega de la piel un moco ajeno, no sin añadirle al asco el consiguiente dolor de espalda que acompañaba a cada movimiento de mi brazo.

Cuando conseguí abrir el ojo, un líquido caliente resbaló por mi mejilla como si llorara, pero no fue doloroso, al contrario, sentí un frescor repentino en la zona del ojo. Fue como un alivio. Mi cara estaba caliente, la fiebre ya no solo pesaba, también latía.

Tenía que levantarme de allí, seguro que había algo en el armario de las medicinas que me haría sentir mejor. Tenía que llamar a mi mujer, ella es la que se ocupa siempre de estas cosas.

Una, dos y... ¡Joder!

No conseguí incorporarme del todo, me dolía demasiado, pero me apoyé con las manos en la pared y en una posición bastante ridícula fui rodeando la habitación sujetándome en las paredes y los muebles. Era una escena más bien geriátrica.

Llegué como pude al cuarto de baño. Encendí la luz e intenté mirarme en el espejo, pero no podía incorporarme lo suficiente como para verme la cara. Tuve que apartar los desodorantes, el jabón... y aun así tan solo conseguí ver el reflejo de mis ojos, que me miraron espantados. No me hacía falta ver más. Casi hubiese preferido no verlos.

Mi ojo izquierdo estaba normal, quizá bastante asustado, pero el otro parecía más desecho que derecho, era como si hubiese estado de vacaciones en Chernóbil, o como si estuviese intentando transformarse en algo interrumpido. Una crisálida abierta, supurando y con una especie de pegamento *Imedio* descosido intentando sellar los párpados, y lo poco que se veía a través de ellos era más rojo que ojo.



Lo intenté abrir con la mano levantando el párpado superior con el dedo, pero fue doloroso y desagradable a la vista. El párpado inferior colgaba como un trozo de piel de pollo que llevara más de una semana fuera de la nevera, con un aspecto acartonado y violáceo. En general, todo el lado derecho de la cara se había desplazado un centímetro y medio hacia abajo.

Sentí que esa parte de la cara empezaba a pesarme más solo con verlo. También ardía.

Me tapé con la mano el ojo bueno para ver cómo había afectado a la visión aquella mierda que le estaba pasando y me di cuenta de que había perdido al menos un sesenta por ciento de la visión. Yo sabía que era mi reflejo lo que tenía delante, pero mi ojo perjudicado solo conseguía ver un borrón en el espejo y además me molestaba muchísimo el reflejo de la luz de la lámpara.

Lo mejor era darle una baja temporal y abrir el otro ojo; le preguntaría a mi mujer, ella sabría qué hacer con esto.

Me di la vuelta y abrí el armario de los medicamentos, pero claro, los medicamentos estaban fuera del alcance de los niños y también de cualquier adulto que no pudiese superar un ángulo de cuarenta y cinco grados de pie.

Palpé como pude la estantería con el consiguiente dolor de espalda. Además, el globo ocular sano en aquel ángulo se forzaba tanto hacia arriba que prácticamente no veía nada. Lo intenté un par de veces hasta que conseguí que me cayera una caja de *Almax* en la cara y hubiese conseguido tirarme todo el armario encima, pero seguro que el *Ibupofreno*, que era lo que andaba buscando, estaría en una estantería superior o por alguna extraña razón no caería.

Me desanimé y miré hacia abajo y allí había una solución que estaba esperándome para darme un poco de esperanza en la vida.

Dios aprieta, pero no ahoga, pensé antes de acabar contándoos esto desde la piscina. No es que crea mucho en Dios, pero a veces lo uso para echarle la culpa de algo o para cagarme en él.

En el bajo del armario, al alcance de mi mano había una almohadilla eléctrica, la cogí y salí del cuarto de baño dejando la luz

encendida.

La casa estaba en penumbra, miré el reloj y vi que eran las nueve de la noche, solo que en julio, aquí en Valencia, es como si fueran las nueve de la tarde, solo anochece a las diez y pico.

Parecía que había dormido meses, la temperatura había cambiado mucho. Me puse una bata como pude y fui a cerrar todas las ventanas de la casa. Primero la cocina, donde al llegar a la ventana descubrí la razón de aquella oscuridad. Puede que en el cielo hubiese un sol brillando o no, pero una espesa capa de nubes grises y negras nos iban a dejar con la duda. Joder, qué tormenta, no conseguí ver ningún claro, aunque tampoco me esforcé mucho.

Cerré la ventana y así sucesivamente fui arrastrando mi encorvado cuerpo y mi dolor de espalda por todas las habitaciones de la casa. Las cerré todas, las últimas, las del salón.

Una de ellas tiene el cristal roto, bueno, mejor dicho, no nene cristal. Se lo cargaron los niños con una pelota antes de u se y yo quité el resto de los pedazos. Había dejado solo el marco de aluminio, lo cerré, pero fue un acto más bien simbólico, después cerré la persiana. De momento serviría.

He de reconocer que la temperatura, una vez cesó la corriente de aire, era mucho más soportable.

No debería de hacer tanto frío, pero yo lo sentía, estaba destemplado y sudoroso.

Conecté la almohadilla eléctrica y la dejé sobre el sofá, después me di la vuelta y me dejé caer hacia atrás intentando ensamblar mi espalda con el respaldo, y fue perfecto, sin dolor. Ahora tenía que ponerme la almohadilla debajo de la bata, eso fue bastante más doloroso, cualquier movimiento que implicara directa o colateralmente a mi espalda era desagradable, pero valía la pena.

La almohadilla aún no estaba caliente, pero no tardaría en aliviarme.

Eché la cabeza para atrás y por un momento me pareció relajarme, pero enseguida caí en la cuenta de que no tenía a mi alcance el mando de la tele.

Aunque en ese momento se me hacía una odisea solo el hecho de levantarme, me enfrenté al dolor y a la manta de malestar que se derramaba sobre mí, solo para no soportar la idea de quedarme solo, sentado en el sofá, contando los latidos de mi ojo.

Creo que crujió otra vez, me bajó la tensión, pero ya me había levantado, por llamarlo de alguna manera, así que tenía que aprovechar el viaje. Acerqué el mando al sofá y antes de volverme a sentar valoré las necesidades que podía tener en las próximas horas. Así que me acerqué de nuevo a la cocina a por una cerveza de la nevera, el tabaco, papel y algo de mezcla. Comer quizá... unas patatas servirían, además estaban en la parte de abajo de la despensa.

Cuando me iba de la cocina sentí una presencia... Miré a la ventana y allí estaba *Negra*, mirándome. Ya no tenía aquella desesperación en su mirada, en sus ojos ya no había nada. A ver... sus ojos estaban, pero parecían mirar a un sitio que no existiese. Miraban hacia mí, pero su mirada no parecía detenerse con mi presencia, parecía más bien que estaban viendo algo que hubiese detrás de mí. Miré detrás de mí y no había nada, pero al moverme y cambiar el ángulo de visión, se me heló la sangre.

Las otras dos ventanas de la cocina también tenían su gato. En la que hay junto al fregadero estaba *Tigre*, un gato de mediana edad a rayas blancas y naranjas clavándome aquella mirada esterilizada y alienígena, y en la de al lado de la puerta estaba *Félix*, un gato pequeño, peludo y muy cariñoso, con aspecto de lince. Él era mi preferido, éramos amigos, o al menos eso creía yo. Solía subir a la ventana y llamarme con la pata, pero no estaba allí pidiéndome entrar. Le miré a los ojos y en verdad podría decirse que no estaba allí, aquel que me estaba mirando no era *Félix*. Aunque ese fuera su cuerpo, no era él el que estaba detrás de esos ojos.

Casi sin darme cuenta fui caminando hacia atrás, mi instinto fue sacándome de la cocina mientras mi conciencia intentaba asimilar todo aquel asunto de los gatos. Para cuando estaba ya a mitad del pasillo, logré convencerme de que mi realidad debía de estar un

poco distorsionada por la postura y la fiebre así que me di la vuelta y me dirigí encorvado, pero decidido al sofá.

Me senté de nuevo sin dolor, la almohadilla ya estaba empezando a calentarse, era todo perfecto, tenía provisiones, el mando de la tele... Qué bueno el calor...

Me recosté y dejé que ese calor se fuera extendiendo por mi cuerpo, lo sentí como algo líquido, y me fue invadiendo lentamente. Fue como tumbarse en una bañera fría de porcelana, abrir un poquito el grifo del agua caliente y dejar que se fuese llenando muy despacio.

Aún tenía temblores que cesarían pronto y aún había partes de mi cuerpo que estaban frías, pero poco a poco el calor me iría cubriendo, solo tenía que acordarme de dejar la cabeza fuera del agua.

La sensación de bienestar me envolvió como una placenta. No hay nada mejor para sentirse bien que acabar de dejar de sentirse mal.

Encendí la tele y le di un repaso rápido a todas las cadenas. La programación de verano es lo que tiene. A estas horas deberían de estar haciendo *House*, pero ese cojo cabrón no aparecía por ningún lado. Me hubiera gustado preguntarle qué me estaba pasando en el ojo, pero seguro que no me hubiese gustado ni un pelo su respuesta.

Al final me planté en un reportaje de animales de río. Ya que no me interesaba nada, lo más coherente era poner un tostón como Dios manda. Los peces, por suerte, no hablaban, y la voz monótona del narrador prometía mecarme durante un rato, volver a sumirme lentamente en un letargo caliente y cómodo.

Me acurruqué en el reportaje y casi se me lleva el río, pero se me ocurrió que quizás podría relajarme y abstraerme más si me fumaba un buen canuto de hierba.

Fue un tremendo error. Lo cargué bien y cuando iba por la mitad, mi nariz se taponó por completo, los dos orificios se pusieron de acuerdo para chapar el chiringuito al mismo tiempo. Pero bueno,

aún me quedaba la boca para respirar, así que seguí aspirando humo, obstinado, a ver si conseguía asfixiarme. Casi lo consigo, pero un profundo y desgarrador ataque de tos me obligó a dejar el canuto en el cenicero. El cuerpo a veces se defiende de uno como puede.

Aun así, el humo encontró la manera de llegar hasta mi ojo malo. Aparté el cenicero y le di unos manotazos torpes al humo con la intención de asustarle, me escocía el ojo y me lo restregué con el dorso de la mano.

Tenía que apuntarme en alguna parte que no debía de volver a hacer aquello.

Aquel líquido caliente volvió a resbalar por mi mejilla y por un momento sentí de nuevo el alivio, pero tras la primera impresión de frescor, me invadió la sensación de que en mi ojo había elementos extraños, era como si alguien hubiese espolvoreado unos granos de arena allí dentro. Me exploré con el dedo anular el lagrimal en busca de alivio, incluso cambié la postura de la cabeza intentando poner el ojo boca abajo con la esperanza vana de que aquellos supuestos intrusos cayeran por su propio peso, pero nada funcionó, debían de pesar poco. Tan solo conseguí aumentar el volumen, la intensidad y el calor de los latidos de mi ojo.

Dado que mi sistema de relajación extra no funcionaba, me abandoné a una compulsión que escogió como víctima el paquete de patatas que había frente a mí. Las primeras las engullí de golpe, medio sin masticar, y para que terminara de mirar el bolo alimenticio abrí el bote de cerveza y bebí la mitad de un trago mientras los dos cangrejos de río del reportaje se arrancaban mutuamente las extremidades.

No tomé partido por ninguno de los dos, eran a cada cual más feo, pero en un acto extrañamente masoquista volví a encender el canuto. Quizás solo porque había comido algo.

Ni siquiera sabía bien; lo dejé de nuevo en el cenicero y me bebí el resto de la cerveza para quitarme el sabor de boca. El humo, que ya se sabía el camino, volvió a irritarme los ojos, pero yo, consciente

de que no debía de tocar aquel ojo, me restregué solo el ojo bueno, y con un gesto vengativo y justiciero apagué la colilla con toda la rabia que pude.

Después los cangrejos amputados, la voz del narrador, la colilla, la cerveza y en general todo lo que me rodeaba, se fue difuminando y me dejé llevar de nuevo por el sueño, recosté la cabeza hacia atrás y me dormí profundamente respirando por la boca.

## CAPÍTULO 3

---

### La escalera de gato

Mi propia apnea me despertó de un ronquido, no sé si fue el ruido del mismo o la sensación de que me ahogaba, pero fue bastante efectivo. Mi boca estaba seca e irritada, pero tras una pequeña pausa que dediqué a intentar tragar algo que aún no sé si estaba allí o no, no me quedó más remedio que seguir usándola para respirar. Por muy desagradable que fuera.

El frío era cosa del pasado, aquella agradable placenta de calor ahora me evocaba más bien la imagen de mi propio cuerpo con ropa interior de felpa, vestido de esquimal dentro de un saco de dormir, haciendo cola en agosto en *Terra mítica* para subir a la montaña rusa.

El calor pesaba y lo peor es que al final se me olvidó dejar fuera del cazo la cabeza. Ahí arriba el calor era gelatinoso y amenazaba con hacerse sólido empezando a cristalizar justo en mi ojo derecho.

Oí algo detrás de mí, en la ventana que hay tras el sofá. Abrí un ojo y medio y, delante de mi cara, apenas a unos diez centímetros de mi nariz, pero al otro lado del cristal, había tres gatos mirándome mal.

La adrenalina me levantó de un salto, pero mi tensión arterial pareció no darse cuenta de esto y se quedó de nuevo a la altura del sofá.

Por un momento me pareció que iba a perder el conocimiento, pero ella, perezosa, aunque fiel, se fue poniendo en su sitio sin

prisa. Tan solo me tambaleé un poco.

Cogí la persiana y estiré toda la cinta para dejarla caer de golpe cual guillotina.

Y en ese momento, *Félix* apareció en escena dándose uno de esos morrones contra el cristal que salen en las películas de Peter Sellers. Tenía que haber grabado aquello para subirlo al *youtube*.

Me quedé atontado por un instante, y el gato también, supongo que por el golpe. Parecía uno esos perros que menean la cabeza en la parte de atrás de los coches.

Los demás gatos no se rieron, vamos, ni se giraron, y me supo mal soltar la persiana de golpe por él. Así que la bajé despacio acercándome al vidrio. Entonces *Félix* dejó de mover la cabeza de golpe, casi violentamente, como la cara de un actor cuando le das al *pause* en el *DVD*, y levantó la pata golpeando el cristal para que le dejase entrar. Pero a pesar de la familiaridad del gesto, algo me decía que no debía de abrir el cristal, y fui bajando la persiana hasta que les molestó lo suficiente sobre sus lomos como para tener que abandonar el asedio a la ventana.

Los cangrejos habían desaparecido de la tele y en su lugar había uno de esos *chats* locales en los que los salidos cuarentones dejan el número de su móvil y afirman que solo buscan un poco de compañía y que no les importa la edad ni el físico cuando en realidad quieren decir que no les importa que seas vieja, fea y estés gorda, siempre y cuando acabes chupándosela y luego desaparezcas para siempre. Yo creo que si fueses un tío tampoco pasaría nada.

Me latía la cabeza y apagué la tele. De repente me di cuenta que estaba totalmente incorporado. Y esto me levantó el ánimo. Ardía, latía y apestaba, pero bueno... estaba de pie.

Orgulloso de mi condición de *homo erectus*, me dirigí de nuevo al cuarto de baño y esta vez encontré el *Ibuprofeno*. Me lo metí en la boca sin pensar. Me iba a agachar para beber del grifo, pero el riesgo de volverme a quedar enganchado me hizo pensármelo dos veces, y las dos veces pensé que no.



Me fui a la cocina, donde seguro encontraría algo que poder beber sin tener que doblar el lomo.

De repente la luz también se fue, no sé hacia dónde, y la oscuridad se instaló en toda la casa a sus anchas. Casi al instante sonó un trueno digno de película de terror, así que llegué a tientas a la cocina, y conseguí coger un vaso de la alacena.

No se veía nada, pero llegué a la pila de memoria, y cuando me disponía a llenar el vaso, un rayo iluminó por un segundo el exterior de la casa.

La imagen que había en las tres ventanas me hizo tragar la pastilla sin precisar de la ayuda de ningún tipo de lubricante. La verdad es que fue casi como tragarse un ladrillo de canto.

Eran de nuevo los gatos, acechando a contraluz y proyectando su sombra instantánea por toda la cocina.

Antes eran tres, pero esta vez todos los gatos de la casa, exceptuando el gato muriéndose, estaban allí apiñados. Un total de once gatos entre adultos y crías esperando a que yo entrara en la cocina para mirarme mal. ¿Se me habría olvidado ponerles pienso?

Cuando cesó la luz dejé de verlos, la oscuridad era absoluta, pero ellos seguían allí, podía sentirse.

Un segundo trueno aún mayor que el primero terminó de decorar la escena y acto seguido empezó a llover violentamente.

Finalmente llené el vaso y bebí el agua para que aquella pastilla se desatascara de mi tráquea.

¿Qué leches les estaba pasando a aquellos gatos?

Volví al salón sin percances, palpé a tientas la mesa hasta encontrar el mechero e iluminándome penosamente conseguí encontrar las velas que gracias a mi mujer estaban en su sitio, en un cajón junto a la entrada principal de la casa.

La lluvia golpeaba el tejado como si quisiera acabar con él y sonaron un par de truenos más que parecían estar cada vez más cerca.

Tenía tres velas, coloqué una en el salón, otra en el pasillo y la otra la adosé a un plato decorativo de la estantería y la llevé

conmigo de nuevo a la cocina. Tenía curiosidad por saber si seguían allí los gatos, pero ya no estaban. Me acerqué a la ventana que hay junto al fregadero con la intención de ver a través de ella, pero solo conseguí ver mi reflejo. Los gatos estarían agazapados escondiéndose de la lluvia en el porche.

Abrí la ventana y asomé un poco la vela al exterior. No pude ver mucho, pero lo poco que vi me puso los pelos de punta. Los demás gatos se habían ido pero aquel gran gato pardo hijo de puta estaba allí, en el jardín, a unos cinco metros de mí, parecía no importarle la lluvia y sus ojos se clavaron en los míos de nuevo durante una fracción de segundo. Empecé a sentirme mal, pero no me dio tiempo, una gota de lluvia apagó la vela, yo cerré la ventana lo más rápidamente que pude y corrí hacia el pasillo en busca de luz.

La penumbra me recibió jugando con mi propia sombra por las paredes. Creo que fue la primera vez que sentí realmente miedo. Ya no me sentía cómodo en ningún lugar de la casa. La luz de las velas, los relámpagos y los truenos no me tranquilizaron mucho. El sonido de la lluvia era atronador y mi imaginación me hacía escuchar ruidos procedentes de cada rincón de aquella oscuridad.

Sentí la necesidad de hablar con mi mujer y busqué nervioso la tarjeta que había comprado en el locutorio para llamarla a casa de sus padres en Egipto. Llamar directamente salía carísimo. Miré junto al teléfono y allí estaba, también, la agenda con el número apuntado en la tapa, era un coñazo de numero lleno de prefijos y cada vez que llamabas tenías que esperar a que la empresa de las tarjetas te preguntara el código de compra y lidiar con un montón de grabaciones automáticas para conseguir finalmente comunicarte.

Descolgué el teléfono pensando que una conversación con mi mujer me tranquilizaría, pero al descolgar el auricular recordé que el aparato de teléfono dependía totalmente del *router* para funcionar, y claro, sin luz eléctrica no hay *router* que valga.

El teléfono no daba ningún tipo de señal.

—¡Mierda!

Me quedé con el auricular en la mano, lo hubiera estampado

contra la pared muy a gusto, pero uno tiene que controlar esos impulsos de vez en cuando.

Podía llamar por el móvil, pero solo hay cobertura en la terraza que hay arriba del trastero, y con la que estaba cayendo no me pareció buena idea.

Me senté en el salón y dejé que pasara el tiempo.

El tiempo pasó.

Estaba medio aletargado, el *Ibuprofeno* me alivió, pero mi ojo seguía igual, fuera de servicio.

Fui al cuarto de baño, me miré en el espejo y me lavé la cara con la esperanza de que tras secármela volvería a estar como antes, pero no. El ojo bueno había enrojecido también.

Seguía lloviendo, pero con calma, nada comparado con lo de hace un rato. Volví a encender la vela del plato y me di una vuelta por la cocina como alma en pena, acercándome a las ventanas y disipando tan solo un poco más allá de mi reflejo en el cristal; parecía todo tranquilo.

«Seguro que daba mucho más miedo desde el otro lado del cristal», pensé. «No me gustaría estar ahí fuera en la lluvia, mirar hacia la ventana y ver a un tío con barba, con un ojo de zombi y con una vela jugando con sus sombras junto al cristal. Todo son puntos de vista».

Tenía que hablar con Basti, esto empezaba a salirse de madre, aún tenía fiebre, ella sabría qué hacer. Cogí un paraguas y el teléfono móvil. En Egipto serían las... bueno, no tenía ni idea de qué hora sería en Egipto.

—¡Buena hora!

A ver, ¿qué necesitaba ahí fuera? La tarjeta para llamar, el móvil y el paraguas; la vela no. No podría subir la escalera con todo eso en la mano.

La verdad es que daba algo de respeto salir, aquel gato imponía, era su mirada. Abrí la puerta de la cocina y asomé medio cuerpo, no había ningún gato. Quizá estaba exagerando demasiado con lo de los gatos, ¿sería cosa de la fiebre? De todas maneras no me

vendría mal un palo o algo que poder tirarle a la cabeza a aquella bestia parda si aparecía por allí. Cerré la puerta y miré a mi alrededor en busca de algún tipo de arma específica para gatos. Estaba la escoba; no podía verla, pero estaba allí. Podía rebuscar en el cajón de los cuchillos, tenemos un par bastante grandes pero seguro que acabaría clavándome alguno. Mejor no.

Había un hacha de cortar carne y un rifle de perdigones, también tenía un poco más de un gramo de *farlopa* en el cajón de los calcetines. Entonces se me iluminó la mente.

En el altillo del armario de la entrada, junto al rifle de perdigones, había una réplica toledana de una de las espadas del Cid Campeador. Sin duda esa espada intimidaría a cualquier gato que se cruzara en mi camino.

La espada estaba allí. En el momento en que la empuñé, sentí el poder que me invadía y, después de asaltar el cajón de los calcetines con éxito, me transformé en cuerpo y alma en un auténtico *jedi*.

Tendríaís que haberme visto con un albornoz blanco hasta los pies, con capucha y zapatillas de estar por casa, poniendo poses frente al espejo a la luz de la vela.

Blandí mi espada con la derecha, me toqué con el pulgar la nariz en un gesto desafiante imitando a Bruce Lee y, taponando una de las cavidades, inspiré con esfuerzo para ver si conseguía entrar algo por aquella congestionada nariz. Entró más que algo, pero con pasajeros o no, allí estaba aquel cierto sabor amargo. Me acerqué al espejo, estaba preparado para cualquier cosa.

La verdad es que con la cara que llevaba parecía más bien *Darth Vader* cuando se quita la máscara, pero de blanco.

Recuperé mi confianza, y me imaginé con la espada apuntando a un gato que se agarraba al borde de un abismo.

—*Tigre*, yo soy tu padre.

*Tigre* me miraba incrédulo.

—Miaooo.

—¡Sí, hijo mío!

¿Por dónde íbamos? Esa coca era la hostia.

Abrí la puerta de la cocina con decisión y la cerré tras de mí, allí iba yo, el pelo al viento, el rostro a la tormenta, con un paraguas en la mano y una espada en la otra. Era como una versión mitológica de *Mary Poppins*.

Se podía ver lo suficiente para andar, pero era una de las noches más oscuras que recuerdo.

Para subir a la terraza del tejado no había otro camino que una escalera metálica de gato que instalamos hace cuatro años de forma provisional para sustituir a una de caracol a la que el tiempo le había arrebatado unos cuantos peldaños. Un día de estos la iba a arreglar.

Al llegar a la escalera me até el albornoz y di una vuelta de trescientos sesenta grados para ver si alguno de los gatos paranormales me había seguido.

No vi nada. Así que, apoyando la espada contra la pared, encendí la luz del móvil y di otra vuelta intentando iluminar a mi alrededor.

Ningún peligro. Cogí el paraguas y la espada con una mano y me dispuse a escalar la terraza. Aquellas zapatillas de estar por casa no estaban homologadas para subir escaleras de gato. Los peldaños se me clavaban en los pies y la espada se me estaba escurriendo de la mano. No se iba a caer, pero forzar la postura de la mano tampoco era muy cómodo.

Hice un esfuerzo para mantener el equilibrio, dejé apoyado el paraguas entre mi cabeza y la escalera, me cogí con la mano izquierda a un peldaño, y con la mano derecha pasé la espada por encima de mi cabeza y la deposité en el suelo de la terraza que estaba allí mismo. Dolió.

La escalera mediría unos cuatro metros, nada que un *jedi* convertido al lado oscuro no pudiera superar.

Nada más subir cogí la espada, apoyé el paraguas en el suelo y con la luz del móvil hice un reconocimiento circular de la zona.

Es una terraza grande de unos sesenta metros y está decorada

caóticamente con pilas de ladrillo de restos de obra, cajas con azulejos con los que se podría medir el paso del tiempo y evolución de la casa, bicis que algún día arreglaría, macetas en desuso, cagadas de gato y los hierros oxidados de la escalera de caracol.

Estaba todo dispuesto al estilo «*a la figa mandanga*».

Me acerqué al centro de la terraza y di una vuelta completa sobre mí mismo con gesto amenazador, espada en mano.

Nadie respondió al desafío, así que volví sobre mis pasos y me apoyé en la barandilla, dando la espalda al abismo. Cogí de nuevo el paraguas, no llovía mucho si lo veías desde dentro del paraguas, pero cuando estabas fuera, llovía un poco.

Volví a equilibrarme de nuevo el paraguas sobre la cabeza, dejé la espada apoyada junto a mí y me concentré en el móvil, aquello era otra batalla.

Después de equivocarme un par de veces y lidiar con la operadora, el teléfono sonó unos diez tonos.

—Hola, mi vida.

—Te he dicho que no me llames, necesito algo de tiempo, todos los niños están durmiendo, mi hermana y mi madre se han despertado —casi podía verle la cara desencajada de indignación; pero guapa, siempre guapa—. Además, aquí en casa me han prohibido volver a hablar contigo, en esta casa ya no eres bien recibido.

—Joder, Basti, te necesito.

—Más te vale que sea algo importante.

—Estoy fatal.

—Ya empezamos otra vez, estas no son horas.

—No, en serio, es algo físico —mientras decía esto, eché una mirada a mi porte, el albornoz se me estaba desatando y en breve mi físico estaría a la intemperie.

—¿Qué te pasa?

—Ayer uno de los gatos me estornudó en un ojo —me di cuenta de que se me trababa un poco la lengua; «lo va a notar», pensé.

—¿Estás colocado? —Me había pillado, el silencio se expandió

en la línea abarcando longitudes intercontinentales—. Estás colocado otra vez, ¡te voy a colgar!

—No, espera, es en serio, estoy fatal, se ha ido la luz, un gato me ha estornudado en el ojo esta tarde y... —No podía contarle lo que había pasado con el gato—. Además, hay un gato enorme rondando la casa y todos me miran mal.

—¿Quién te mira mal, los gatos? ¿Qué es lo que quieres? ¿Para qué llamas? ¡No se te ocurra hacerles nada a los gatos! Son míos.

—Tengo la cara hecha un mapa.

—¿Le has hecho algo a algún gato?

—¡No! —grité y mentí—. Uno de los pequeños me ha estornudado en un ojo y debe de haberme contagiado algo. Tengo el ojo fatal, creo que es conjuntivitis, pero me duele hasta el oído y tengo fiebre.

—No seas exagerado, si de verdad estás mal, coge la camioneta y ve al médico de Urgencias del pueblo, él te dará algún antibiótico.

—¿Tenemos alguno en casa?

—No se te ocurra hacer eso, ve al médico y no mezcles los medicamentos con ninguna mierda.

—No he tomado nada —mentí otra vez—. Estoy aquí, en la terraza, helado de frío y mojándome en la lluvia para hablar contigo, y me tratas fatal —contraataqué.

—Se te nota a la legua, estas *enfarlopado*, además, ¿eres idiota? ¿Qué haces bajo la lluvia si tienes fiebre? ¡Métete en casa!

—No va la luz, ni el fijo... quería hablar contigo... —Hice una ligera pausa con la intención de lanzar una flecha de culpabilidad a su corazón. La flecha debió llegar de alguna manera, porque ella bajó el tono de voz.

—Tómame un *Ibuprofeno*, métete en la cama y mañana ve sin falta al médico, y ahora déjame en paz, con tu llamada debes de haber despertado a todo el mundo. Mis padres no quieren volver a saber nada de ti, y solo por estar hablando contigo me estoy ganando un sermón. Los niños están durmiendo, el teléfono está en el piso de abajo y suena muy fuerte, no vuelvas a llamar y no te

hagas más rayas.

—Basty, los gatos me miran mal, en las ventanas.

—¿Qué dices? No estás bien —«ya te digo», pensé—. Deja de flipar y no se te ocurra tocar a mis gatos, sé que no te gustan y...

Un ruido llamó mi atención en el fondo de la terraza, algo se había movido entre las cajas de azulejos. La conversación con mi mujer se quedó en segundo plano, dejé el paraguas abierto en el suelo, cogí la espada y me quedé enfocando con la luz del móvil hacia el lugar donde me había parecido escuchar algo. Oía de lejos a mi mujer despotricando. Le hubiera dicho: «Cállate, joder, ¿no ves que están aquí acechando, puta? ¿De qué lado estás?». Pero no quería hablar y descubrir mis pasos y me acerqué sigilosamente hacia las cajas con el albornoz ya totalmente abierto y mostrando mis vergüenzas. Escudriñé con la espada entre las cajas y nada pareció moverse, había muchos rincones a lo largo de la terraza y la verdad, no tenía ganas de encontrarme con nada agazapado en ninguno de ellos.

Escuché cómo mi mujer repetía mi nombre cada vez más alto y volví a ponerme el teléfono en la oreja sin bajar en ningún momento el gesto amenazador de la espada.

—Dime.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, claro.

—¿Y qué te he dicho?

—No sé, es que... —dudé un momento.

—¡Adiós! —Me escupió cabreada—. Y no vuelvas a llamar, voy a desconectar el teléfono.

«Clic», colgó.

—Si estuvieras aquí no me hablarías así —le dije al viento.

Miré a mi alrededor otra vez, ya no me sentía nada seguro allí, ni siquiera con la espada. El lado oscuro me engulló y me cagué de miedo ante el silencio y la tormenta.

Lo más rápidamente que pude y sin el menor rastro del espíritu *jedi* que me envolvía antes, me dirigí de nuevo a la escalera, cogí el



paraguas, lo cerré y lo tiré abajo para recogerlo después. Metí el móvil en el bolsillo del albornoz y empecé a descender la escalera espada en mano.

A mitad de camino me pareció sentir como si alguien me estirara del albornoz, me quedé petrificado por un momento, pero enseguida caí en la cuenta de que era el cinturón que, libre de ataduras, le había dado por entretenerse enganchándose donde la escalera apoyaba con el suelo de la terraza. Lo intenté desenganchar con la espada, pero tenía que levantar bastante el brazo y mi espalda se encargó de recordarme que no estaba para muchos trotes, así que tenía que volver a subir, al menos hasta la altura del suelo, para poder desengancharlo. Solté la espada en el suelo, me estaba dando por saco para moverme en la escalera, y subí de nuevo.

Cuando tenía mi cara a la altura del piso de la terraza, tuve una desagradable sorpresa. Frente a mis ojos, a menos de un palmo de ellos, estaba esperándome *Tigre*.

Su cara grande y redonda permaneció un momento inmóvil y para cuando conseguí enfocararlo cambió su gesto de golpe. Sus rayas blancas y amarillas se recogieron hacia atrás como si alguien le estirara el pellejo desde la nuca violentamente. Sus ojos se achinaron y con ellos los bigotes y las orejas adoptaron posición de velocidad.

Sus fauces se abrieron desproporcionadamente y de allí salieron cuatro colmillos y un maullido terrorífico que se asemejaba más a un grito que a cualquier otra cosa.

—MaaaaaaaaaaaaAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAaaaaaaa.

Intenté escabullirme, pero antes de que bajara un solo escalón, el gato se apoyó sobre sus patas traseras y me rastrilló la cara un número indefinido de veces, no sé cuántas, pero muchas. Aquello debía de doler, pero yo estaba demasiado asustado para notarlo, ya tendría tiempo después. Agaché la cabeza y bajé dos escalones mientras aquel cabrón se cebaba con mis orejas. El albornoz estiró de mí de nuevo, y en ese momento, en uno de los zarpazos, una uña se le enganchó en la parte de detrás de la oreja derecha y

empezó a estirar la pata para desengancharla. Aquello sí que dolió al instante, parecía que me la fuera a arrancar y en un acto reflejo le cogí la pata y estiré hacia mí para desengancharla de la oreja y lo conseguí, pero de paso me tiré el gato encima, perdí el equilibrio, mi pie derecho se salió de la zapatilla y caí.

Caí fatal, no estaba tan lejos del suelo, pero al caer, el cinturón estiró de mí y mi trayectoria se vio desviada por las fuerzas de la física. El cinturón no aguantó el peso y se rompió, de lo cual me alegro (que se joda), pero resistió lo suficiente como para hacerme sentir como un yo-yo. Rodé sobre mí mismo y acabé dando con la espalda contra el suelo en un golpe seco. La cabeza, solidaria, también se golpeó, pero la peor parte se la llevó la espalda.

Me quedé sin respiración, literalmente. Yo intentaba tragar aire, pero era como si mis pulmones estuvieran cerrados. Pasaron unos cuarenta segundos interminables en los que pensé que iba a morir asfixiado, pero finalmente me incorporé y poco a poco recuperé el aliento.

La sensación de alivio duró poco, frente a mí estaba *Tigre*, el gato asesino, quieto pero expectante. Podría haberme atacado mientras estaba tumbado, con el cuerpo prácticamente desnudo e indefenso, pero no lo hizo, simplemente se quedó mirando cómo me ahogaba, seguro que el cabrón había caído de pie.

El pelaje mojado y despeinado del gato le daba un toque más inquietante si cabía, y creedme, cabía.

Durante unos segundos mi mirada y la de *Tigre* se quedaron clavadas, mi miedo y el olor de mi sangre se esparcieron a mi alrededor llenándolo todo. Él lo olió, pero permaneció quieto, por lo visto aquello se había convertido en una especie de juego y parece ser que me tocaba jugar a mí.

Di una mirada rápida a mi alrededor, la espada estaba allí, prácticamente al alcance de mi brazo izquierdo, mis piernas estaban estiradas a escasos centímetros de la bestia y mi torso estaba reclinado apoyándose en los brazos.

Pensé en dejarme caer hacia atrás, coger la espada y con un



norte.

La puerta de la cocina estaría a unos quince metros doblando la esquina, vamos, solo faltaba que me la hubieran cambiado de sitio, o que alguien hubiese cerrado por dentro. Pasaron por mi cabeza un par de gilipolleces más, pero yo le hice caso a la más gorda y eché a correr.

Para cuando llegué a la esquina, el gato ya había saltado sobre mi espalda, primero se agarró del albornoz, pero enseguida sentí cómo sus uñas se clavaban en mí como si fuese de mantequilla, y el gato escaló por mi espalda para llegar al cuello. Yo golpeé al gato tirándome contra la pared con la esperanza de deshacerme de él, lo hice un par de veces, pero *Tigre* se aferró a mi carne con uñas y dientes, así que solté la espada y me intenté deshacer del albornoz, pero lo tenía grapado al cuerpo con un gato.

No sé cómo —a veces el instinto hace cosas sorprendentes— conseguí quitarme las mangas y, echando el albornoz hacia atrás, envolví al felino con él. Cogí el albornoz como un saco improvisado y me lo arranqué de la espalda con toda la fuerza que pude pasándolo por encima de mi cabeza. Fue un tirón seco y desgarrador, ese cabrón se había cogido bien a mi espalda.

Por un momento me quedé mirando el saco que se movía como si tuviera un gato dentro. Lo tenía cogido con las dos manos y dejé que toda la ira de mi interior se acumulara. El gato maullaba y mordía la tela desesperadamente. El primer golpe fue brutal, pero el gato aún maullaba. Respiré hondo, grité como un poseso endiablado y seguí golpeando una y otra vez aquel albornoz contra la pared con todas mis fuerzas, esperando que sangrara. Quería que se convirtiese en puré de gato. Cuando llevaba más o menos docena y media de golpes, oí un chasquido metálico, me había cargado el móvil, pero eso no fue lo que me frenó. Di un par de golpes más de regalo y un relámpago iluminó la escena.

Con la luz llegó la espeluznante visión de los diez gatos que faltaban mirando la escena a cubierto, debajo de un limonero. A unos veinte metros, detrás de ellos y con la mirada fija en mí, estaba

aquel gran gato pardo hijo de puta.

Se extinguió la luz y sonó el trueno. Ya no podía verlos, pero estaban allí y ellos sí que me veían a mí. Solté el albornoz ya inerte y cogí la espada. Sentí que se movían y salí cagando leches hacia la puerta apuntando con mi espada hacia la oscuridad. Me dio tiempo a entrar en la casa, pero mis pies descalzos y mojados resbalaron en el piso liso de la cocina y caí al suelo. Me hice daño en la mano con el mango de la espada, pero me levanté como un muelle para cerrar la puerta.

El primer portazo se encontró con algo entre la puerta y el marco, y no pude cerrar. Ese algo maulló de dolor, abrí un poco la puerta y la volví a cerrar de golpe con la intención de rematarle, pero esta vez la puerta no encontró ningún obstáculo y se cerró.

El intruso pasó entre mis piernas como si le llevara el diablo y desapareció por el pasillo.

Yo recogí la espada.

¡Putos gatos!

## **CAPÍTULO 4**

---

### **Gato encerrado**

Estaba reventado, pero la adrenalina corría por mis venas sin miedo a las curvas. Cerré la puerta de la cocina con llave y pestillo, cogí la vela y me apresuré por el pasillo.

Ese gato podría estar en cualquier lado, pero juraría que lo había oído correr hasta el fondo. Nada más entrar al pasillo, se quedó a mi izquierda el baño, lo cerré y a mi derecha estaba mi habitación, la habitación de matrimonio. Por un momento pensé en buscar al gato por toda la casa, pero con una vela y a oscuras él jugaba con ventaja, lo mejor sería encerrarme en la habitación y esperar a que se hiciese de día. ¿Y si estaba dentro?

—No —me repetí a mí mismo, y un ruido procedente del salón desbarató mi incertidumbre.

Entré en la habitación y cerré el pestillo. Dejé el plato y la vela sobre la cómoda y la luz fue invadiendo la habitación tímidamente.

De nuevo frente al espejo me dispuse a hacer una valoración de daños. Tenía la cara llena de sangre, había algunos cortes superficiales y otros no tan superficiales, pero seguía doliéndome mucho más la oreja, y aún dolió más cuando me la toqué, allí no había un corte, aquello era más bien un surco.

Después me miré la espalda forzando el cuello, había tres chorretones de sangre escurriéndose hasta los pies, tenía una herida debajo de cada omoplato y otra más profunda junto a la columna, unos centímetros más abajo. Tampoco es que se me

podrían ver las tripas, pero allí faltaba carne seguro.

Tendría que haberme desinfectado las heridas, pero por nada del mundo iba a salir de esa habitación. Cogí una toalla del suelo que llevaría allí un par de días, y me limpié la cara. Parecía limpia, al menos con aquella luz. Aquel cabrón de gato había dibujado en mis mejillas alguna especie de cuadrícula imperfecta y sangrante. Las heridas menos profundas habían dejado ya de sangrar, pero había tres que aún goteaban.

Presioné la toalla contra las mejillas intentando cortar la hemorragia y me mantuve así unos segundos. Funcionó. Las heridas querían sangrar de nuevo, pero la sangre parecía contenerse en sus bordes. También me sequé la espalda, los pies y las pantorrillas, y me envolví el torso con la toalla haciendo presión sobre las lesiones que estaban allá donde uno no alcanza nunca a rascarse.

No tenía sueño, pero iba a permanecer allí hasta que se hiciese de día. Mi sistema nervioso consiguió reorganizarse y mostrarme al completo todo lo que me dolía sin escatimar en intensidades ni detalles.

Lo único que tenía a mano para calmar el dolor era la coca. Dejé caer la toalla a mis pies y me quedé de nuevo allí, desnudo frente a mi vicio.

Pinté con mi tarjeta SIP un camino blanco que no me llevaba a ninguna parte, pero era largo y montañoso.

Enrollé un billete de veinte que estaba junto al CD de Coldplay que servía de base para el ritual y aspiré el ansiado calmante por el orificio derecho de mi nariz sin la necesidad de tapar el otro conducto, que estaba ya taponado completamente por su propio mérito. *Viva la vida* (qué ironía).

Aquello entró, fue un barrido perfecto, de un solo trazo hice desaparecer aquella línea blanca y sentí cómo instantáneamente se alojaba en mi garganta y descendía por ella. Sentí el alivio. Rebané mi tarjeta sanitaria con la lengua y restregué el dedo por el CD para terminar de limpiar aquel polvo blanco. Me pasé el dedo por la encía

superior y me quedé esperando a que se me durmiera la boca. Me encanta esa sensación.

Después el dolor bajó un par de puntos y rebusqué entre los cajones de la cómoda para encontrar algo que ponerme, tenía frío otra vez.

Encontré un pijama de entretiempo a rayas amarillas verdes y naranjas, discretito. El pantalón es largo y las mangas de la camisa también, pero la tela era fina y comfortable; me sentí arropado y me senté plácidamente sobre la cama a esperar a que el movimiento rotatorio del planeta trajera algo de luz sobre esta situación.

Joder, ¿cómo habíamos llegado a tener tantos gatos? Bueno, en realidad son de ella, siempre la seguían allá donde fuera. Ella se sentaba y allí estaba aquella congregación. A veces la miraba de lejos, tenía un rollo bíblico, solo faltaban los pajarillos de *Disney* a su alrededor. Siempre me quedaba mirándola como un tonto. La quería tanto... Era algo sectario, me abducía con su sola presencia, y a veces, cuando le daba el sol, su color, su aroma, su piel y el sonido de su voz formaban un acorde. No sé cómo pudimos acabar tan mal, la canción era preciosa, pero tenía una letra triste.

Tampoco sé cómo acabamos juntos. Ella vio algo en mí, yo simplemente la vi a ella.

Me recosté sobre la cama dolorido y nostálgico, y me cubrí hasta el cuello con una sábana clara que consiguió envolverme en algo de paz.

Quizás la había cagado ya para siempre, quizás aquellas vacaciones serían mucho más largas de lo que pensaba. La traté mal, pero no se paró ni a escucharme, solo fue un empujón, pero mi gesto le hizo ver lo firme de mi decisión. No podía ser, no podíamos tener un quinto hijo, ella lo vio en mis ojos y lo sintió desde el momento que la cogí del brazo. De repente en sus ojos solo fui una amenaza.

Se fue esa misma noche sin decir ni adiós y me llamó a los dos días para decirme que necesitaba estar lejos con su familia, solo por un tiempo, dijo. Se llevó a los niños y me dejó a los gatos. Los putos



gatos.

Esto no podía ser real, de día todo sería de otra manera, ¿no?

No podía dormirme, cuando apareció de nuevo el dolor me hice otra raya, me recosté otra vez y empecé a recrear algún plan, alguna manera de salir de allí. Estaba rodeado de una hectárea de naranjos y limoneros distribuidos poéticamente en seis hermosos bancales. Era un hexaedro perfecto y en el centro estaba nuestra casa, intrusa en la geometría.

Más allá había campos y campos de naranjos distribuidos de una manera mucho más tradicional. Los campos que rodeaban nuestra finca eran de Ramón, el jodido Ramón. Nunca me cayó bien, ni él ni su perro.

Parecía llevarse muy bien con mi mujer, ella lo consideraba como un amigo de la familia cuando en realidad solo era el nieto de un hombre que trabajó los campos para su abuelo y sí, quizás también el hijo de un hombre que cuidó toda la vida de los naranjos de su padre. Y allí estaba el puto Ramón tercero juzgando cada uno de mis actos, cuestionando si yo era bueno o no para Basty. Lo hacían siempre, él y su perro, cada una de sus miradas buscaba algún fallo en mí.

Y ¿ves?, cosas de la vida, ahora echaba de menos a aquel capullo y a su perro.

Me dormí con algún mal recuerdo en la cabeza y soñé algo horrible.

Estaba en una sala iluminada con lámparas de aceite, la sala parecía ser de piedra, allí dentro todo era frío y gris, color piedra, olor piedra, vamos, era piedra seguro. Hasta yo arrodillado como un perro con las palmas de las manos en el frío suelo, estaba sintiéndome piedra en mi misma esencia, no me sujetaba ninguna atadura, pero no podía moverme. Yo pensaba con claridad, pero no era mi mente la que gobernaba mis músculos.

Frente a mí, pero alejados de la luz estaban todos: Basty, su hermana, su madre, mi suegro, Ramón y su perro. Todos me miraban enojados y hablaban de mí, yo no podía oírlos, pero

hablaban de mí, seguro. Hablaban y me miraban, y cada vez que miraban, alguna culpa surcaba el aire como un látigo que me fustigaba el alma.

Los doce gatos estaban sentados alrededor de la mesa perfectamente colocados como si fuesen piezas de ajedrez. Y allá, en el fondo de la estancia, iluminados por una luz inquieta e inestable, estaban mis cuatro hijos. Espera, jugaban con algo. No era algo, era un bebé. Mis ojos hicieron milagrosamente un *zoom* analógico hasta poner al bebé en primer plano. Llevaba puesta una especie de corona. Entonces la criatura giró su cabeza como la niña del exorcista, no se mostró agresivo, pero solo con mirar sus ojos tuve bastante. No tenía pupilas, mas hacia adentro de sus párpados solo había dos bolas rojas sangrantes, se veían húmedas, líquidas, pero el líquido no se derramaba, permanecía dentro, formando aquellas esferas perfectas.

Solo conseguí salir de aquellos ojos que me manchaban de sangre cuando mi suegro y Ramón empezaron a gritarse el uno al otro. Parecían discutir algo muy serio y en el aire flotaban palabras rotundas y espesas, pero no las podía leer, era como ver *captchas* flotando en una pecera.

Esas palabras pesaban sobre mis sienes, y aunque no conseguí entender ninguna, algo me dijo que en aquella discusión era mi vida la que estaba en juego.

El viejo pegó un golpe en la mesa y se levantó. Había visto pocas veces a ese hombre, pero soy buen fisonomista y había algo en su cara que no me cuadraba. A medida que se iba acercando a mí, su rostro se distorsionó.

Se fue acercando mientras recitaba alguna especie de poema macabro que tenía una tonalidad y un ritmo amenazante. Y a cada paso que daba me recordaba más a... no podía ser. Lo era, era aquel tremendo gato pardo hijo de puta. Me miraba de nuevo con aquellos ojos que me provocaban bajada de tensión y malestar general.

Quise cerrar los ojos, pero mis párpados eran de piedra.

Iba vestido con una especie de armadura dorada y andaba sobre unas piernas humanas, pero era él, sin duda alguna.

Cuando llegó a mi altura no se detuvo. Sentí alivio cuando desapareció de mi ángulo de visión, pero el alivio duró poco. Escuché cómo trasteaba justo detrás de mí y acto seguido su aliento estaba en mi nuca. No fue agradable. No paraba de farfullar alguna cosa que parecía árabe.

Se puso de nuevo frente a mí, yo no podía ver más que sus piernas humanas y animales al mismo tiempo, y entre ellas, aún en la mesa, el rostro congestionado de mi mujer y la cara de indignación de Ramón.

Ramón grito algo así como: «¡Yo soy el responsable!», pero nadie le hizo caso.

Entonces aquella bestia me agarró del pelo y me levantó echándome hacia atrás. Yo no podía moverme, pero aquel cabrón sabía perfectamente cómo hacerlo. De un solo estirón de pelo me encajó en una silla que había tras de mí. También había una mesa, cómo no, de piedra, y en ella una vasija, una enorme pluma y una balanza.

Poniéndose en cuclillas se quedó aproximadamente a mi altura, me miró de cerca y entonces sentí el filo de aquel cuchillo en la garganta, justo debajo de la nuez. A medida que sus ojos exploraban dentro de mí, fue bajando el filo hacia mi pecho.

Sus ojos tocaron fondo, hubiese vomitado de nuevo si fuese dueño de mi cuerpo. Hundió el cuchillo en mi torso, no podía moverme, pero podía sentirlo todo, hizo un corte de un palmo aproximadamente, el dolor era insoportable, pero me di cuenta de que no era nada comparado con lo que iba a pasar. Metió su garra por la raja hasta mitad de su peludo antebrazo, aquello tenía que ser altamente antihigiénico. Creo que alcancé el punto máximo de dolor que podía llegar a sentir, porque no me dolió más fuerte cuando me sacó el corazón del pecho. Quise gritar cuando vi mi corazón latiendo ante mí, pero ni eso pude hacer, yo allí no pintaba nada, nunca me había sentido un objeto tan claramente como en este

sueño.

Aun así, fue un tremendo alivio cuando me arrancó el corazón. Cesó el dolor, y el miedo. Mi suegro, o aquello, fuese lo que fuese, cortó con el cuchillo un par de arterias que aún no se habían desgarrado y tuvo la decencia de volver a meterlas dentro de mi pecho, si no, todo aquello se habría puesto perdido.

Yo me quedé inmóvil, viendo cómo mi corazón latía cada vez más deprisa frente a mí en las garras de aquel gato cabrón.

Me desperté con un ataque de taquicardia. Se había hecho de día. La luz inundaba toda la habitación, podía sentirlo, pero al llegar a mis ojos se encontró con aquella cortina viscosa. Esta vez mis dos ojos estaban pegados. Me incorporé sobre el brazo izquierdo y me los restregué para ver si conseguía abrirlos. Lo conseguí de alguna forma y la luz entró en ellos con un talante agresivo, de punta, diría yo.

Esto cada vez iba a peor, tardé unos segundos en acostumbrarme a la luz, pero aquel dolor en la oreja, las mejillas, la espalda... a aquello no podía acostumbrarse uno, o quizás sí.

De repente el dolor se esfumó y dejó paso al terror.

Frente a mí estaba *Negra*, la madre de *gatito muriéndose*. Una gata de mediana edad con muy mala leche y un móvil más que suficiente para querer sacarme las tripas.

Estaba simplemente quieta, de pie en el hueco que formaban las siluetas de mis piernas bajo las sábanas, y su cola se movía de un lado al otro como un metrónomo flácido. Esa hija de puta había estado ahí toda la noche, observando mi sueño como si hubiese estado en el cine. ¿Por qué no me atacó cuando estaba dormido?

Me iba a atacar ahora, pasó un interminable espacio de tiempo, mi vida entera estaba llena de ellos.

No pasaba nada, solo me miraba. ¿Qué podía hacer?

Ni siquiera la veía bien. Quizás la pudiese envolver con la sábana y convertirla en puré de gato como hice con *Tigre*.

No era mala idea, pero me salió mal. *Negra* se escapó y yo me puse en pie como un muelle, encima de la cama con la sábana

extendida, como si mis manos y mi cara fuesen a hacer algún tipo de representación de marionetas. Anduve torpemente por encima de la cama intentando localizar a la gata en la habitación para tirarle la sábana encima. Había demasiada luz. La luz dolía y todo lo demás también.

Esa puta tenía que estar bajo la cama o dentro del armario, que se había quedado entreabierto solo para hacerme la puñeta.

Pero seguro que estaba bajo la cama, esperando que me agachase y metiese la cabeza allí para sacarme los ojos. Ese era un error que no iba a cometer.

Era mucho mejor salir de la habitación y encerrarla allí ahora que tenía la certeza de dónde estaba. Dejé caer la sábana, salté de la cama y caí directamente frente a la puerta de la habitación. Quitó el pestillo y cuando me apresuraba a abrir el pomo, la gata salió de la neblina blanca que me rodeaba volando hacia mí. No sé desde dónde coño había saltado, pero venía directa hacia mis ojos.

A mi brazo izquierdo le dio tiempo a cubrirme la cara y el derecho había abierto ya la puerta casi sin darse cuenta. La gata se remachó a mi brazo agarrándose con uñas y dientes. Salí corriendo por el pasillo y empecé a golpear las paredes con ella, pero a cada golpe que daba, la gata, que había incrustado sus dientes en la almohadilla de mi mano, apretaba más y más. Había llegado al hueso que hay bajo el pulgar, podía sentir sus dientes entre mis tendones. Corrí hacia la cocina, directo al cajón de los cuchillos, y cogí un cuchillo patatero con el que apuñalé a esa puta dos veces en las costillas antes de que se decidiera a soltarse. Salió como un rayo, pero esta vez la seguí hasta la habitación de las niñas.

Estaba allí, en alguna parte. No la vi a primera vista, así que cerré la habitación. Con las dos cuchilladas que le había dado se moriría ella sola.

Yo llevaba el mismo camino que la gata, ¿qué más me podía pasar? Joder. ¿Qué mierda era todo aquello?

## ***CAPÍTULO 5***

---

### **Entre cítricos**

Era de día, algo es algo. Llevaba toda la noche esperando la luz para tener alguna ventaja contra aquella jauría y ahora era la luz la que no me dejaba ver. Me asomé por las ventanas de la cocina y no había rastro de mis amigos, sin duda era el momento de huir.

Entré de nuevo en la habitación y me puse un par de calcetines y unas botas que no combinaban nada con el pijama a rayas, así que me metí unas rayas para combinar. Primero pensé que no era buena idea presentarme en pijama delante de la policía del pueblo todo ciego de coca. Me imagino la cara que pondrían si les contara que mis gatos se me querían comer, pero bueno, con la cara que llevaba y todo lleno de sangre, sería en lo último que repararían. Además, qué leches, algo tenía que desayunar y no estaba yo como para prepararme un café con leche. Tenían que creerme, y si no, por Dios, que me encerraran en algún sitio donde no pudiese entrar ningún gato.

Antes de salir cogí las llaves del furgón y volví a armarme con la espada. Al abrir la puerta, la luz me golpeó, debían de ser las once de la mañana y el sol lucía en su máximo esplendor, ni rastro de la tormenta anterior, solo un gato reventado en un albornoz junto a la pared de mi casa.

Me dirigí hacia el furgón lo más rápido que pude y me encerré en él. En unos segundos inspeccioné su interior para asegurarme de que allí dentro no había ningún gato. No había ninguno, así que me

dispuse a arrancar.

Mi furgoneta es de uno de esos modelos que arranca cuando le da la gana, pero gracias a Dios arrancó con un par de intentos.

Acto seguido lo conduje unos cien metros hasta la verja de la casa. Me quedé allí parado un momento, no me hacía gracia salir del coche para abrir. Cogí un paquete de tabaco que había en la guantera y presioné el encendedor del coche.

El paquete estaba en las últimas, como yo, y mientras esperaba que saltara el encendedor, hice un reconocimiento de la zona. No parecía haber nada que me impidiera abrir la verja, de hecho no podía ver nada que estuviese a más de cuatro o cinco metros de mí.

Cuando encendí el cigarro, la cosa no mejoró. El humo en la cabina no hacía más que aumentar la falta de visibilidad y hacer más espesos, si cabía, cada uno de los rayos de sol.

Bueno, había que decidirse. Dejé el motor encendido y cogí la espada. Bajé del furgón y abrí sin percances, pero cometí el terrible error de dejar la puerta del coche abierta en el transcurso de la operación.

Un ruido que provenía de alguna parte me sobresaltó y volví a entrar en el coche casi de un salto, esta vez cerré de un portazo.

Frente a mí estaba la salida, parecía el final de aquella pesadilla. La verdad es que no veía nada bien, pero bueno, el camino era todo recto, al menos hasta la casa de Ramón. Así que solo con haber mantenido el volante recto debería de haber conseguido escapar de allí. Cogí de nuevo el volante palpitando de esperanza y fiebre y al fin salí. Aceleré, tenía prisa.

Es un camino de grava suficientemente ancho como para que pasen dos coches en dirección opuesta, eso sí, no sin cierta precaución. El camino es seguro siempre y cuando no acabes en una de las acequias que acotan la carretera de los naranjos.

Cuando rebasé los cincuenta kilómetros por hora se me erizó el pelo del cuello y empecé a sentir que las ruedas del coche empezaban a deslizarse sobre la grava. La luz no me dejaba ver más que unos diez metros delante de mí. ¡Cómo me escocían los

ojos! Lo mejor era frenar. Al fin y al cabo, dentro de la furgoneta estaba seguro. Al ir a pisar el freno me di cuenta de que definitivamente estaba equivocado.

Debajo del pedal había un cachorro de gato al que tuve que haberle partido la columna vertebral a juzgar por el chillido que pegó. Yo levanté el pie como si el pedal quemara. Otro gato saltó hasta mí desde atrás, este ya no era un cachorro. Se agarró a mí por un lado con lo que quedaba de mi moflete y con la otra pata acertó a engancharse en la comisura del labio. Intentó mordirme, pero la posición en la que me había agarrado se lo hacía imposible, el reposacabezas del asiento separaba sus fauces de mi cuello. El gato se revolvió, pero yo conseguí cogerle del cuello echando los dos brazos hacia atrás, él no sacaba sus uñas de mí, pero yo no iba a dejar que entrara ni una pizca de aire por su garganta.

El coche iba perdiendo velocidad sin prisa, eso me permitiría estrangular al gato con un poco de tranquilidad, pero enseguida empecé a sentir cómo aquel cachorro que tenía que estar muerto, o al menos tener la decencia de quedarse parapléjico, escalaba por mi pierna usando tan solo las patas delanteras. Sus uñas eran como agujas. El gato grande se soltó de mi cara y empezó a contorsionarse haciendo estragos en mis antebrazos y mis muñecas con las patas delanteras y traseras a la vez. Estiraba y arañaba con todas sus fuerzas, pero si quería salirse de aquel cepo, tendría que arrancarse la cabeza.

Debían de quedarle aún unos treinta segundos de oxígeno. Esos segundos serían interminables por sí solos, pero por si no era bastante, aquel cachorro diabólico subió ante mis ojos trepando por mi pierna al estilo zombi. Yo empecé a mover mi cuerpo espasmódica y estúpidamente hasta que se metió por debajo de la camisa del pijama en dirección a mi torso. Me zarandeé para intentar librarme de él, se aferró más aún, y mientras intentaba no perder la presión en el cuello de su amigo, pasó lo inevitable: uno de mis pies fue a parar al acelerador del coche.

El gato grande parecía ir cediendo a la presión, pero aún seguía



revolviéndose torpemente. El cachorro apareció por el cuello de mi camisa y se tiró directamente a morderme allá donde él debía de considerar que estaba la yugular. Afortunadamente la yugular debería estar en otro lado, de lo cual me alegro. Pero aun así, aquel lindo gatito mordía con todas sus fuerzas mi garganta, y creedme, aunque no fuera letal, no era nada agradable.

Entre tanto estrés no acerté a quitar el pie del acelerador, cogí velocidad de nuevo. La carretera era recta pero no tanto, y justo cuando solté al gato grande para liberar mi garganta del cachorro zombi, me estrellé contra el poste que llevaba la luz a mi casa y me partí la crisma contra el volante.

Se fue la luz. Perdí el conocimiento.

Al abrir los ojos estaba arrugado, con las piernas más altas que la cabeza sobre la puerta derecha del furgón. Me había salido de la carretera y el coche estaba volcado en el bancal de naranjos.

Me toqué la frente, tenía sangre, pero a estas alturas vete tú a saber cómo me la había hecho. La nariz también me dijo «aquí estoy yo», la toqué y, en efecto, estaba, pero algo no andaba bien. La volví a tocar y fue peor aún. No estaba recta y de sus agujeros fluían dos pequeños riachuelos de sangre que resbalaban respectivamente hacia mis orejas. Bueno, todo podía ir a peor. Uno de los cables eléctricos sueltos podía serpentear y con sus chispas encender ese charco de gasolina típico, y podría quemarme vivo aquí mismo, pero no, aquello no iba a ser tan fácil.

El tendido eléctrico se había desparramado por la carretera y el coche tenía el depósito al mínimo. Yo creo que a estas alturas funcionaba con el olor a gasolina más que otra cosa.

Allí, a mi lado, estaba *Calcetines* muerto, se ve que me dio tiempo a estrangularlo, y arriba de mí, colgado en el volante como si fuese un trapo de cocina en el horno, estaba lo que quedaba del cachorro. Esta vez no se atrevió a moverse.

Y yo, ¿podía moverme? Sí, podía. Me incorporé, me dolía todo, sobretodo la cara. Podía salir de allí por la puerta del conductor, pero me encontraba muy cansado como para levantar el peso de mi

cuerpo solo con los brazos, y al fin y al cabo el parabrisas estaba totalmente destrozado. Con un par de codazos quité los trozos de cristal cuarteado que me impedían el paso y salí del coche de pie sin demasiada dificultad. Me quedé mirando el furgón unos segundos, menudo marrón. Hace unos quince días que se me acabó el mes de gracia del seguro. «Ya verás los de *Iberdrola*. ¡Hijos de puta!».

En ese momento caí en la estupidez que había cometido. Por la mañana, cuando me levanté, seguro que la luz estaba funcionando de nuevo y ni siquiera consideré la opción de hacer una llamada. Podía haber venido la policía a por mí y la perrera a por esos putos gatos.

Me mareé. Me pasaba algo en el pie, así que me senté allí mismo junto al coche para quitarme la bota, pero el dolor me hizo echarme atrás. Era el dedo gordo, el del pie derecho, dolía bastante, pero tenía que seguir andando, no sé qué distancia habría recorrido con el coche, pero en menos de un cuarto de hora debería de poder llegar al menos al cruce donde esta casa de Ramón.

Miré la carretera como primera opción, pero aquellos cables en el suelo me daban mala espina. Seguí por el bancal de naranjos con la intención de sortear aquel desastre. El siguiente poste de luz no estaba roto, pero estaba inclinado como si alguien le hubiese estirado del pelo para tirarlo al suelo sin conseguirlo del todo. Pensé en rebasarlo y volver a la carretera, y más me valía no pensar nada porque siempre que pienso algo se me va instantáneamente a la mierda.

En la carretera, junto al poste, estaba el escuadrón de la muerte. Eran cinco gatos, bueno, cuatro gatos y aquel cabrón. Estaban quietos, parecían solo preocupados en mantener el contacto visual. Me paré y entonces ellos se pusieron de pie, parece ser que pararme no era buena idea, así que me di la vuelta y corrí hacia dentro de los naranjos.

Corrí, corrí al menos un minuto sin mirar atrás. Mi pijama estaba lleno de chorretones de sangre, me pasé la manga por la nariz, la

hemorragia era fuerte y mientras intentaba respirar exhausto, salpicaba no solo mi ropa, sino todo el camino que iba dejando detrás. «Menudo rastro», pensé, «no me extrañaría que a este paso, al girarme, no solo me siguieran los gatos. Con toda aquella sangre podía ir tras de mí un oso *grizzlie*, una manada de lobos o incluso un tiburón blanco».

Los naranjos eran viejos y hermosos, la mayoría un poco más altos que yo, y en muchas ocasiones sus copas llegaban a juntarse unas con otras, así que se añadía al apasionante viaje un interesante repiqueteo de ramas redoblando entre mi cara y mis brazos.

El oxígeno se me agotó. Solo podía respirar por la boca, y cada vez me costaba más. Tenía que elegir entre ser devorado, un paro cardíaco y la muerte por asfixia.

Paré a pensármelo, y miré hacia atrás por si tenía que pensármelo mejor. No estaban. Respiré, me apoyé con los brazos sobre las rodillas a mirar cómo la sangre de las narices formaba un pequeño charco de mí.

Me quedé en esa posición hasta que mi corazón desistió de intentar escapar del pecho y me incorporé. Aquello eran unos putos naranjos, pero me sentía como si estuviese en *Parque Jurásico* y pudiese aparecer un *velocirraptor* en cualquier momento. Ellos tenían que estar ahí. Son más rápidos que yo, ¿a qué estarán esperando?

Yo había corrido en línea recta, solo tenía que ir hacia mi izquierda y otra vez a la izquierda si quería recuperar la carretera.

Comencé a andar en la dirección correcta. Mi visibilidad terminaba apenas unos metros por delante de mí, solo alcanzaba a ver el espacio de dos naranjos a la redonda y quizás la sombra del tercero. El sol entraba entre las ramas y sus rayos se solidificaban como si fuesen sábanas blancas tendidas entre los naranjos, cada vez que iba avanzando, esas sábanas se esfumaban y aparecía un nuevo trozo de paisaje ante mí.

Antes, cuando estaba corriendo, no me dolía tanto, pero a

medida que cesé la marcha, el dedo gordo de mi pie empezó a pedirme por favor que no lo apoyara en el suelo, así que seguí la marcha despacio, intentando apoyar lo menos posible. Casi a la pata coja, atravesé unas cuantas casillas monótonas con cara de *déjà vu* y de repente encontré ante mí algo nuevo. Faltaba un naranjo y en su lugar había un montón de ramas amontonadas y los restos de una hoguera, aquello podía ser un arma potencial. Por cierto... ¿qué coño había sido de mi espada?

A falta de pan, buenas son tortas. Busqué una rama de peso medio, fácil de manejar. Tenía que hacer las veces de bastón y servir además para zumbarle a un gato. Allí estaba, era la rama perfecta, tenía hasta una deformidad en un extremo que le partiría la crisma al más plantado, fuese gato o no.

Me agaché a cogerla, pero no me dio tiempo. Allí agazapado detrás de la leña estaba *Gordo*, un gato siamés y compulsivo, uno de esos gatos a los que hay que apartar un rato para que los demás puedan comer también.

Se lanzó directamente contra mi mandíbula, la verdad es que yo se la puse en bandeja y se agarró con las patas a mi cabeza y mi cuello. Yo cogí directamente su cuello y estiré de él con fuerza hasta arrancármelo de la cara, no sin antes desgarrar algo de mí mismo, que ya a aquellas alturas poco importaba un trocito más o un trocito menos. Estampé al gato contra el suelo con tal violencia que debería de haber muerto en el acto, de nuevo la adrenalina fluía en mí y la ira también. Le pegué una patada al gordo en mitad de la tripa y voló unos pocos metros. El jodido cayó de pie, aunque tímidamente se puso de nuevo en guardia. *Gordo* era un gato siamés y bizco, y como su nombre indica, estaba fuertecito.

Cogí aquella rama, era una buena tranca, pesaba un poco, pero podía manejarla. Tenía a *Gordo* delante de mí, y a mi izquierda apareció *Aretha* con ganas de unirse a la fiesta. Era una gata siamesa un poco más joven, también bizca, creo recordar que eran familia. Miré a mi alrededor, no había más. Me coloqué en la posición correcta para tenerlos por igual en el punto de mira y me

quedé quieto un momento. Ellos empezaron a avanzar hacia mí despacio, era hasta gracioso ver aquel par de bizcos acercándose hacia mí a cámara lenta como si estuviesen haciendo un ejercicio de *Tai chi*. Levantaban la pata, se paraban, la movían hacia delante, paraban y la reposaban en el suelo de nuevo con una pausa, todo ello con una sincronía espeluznante. Les vi venir. Iban a acercarse lo suficiente como para poder atacarme los dos a la vez, aunque tardaran el resto del día.

No podía permitirlo, pensé un segundo y actué, la adrenalina es lo que tiene. Primero di un paso amenazador a la izquierda, *Aretha* se paró y se puso en guardia, entonces di un salto hacia la derecha y me encontré con el gordo, que se anticipaba ya para atacarme. Le di un revés con la fuerza de los dos brazos. Si su cabeza no hubiese tenido que arrastrar el peso del resto de su cuerpo, habría ido muy muy lejos.

Cuando cayó aún se movía, pero no pudo escabullirse del segundo golpe en el lomo, que lo dejó en el suelo definitivamente.

Me giré. *Aretha* estaba cerca, detrás de mí bufando como una loca. Intenté darle a ella, pero me esquivó y atacó al palo en vez de a mí. Lo intenté un par de veces más sin suerte. *Gordo* aún maullaba de dolor detrás de mí, me supo mal oírle sufrir, así que me di la vuelta y le empotré el palo en la cabeza otras tres veces más hasta que el dolor cesó.

*Aretha* se tiró a mi espalda, me arañó una oreja y saltó de nuevo al suelo. Yo me di la vuelta rápidamente y esta vez sí que la alcancé, pero le di solo de refilón en una pata. A mí me supo a poco, pero se ve que ella tuvo bastante porque en vez de volverme a atacar se alejó de mí y huyó mirando hacia atrás más allá de donde alcanzaba mi vista, que la verdad, era bien poco. Yo retomé mi dirección cargado de esperanzas, había vencido. Al fin y al cabo, eran unos putos gatos.

Aquello me armó de valor y comencé a andar de nuevo, esta vez con mucho más ánimo, incluso empecé a cogerle el tranquillo a usar la rama como bastón para no apoyar el dedo roto. El palo estaba

untado con sangre y cráneo. ¿Y qué? Al menos no era ni mi sangre ni mi cráneo. Miré al bastón como se mira a un amigo que te acaba de salvar la vida o el culo.

Tenía que situarme, estaba seguro de seguir en la dirección correcta, pero no estaría mal subirme a uno de esos naranjos. Enseguida vería la casa de Ramón.

Escogí uno al azar. Puse la pierna buena sobre la parte del tronco donde confluyen las ramas y ayudándome de los brazos conseguí asomar la cabeza por encima de la copa del naranjo. Había más luz que abajo, y me resultaba difícil mantener los ojos abiertos. Todo eran naranjos y más naranjos delante de mí, pero a lo lejos, fuera ya de mi campo de visión, parecía haber una forma, debía ser aquella casa blanca escondida entre la luz. Estaría como a trescientos metros de la casa de Arturo, con un poco de suerte lo pillaría allí, y si no, al menos su perro mantendría alejados a los gatos, si no le daba por devorarme a mí, lo cual, vistos los acontecimientos, tampoco era una idea descabellada.

Grité.

—¡¡Socorro!!

*Aretha*, que se había quedado quieta escondida ante mis narices, estaba agazapada en una rama a la altura de mi cara. Bufó mientras yo gritaba y me lanzó un par de zarpazos a los ojos. El primero me dio, cuando lanzó el segundo me cubrí la cara y me caí del árbol al mismo tiempo. Todos sabemos que el naranjo es un árbol relativamente bajito, pero cuando caí con todo el peso sobre el dedo roto, dolió como si cayera de un quinto piso. Reaccioné levantando la única pierna que tenía en el suelo y rodando sobre mí mismo. Estaba lleno de tierra y de odio. Cogí mi arma letal de nuevo con malas intenciones.

*Aretha* empezó a darle vueltas al árbol de rama en rama y yo, jodido pero arrastrado por una tremenda furia, golpeaba el naranjo con mi rama. Sé que el pobre no tenía culpa ninguna de todo esto, pero os juro que yo quería darle a la gata, lo que pasa es que la muy puta no paraba de moverse. Las naranjas caían al suelo a medida

que yo golpeaba las ramas. Me agaché, recogí una naranja y se la tiré a la gata. Esta vez acerté. Recogí otra naranja y acerté de nuevo, pero tras una pequeña reflexión me pareció inverosímil matar a la gata a naranjazos, así que me disponía a seguirla con el palo cuando vi aparecer de nuevo a aquel bastardo.

Aquel tremendo gato pardo hijo de puta venía hacia mí al trote. ¡Joder, de cerca era más grande!, en verdad no se parecía en nada a mi suegro, eso sí, los dos tenían muy mala leche. Tampoco era un gato normal, era una mala bestia.

Era el momento de la verdad, no podía rendirme ahora, así que me fui hacia él con el palo. Intenté repetir la técnica de machacarle la cabeza usando los dos brazos y toda mi fuerza, pero me esquivó en una especie de salto imposible hacia atrás. Yo me pasé de largo, y para cuando recuperé mi posición de ataque, la bestia estaba ya demasiado cerca. Se levantó frente a mí, era más alto que yo y le apestaba el aliento. Su primer zarpazo me arrebató la rama de cuajo, y antes de que pudiera reaccionar me dio otro zarpazo en el hombro que me lanzó lejos. Me arrastré instintivamente por el suelo alejándome de él, y él simplemente apoyó de nuevo sus patas delanteras en el suelo y se me quedó mirando.

Contra aquel cabrón no tenía nada que hacer, solo huir. Observé mi hombro, la sangre salía a borbotones. El pijama estaba desgarrado y mis carnes también, los cortes eran profundos. Aquel bicho podía matarme con un par de zarpazos más.

Seguí arrastrándome un poco más, alejándome lo más posible de aquella fiera y en algún momento me puse de pie.

Ya no lo veía, pero seguro que él a mí sí. Ya no sabía hacia dónde iba. Todo a mi alrededor era igual, y yo simplemente andaba a duras penas, abatido, esperando que la muerte llegara a mí en cualquier momento, que estuviera escondida detrás de cualquier árbol o a punto de aparecer tras aquella neblina blanca hacia la que me dirigía constantemente. Por unos segundos me vino a la cabeza aquella estúpida canción, «Devórame otra vez, devórame otra vez»... y no sé qué de una sábanas blancas. Supongo que era cosa

de la fiebre. Por Dios, qué horror de canción.

Unos naranjos más tarde alcancé a disipar la forma de *Aretha* y otros dos gatos frente a mí, así que cambié el rumbo hacia la derecha. Podía sentir cómo los gatos se movían a mi paso, estaban ahí, pero guardaban las distancias lo suficiente como para que no los viera. Paré un momento y oí un ruido detrás de mí, ni siquiera miré, ni eché a correr, solo seguí caminando a la misma velocidad. Que fuera lo que Dios quisiera, yo no iba a enfrentarme a ningún bicho más. En unos cinco minutos me di cuenta de que la dirección no era la correcta. Los naranjos empezaban a disponerse de otra manera y estaban intercalados con limoneros. Estaba volviendo hacia mi casa...

Me di la vuelta para cambiar de dirección, pero allí estaban de nuevo los gatos. Me intenté ir hacia la derecha, pero sentí su presencia. En ese momento caí en la cuenta. Me estaban pastoreando, guiándome de nuevo hacia el redil. Mientras fuese en dirección a la casa todo iría bien, pero no me permitirían alejarme de allí.

A mí no me quedaban ánimos para luchar, así que seguí las instrucciones y anduve recto hasta llegar a la valla de mi casa, después seguí apoyándome en ella hasta llegar a la verja. Allí estaba la espada, me la había dejado tirada en el suelo mientras abría la verja. La recogí a la vez que atravesaba la puerta de camino a casa sin perder el paso, pero no le planté cara a los felinos, simplemente la arrastré hasta la puerta de la cocina y me metí dentro de nuevo. Los gatos se habían quedado parados a la altura de la verja, observando plácidamente cómo entraba en la casa, y detrás de ellos apareció de nuevo esa bestia. Cerré las persianas y dejé de verlos.



## CAPÍTULO 6

---

### El Álamo

Puse la espada en la mesa de la cocina. No quedaba ni rastro de las velas, pero la persiana de mi cuarto estaba aún levantada y la silueta de la luz que se dibujaba sobre la pared del pasillo iluminaba levemente el recibidor y más levemente aún el salón. Me refugié en aquella penumbra y me senté en el sofá totalmente derrotado. Estaba poniéndolo perdido de sangre.

Hay que ver cómo cambian las cosas cuando las sacas de contexto, la de veces que había defendido ese sofá a capa y espada de zumos, trozos de *pizza*, chicles y otros cientos de amenazas y fluidos a los que los chiquillos lo exponían constantemente. Sin embargo, ahora me importaba una mierda el sofá, me importaba una mierda el salón, y creo que hasta yo mismo dejé de importarme una mierda.

Solo había dolor y derrota. Intenté dejarme morir allí mismo, pero ni eso podía hacer. Me quedé quieto un par de horas esperando a la muerte llegar, pero la muy puta no llegó y me dejó allí tirado en el sofá con cara de gilipollas. La sangre empezó a coagular y las heridas dejaron de sangrar, pero no de doler. Me aburrí hasta de sufrir y me fui en busca de otro *Ibuprofeno*. No podía tragarme aquello sin comer nada, mi mujer siempre decía que tragarse un *Ibuprofeno* con el estómago vacío podía causarme una úlcera, y la verdad, era lo último que me apetecía.

Quizás si me quedaba allí quieto alguien aparecería, al fin y al

cabo, había montado un buen *pifostio* con los postes de la luz. Alguien vería allí el coche y si llamaban a la policía acabarían presentándose en casa.

Sí, no podían pasar muchas horas antes de que viniera alguien, solo tenía que aguantar, y yo de eso sé.

Hice una inspección en la cocina, no quería abrir las persianas y enfrentarme de nuevo a la luz, pero las tensé levemente para que entrara un poco y se formaron esos huecos por los que los rayos de luz atraviesan las juntas de las baldas de las persianas cuando no están cerradas del todo. La habitación se llenó de repente de un montón de haces de luz paralelos que pusieron en evidencia el polvo que flotaba en el ambiente. Esa iluminación era suficiente para no tropezarme con el mobiliario.

¿Hacía cuánto que no comía nada? La verdad, no me vendría nada mal un bocado para reponer fuerzas, no tenía mucha hambre, pero tampoco tenía nada mejor que hacer, así que cogí una lata de atún y el bote de mayonesa que había en la nevera y me monté un sándwich en un periquete.

No estaba malo, pero no llegué a disfrutarlo. Se me hacía pasta en la boca, me obligué a tragarlo y me ayudé para ello con un bote de cerveza que tampoco me produjo mucha satisfacción. Después, cómo no, me hice un buen canuto de hierba, uno tiene que ser fiel a sus principios por mucho que se acerque el final.

Si no me hubiese cargado el poste de la luz, todo aquello sería tan fácil... Trasteé con un par de interruptores de la cocina, sabía que no funcionarían, pero tenía que intentarlo, y, por supuesto, no funcionó.

He visto tantas películas que hablan de gente que saca lo mejor de sí en los peores momentos... ¿Quién coño hace esas películas? ¿En qué coño están pensando cuando escriben cosas así?

Yo no tenía nada bueno que sacar de mí. Lo mejor que podía salir de mí en aquellos momentos era un buen paté para gatos. ¿Qué podía hacer ahora, solo esperar?

No podía rendirme, dijo *John Wayne* dentro de mí, y acto

seguido recordé que aún tenía una baza, tenía aquel rifle de perdigones en el armario de la entrada. Sí, estaba rodeado, pero moriría con las botas puestas.

Me dirigí al armario y saqué el rifle. Es un rifle pequeño, de aire comprimido, de esos que tienes que cargar una vez para cada disparo, así que no podía salir con él a campo abierto a enfrentarme a los gatos. Con mucha suerte acertaría a uno de ellos mientras todos los demás me atacaban. Lo mejor era atrincherarme en la casa y dispararles desde las ventanas.

Me quedé palpando la estantería superior del armario en busca de la caja de perdigones, pero no llegaba, así que cogí una silla para subirme a ella y acceder mejor al fondo del armario. Estaban allí.

Había una caja prácticamente llena de aquellos pequeños balines, también había algo más envuelto en una tela. Era una especie de arcón de madera, o al menos eso le pareció a mi tacto. Saqué las dos cosas de allí.

En todos los años que había vivido en aquella casa jamás había reparado en la existencia de aquel objeto. Lo deposité sobre la mesita del salón y lo desenvolví cuidadosamente lleno de curiosidad. Era un cofre rectangular de unos veinticinco por cuarenta centímetros tallado en madera con motivos egipcios, una caja preciosa llena de relieves coloreados y piedras incrustadas. Algunos de los relieves parecían haber sido pintados con oro puro. Aquella caja debía de valer una fortuna.

Mi mujer hizo bien en no enseñármela en todos aquellos años. Si no, yo no la hubiese dejado en paz hasta que la hubiésemos vendido. ¡Joder!, aunque estaba intacta, parecía que tuviese miles de años.

Toda la caja estaba llena de jeroglíficos indescifrables para mí, pero en el motivo que había tallado en el centro de la tapa había una forma que me resultó inquietantemente familiar. Era un hexaedro perfecto, partido en seis gajos llenos de pequeñas piedrecillas amarillas y naranjas, dispuestas exactamente tal y como lo estaban

los limoneros y los naranjos que había alrededor de la casa. En el centro del hexaedro había una mujer con un bebé en los brazos y, alrededor del mismo, como guardando el perímetro, había doce gatos colocados exactamente en las puntas y en la mitad de los lados que formaban el polígono. Aquello no era una casualidad. Aquella caja tenía mucho que ver con lo que estaba pasando. ¿Estaba Bastet metida en esto?

Levanté una persiana para ver mejor, no parecía tener ningún cierre. La moví, dentro había algo, tenía que ver lo que era. Le di la vuelta dos o tres veces a aquella caja sin encontrar la manera de abrirla y entonces escuché algo en la ventana. Aquellos cabroncetes estaban ahí de nuevo escrutando mis movimientos, era mi oportunidad. Cogí el rifle disimulando, como quien se levanta para alcanzar el mando de la tele, y sin mirarlos en ningún momento, cargué el arma con calma y con aquel minúsculo perdigón. No tenía muy claro que aquello pudiese matar a un gato, ¿quizás si le daba en la cabeza?

Cuando tuve el arma cargada me levanté, ellos me observaban fijamente sin perderse ni un detalle, pero supongo que no sabían lo que era un rifle, y sin empuñarlo, cogiéndolo por el cañón, lo llevé conmigo hasta la ventana.

No podía abrir el cristal sin más, los gatos podían meterse dentro de la casa, así que pensé de nuevo en la técnica de la persiana, y en cuanto estiré de la cuerda se pusieron en guardia. Solté la guillotina y cogió a uno de ellos por las patas traseras, pero consiguió escabullirse.

Cuando levanté la persiana de nuevo seguían allí, a unos metros de la ventana. Era perfecto.

La luz me cegaba, y mi visión estaba bastante deteriorada, pero podía ver más o menos bien a uno de los gatos y las siluetas de los otros dos.

Las ventanas son de dos hojas corredizas. Abrí una de ellas lo suficiente para asomar el cañón del rifle. Los gatos no se movían. Apunté a *Sugar*, un gato blanco y peludo bastante arisco, nunca me

cayó bien.

¿Daría en el blanco?... Y le di. Aunque apunté a la cabeza, el balín fue a parar a su entrepierna. Le tuve que dar más o menos en la ingle.

El animal soltó un tremendo maullido. Los otros dos gatos desaparecieron de inmediato en cuanto sonó el disparo.

*Sugar* no paraba de saltar hacia un lado y hacia otro. Rodaba sobre sí mismo y se retorció para saltar de nuevo, como si en uno de esos saltos pudiera esquivar el dolor y dejarlo atrás, pero no lo conseguía. Se desplazaba aleatoriamente mientras maullaba como un loco.

Me dio tiempo a cargar de nuevo el arma. Intenté apuntarle a la cabeza, pero su trayectoria era impredecible. Esperé paciente a que se quedara un poco quieto y a la primera oportunidad volví a dispararle de nuevo, esta vez le di en el costado. Soltó un grito sordo y desapareció de mi ángulo de visión al instante. Creo que al fin comprendió lo que pasaba.

Sé que suena un poco sádico, pero aquellos maullidos me daban un poco de paz, por muy estresantes que pudiesen parecer en un contexto distinto. Era como si pudiese restar el dolor de esos hijos de puta de mi propio dolor.

Aquello me estaba gustando. Me quedé esperando un par de minutos más a ver si algún incauto se paseaba por mi ángulo de tiro, pero nada, así que cerré la hoja de cristal y me dispuse a cambiar de ventana. Empecé a abrir otra de las ventanas del salón, pero con solo levantar unos centímetros de la persiana me di cuenta de mi error.

Era la ventana que no tenía cristal, y yo no era el único que lo sabía. Allí estaba *Salem*, que metió prácticamente medio cuerpo antes de que me diera tiempo a bajar la persiana. La gata reculó cuando sintió el peso sobre su espalda, casi se escapa, pero me dio tiempo a cogerle una de las patas. Todo el resto de su cuerpo se quedó al otro lado de la persiana.

Esto me daba en cierto modo una posición de ventaja, y decidí

usarla para mutilarla de alguna manera. Mientras miraba hacia mi alrededor buscando algún objeto con el que arrancarle la extremidad, pegó un enorme tirón y casi consigue escabullirse, a lo que yo respondí con una serie de tirones. Y aun empleando toda mi fuerza en ellos, no conseguiría arrancarle la pata, pero disfrutaba imaginándome su cabeza golpeándose una y otra vez al otro lado. No tenía ningún objeto cortante a mi alcance, y aunque yo atentaba contra la integridad de la gata estirando de ella un par de veces por segundo, ella estaba consiguiendo meter la otra pata por debajo de la persiana para librarse de mí. Tenía que tomar una decisión rápida, así que abandoné la idea de la mutilación y me decidí por la fracturación en décimas de segundo.

Cogí el rifle con la mano izquierda y golpeé aquella pata con la culata, una, dos veces, la tercera fue a parar sobre mi propia mano ya que la gata estiró de su miembro con una fuerza increíble, o quizás una fuerza increíble estiró de ella, el caso es que se escapó con lo que quedaba de su pata. Bueno, esa ventana estaba vetada, pero en la casa había muchas ventanas más, y a mí me quedaban al menos doscientos perdigones, aquello iba a ser, como poco, entretenido.

Me fui a la cocina. Desde las ventanas de la cocina se podía cubrir al menos un cuarenta por ciento del terreno de la casa, el problema era que por mucho ángulo que tuviese, todo lo que estaba a más de tres metros de mí se fundía en blanco. Esperé un par de minutos. Vi una de sus sombras pasar frente a mí y le disparé, pero supongo que no le di porque la sombra simplemente se esfumó, no hubo gritos ni maullidos de dolor. Los gatos ya estaban sobre aviso, pero yo no podía desistir, me iba la vida en ello, así que esperé paciente, cambié de ventana un par de veces más y nada.

Me costaba mucho mantener la atención visual y cualquier postura en la que me pusiera resultaba incómoda, no podía apoyarme bien sobre el pie derecho y prácticamente todas las partes de mi cuerpo tenían alguna herida de guerra. La fiebre me producía somnolencia y lo último que podía hacer era quedarme

dormido con la cara junto a la ventana.

Aquellos cabrones no solo tenían la capacidad de aparecer en el momento menos oportuno, sino que también escogían el momento justo para desaparecer.

Cerré la ventana. El sueño se estaba empezando a apoderar de mí. No estaría mal dormir un poco, me dije a mí mismo, pero había otra voz más cautelosa que sabía que si dejaba que pasaran las horas de luz, luego no podría ni tan siquiera jugar a los vaqueros, y no pensaba volver a salir de noche de allí. Tenía que vencer el sueño y mantenerme firme y, bueno, aún me podía dopar un poco.

Me fui a la habitación. La luz era insoportable, así que bajé la persiana más o menos por la mitad y volví a prepararme un par de tiros. Aquella *farlopa* no iba a durar para siempre, pero al menos hoy me mantendría en pie.

Después de trazar las líneas cuidadosamente, caí en la cuenta de que tenía la nariz totalmente inutilizada, pero aquel imprevisto no era suficiente para quebrar la fortaleza de mi voluntad. Soy un superviviente y tengo recursos para todo, me dije a mí mismo, así que chupé mi dedo índice y barrí con él todo el polvo blanco para después untármelo en las encías y dentro de los labios. Repelé aquella portada de Coldplay hasta que quedó impoluta. Mi ánimo se restableció de inmediato y me dirigí de nuevo a la cocina dispuesto a defender mi posición con uñas y dientes.

Los gatos no aparecían. Pensé en ponerles un cebo. Rebusqué en el frigorífico y finalmente me decidí por un par de filetes de costilla de cerdo que había en el congelador, aquello era un sacrificio aceptable. Había comida de sobra a pesar de que hacía ya más de doce horas que el congelador estaba sin luz. La comida aún no se había descongelado, tanto, que cuando tiré los filetes por la ventana sonaron como si hubiese tirado dos ladrillos al suelo. ¿Sería aquel cebo suficiente? En unos minutos los filetes se descongelarían y empezarían a emitir ese irresistible aroma de cerdo al sol. Solo cabía esperar que los gatos no fuesen musulmanes.

Me quedé allí observando paciente la descongelación del cerdo, apuntando malintencionadamente hacia los filetes hasta que se rindieron, perdieron su rigidez y empezaron a gotear agua y sangre. Entonces, al fin aparecieron dos sombras frente a mí; les apunté de inmediato. Una de ellas caminaba de pie, esto me escamó un poco pero no era momento para dudar. Por su tamaño tenía que ser aquella bestia parda. Apunté a su cabeza, pero le di en el torso, a la altura del pecho, aquel rifle debía estar desviado, perfecto para un puesto de feria. Entonces la bestia parda empezó a blasfemar.

—¿Qué coño haces? ¡Serás hijo de puta!

«¡Lo que faltaba!», pensé por un momento. «Ahora estos putos gatos hablan».

Eran Ramón y su perro. El chucho se puso a ladrar intentando meter el morro por la rendija de la ventana.

—Lo siento. Perdona, creí que...

—He visto tu coche en la pista —interrumpió Ramón—. Pensé que te había pasado algo. ¿Vengo ayudarte y me recibes a perdigonazos? ¡Serás cabrón!

—¿Hay algún gato ahí fuera?

Ramón no hizo ni caso a mis palabras y prosiguió con sus insultos mientras su perro se zampaba en dos bocados los filetes de cerdo. El muy cabrón ni siquiera los masticó.

Alguna parte de mi plan había salido mal, pero al menos no estaba solo, ahora contaba con la compañía de aquel gilipollas y su perro.

Corté la verborrea de Ramón con un grito.

—¡Calla ya! ¡Entra y te lo explicaré todo! Ahí fuera corres peligro.

—Ni que lo digas —respondió él—. Hay un loco cabrón con un rifle de perdigones.

—Cállate y da la vuelta por la puerta de la cocina. ¡Date prisa, están ahí fuera!

Él miro hacia los lados desconcertado. Dejé el rifle sobre la mesa y empuñé de nuevo la espada por si se colaba algún gato mientras le abría a aquel capullo.



Al abrir la puerta, el perro se coló raudo en la cocina y empezó a ladrarme como un poseso, aquellos ladridos retumbaban dentro de mí hasta el punto de no poder escuchar mis propias palabras.

—¡Pasa de una vez! —le dije.

—¡Mira qué me has hecho! —increpó Ramón desde el marco de la puerta desabrochándose la camisa. Tenía el perdigón incrustado en la piel, pero no había llegado a penetrarle.

Por un momento se olvidó de su estado y dio un paso hacia atrás al verme, no sabía bien si asustado por mi aspecto o por la espada que llevaba en la mano, pero lo averigüé enseguida.

Ramón gritó.

—¡Suelta esa espada ahora mismo!

El perro debió sentir el miedo de su amo porque aumentó el volumen de sus ladridos y se preparó para atacar. Yo hubiese desollado a ese perro sin un atisbo de remordimiento allí mismo. Sus ladridos me estaban volviendo loco, pero opté por depositar la espada en el banquillo de la cocina y Ramón finalmente entró y calmó a su perro.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó—. Mira qué aspecto tienes, pareces un zombi. ¿Qué coño está pasando aquí?

Rodeé a Ramón y cerré la puerta lo más rápido que pude.

## CAPÍTULO 7

---

### Como perros y gatos

Ramón y su perro se quedaron parados delante de mí esperando algún tipo de explicación, así que yo me senté en uno de los taburetes de la cocina e intenté ponerle un orden lógico a mis palabras.

—Corremos peligro —le dije a Ramón.

—¿Cómo te has hecho todo eso? ¿Te has lavado la cara con un estropajo?

—Me han atacado los gatos —contesté.

—¿Qué gatos? ¿Los tuyos? —preguntó él extrañado. Este tío a simple vista parece alguien normal, pero le falta un hervor.

—Sí —le dije—. Los gatos empezaron a ponerse raros y después apareció esa bestia parda que parece que es la que lleva el cotarro.

Ramón cambió su expresión. Si de normal ya tiene cara de gilipollas, consiguió demostrar que uno siempre puede superarse.

—¿De qué bestia hablas?

—Es como un gato, pero más grande, y tiene ojos de persona.

Él siguió mirándome raro, como si dudara de mi estado mental, y se acercó a mí para examinar las heridas de la cara detenidamente.

—Todo esto se está infectando, tienes un aspecto horrible, además, parece que se te está derramando media cara. Mírate los ojos —dijo sin percatarse de la incongruencia que salía de su boca.

—Intenté huir con la furgoneta —interrumpí—, pero se metieron

un par de gatos dentro y me atacaron. Por eso me estampé contra el poste de la luz.

Mientras le contaba mi accidente, extendió sus manos hacia mí. Yo intenté apartarme con un acto reflejo, pero él fue más rápido.

—¡No! —grité.

Antes de que terminara de pronunciar la sílaba, sujetó mi rostro con una mano y con la otra recolocó mi nariz en su sitio de un solo movimiento brusco. El dolor fue insoportable, y mi reacción instintiva, inmediata. Tiré a Ramón al suelo de un puñetazo en la cara, le di con tanta fuerza que el impulso arrastró mi cuerpo levantándome del taburete. Todo sucedió muy rápido, cuando me di cuenta de lo que había hecho ya tenía aquel enorme perro encima de mí intentando arrancarme un brazo, y casi lo consigue.

Ramón se levantó y empezó a estirar del collar de *Bob*, no sé bien si para ayudarme o para terminar de amputarme. Las mandíbulas de aquel perro tenían una fuerza impresionante. Sentí cómo llegaba al hueso y empecé a darle puñetazos en el hocico mientras gritaba de dolor. La sangre salpicaba por todas partes, por un momento pensé que me había roto alguna arteria, pero era mi nariz la que sangraba.

Por mucho que estirásemos cada uno por un lado, el chucho no soltaba mi brazo, al contrario, cada vez apretaba más fuerte. «¡Joder, ¿no tenía ya bastante con los gatos?!», pensé.

Yo seguí golpeándole el hocico. El perro apretaba y gruñía y Ramón no paraba de repetir como un idiota: «Tranquilo, *Bob*, tranquilo».

—¡Deja de pegarle! —me gritó Ramón.

—¡Que deje de morderme él primero! —increpé a Ramón en el mismo tono.

—Mientras sigas golpeándole, no te soltará. Se tiene que relajar.

—Sí, si quieres le pongo una copita y le invito a un canuto. ¡Me va a destrozarse el brazo! —Para aquel entonces el brazo estaba destrozado ya. Pero yo aún lo sentía como algo mío y no estaba dispuesto a dejar que aquel animal se lo llevara.

—Hazme caso o te quedarás sin él. Tengo que tranquilizarle para que te suelte.

Yo paré de golpearle y con mucho esfuerzo intenté quedarme quieto mientras el chucho gruñía y apretaba. Sentía mi brazo agujereado aguantando aquella enorme presión y, si bien es verdad que si no estiraba me dolía menos, era un tremendo ejercicio de autocontrol quedarse quieto mientras se lo comían a uno. Entonces Ramón acercó su cara a la cabeza del perro y empezó a tranquilizarle mientras metía las manos entre las mandíbulas y mi extremidad.

—Tranquilo... Tranquilo...

Me miró y me dijo:

—No te muevas ahora o seguirá apretando; cuando le abra la boca, saca el brazo despacio, sin tirones.

Tardó unos segundos que a mí me parecieron una eternidad, pero finalmente aquel cepo orgánico se fue abriendo poco a poco. Saqué el brazo despacio, tal y como me había dicho, mientras Ramón seguía con su cantinela.

—Tranquilo, *Bob*, tranquilo.

Puede que *Bob* se estuviese tranquilizando, pero yo estaba cada vez más nervioso. Se suponía que venían a ayudarme y ese monstruo casi me arranca un brazo.

Sentía latente en mí el dolor del brazo y el impulso de golpear a aquel perro con cualquier objeto que le partiera el cráneo en dos, tres, o seis trozos si hiciese falta. Por un momento miré tentado la espada, pero ya tenía bastantes enemigos ahí fuera.

—Siento lo que te ha hecho *Bob* —dijo Ramón cogiéndome el brazo para observar los daños—. Pero ¡joder!, te has pasado tres pueblos.

—¿Y tú qué? De buenas a primeras me coges la nariz y me la colocas sin avisar, ¿sabes lo que duele eso?

Mi nariz seguía derrochando sangre como si sobrara.

—Solo pretendía ayudar, además, ese tipo de cosas, cuanto más rápidas, mejor —sentenció el listillo.

—La próxima vez que quieras ayudarme, intenta avisarme primero —«y así no te llevarás una hostia», pensé para mis adentros.

—Tenemos que desinfectarte el mordisco, bueno, el mordisco entre otras cosas, y hay que parar esa hemorragia. ¿Tienes algo de alcohol?

—Hay un par de botellas de *whisky* y mucha cerveza. Llama a unas putas y lo pasaremos en grande —«que no se te olvide llamar a tu madre». Esto último solo lo pensé.

—No seas gilipollas. ¿Dónde tienes el botiquín?

—En el armario del cuarto de baño —le indiqué.

Ramón se acercó al cuarto de baño y rebuscó en el armario. En el minuto que transcurrió mientras buscaba algo con qué curarme, su perro y yo mantuvimos una intensa comunicación sin mediar palabra, tan solo nos mirábamos a los ojos expresando sin reservas un mutuo desprecio cada uno por la vida del otro.

Ramón volvió con alcohol, *Betadine*, vendas, gasas, algodón y agua oxigenada. Yo por mi parte ignoraba que todo aquello estuviese en el cajón.

—Vamos a empezar por cortar la hemorragia, haz el favor de contener tus impulsos.

Yo asentí y Ramón dirigió de nuevo sus manazas hacia mi cara. Me aparté por instinto.

—Solo iba a inclinar tu cabeza un poco hacia arriba.

—Eso ya lo sé hacer yo. Solo tienes que decírmelo.

—Venga, no seas capullo y déjame que te ayude. ¿Cómo coño has llegado a este estado?

—Ya te lo he dicho, han sido los gatos.

Mientras hablaba separó un par de trozos de algodón y se dispuso a introducirme los en los orificios nasales.

—Voy a meterte unos cuantos algodones en la nariz —me avisó.

—Así, mucho mejor, tú avísame antes de meterme nada, y hazlo con cuidado —le advertí.

Me taponó la nariz, no dolió mucho, pero me sentí violado por la

penetración.

—Mantén la cabeza levantada un rato para que pare la hemorragia —dijo Ramón mientras examinaba sus propios daños—. Con todo este lío, casi me olvido del perdigonazo. ¿Cómo se te ocurre dispararme?

—No veo bien —le contesté—. Me molesta mucho la luz y pensé que eras uno de ellos.

—Esa historia de los gatos suena muy rara —dijo mientras se arrancaba el perdigón que tenía incrustado en el pecho—. ¿Has tomado algún tipo de drogas? —Yo evité contestar.

—Si no me crees, solo tienes que salir ahí fuera. Se te echarán encima sin que te des cuenta.

Después cogió la botella de alcohol y me dijo que me sentara sin dar demasiado crédito a lo que le estaba contando.

—Voy a echarte el alcohol en el brazo, aviso. Procura estarte quieto.

—¡Joder!

Aguanté el dolor. Quemaba mucho. Los orificios del mordisco de *Bob* empezaron a espumar. Él los limpió con una gasa y volvió a aplicar alcohol.

—Hay que desinfectar bien esto —explicó. Yo imaginaba en su cara algún tipo de satisfacción ante mi dolor.

Bajé la cabeza y él insistió en que la mantuviese levantada. Se pasó alcohol por su propia herida y después empezó con el agua oxigenada. Aquello también escoció, pero menos. Debería de haberme acostumbrado ya a ver brotar la sangre, pero empecé a sentirme un poco mareado. ¿Cuántos incidentes más podría soportar mi cuerpo?

Ramón terminó de curarme el brazo y me lo vendó, después se curó su propia herida y empezó a restregarme *Betadine* por la cara con una gasa empapada. Por un momento empecé a sentirme bien, como si aquella pesadilla se estuviese encaminando hacia un final feliz.

—¿Tienes más heridas? —me preguntó.

—Tengo para todos los gustos —increpé mientras me desabrochaba la camisa.

Al ver la marca de los zarpazos que me había dado la bestia parda, Ramón empezó a darse cuenta de la gravedad de la situación.

—Esto no puede habértelo hecho un gato, no hay gatos tan grandes. ¿No te habrás estado automutilando o alguna mierda así?

—Pero bueno. ¿Tú te crees que estoy gilipollas? ¡Como si no tuviese otra cosa mejor que hacer! Además, mira mi espalda... — Me giré para mostrarle las heridas—, ahí ni siquiera llego.

—Eso sí que podría habértelo hecho un gato. Tío, ¡llevas media oreja colgando! —dijo mientras me tocaba la herida. Yo me aparté con un gesto brusco. Qué puta manía tenía este hombre de tocarlo todo sin pedir permiso.

—Estás fatal —puso la mano en mi frente—. Tienes fiebre, debes de tener una infección de caballo. Hay que ir a un hospital lo antes posible. Coge algo de ropa y vámonos cagando hostias.

De pronto escuchamos un ruido detrás de la barra de la cocina. Yo me alarmé. Nos asomamos los dos a la vez.

¡Menudo desparrame había montado el puto perro! Había volcado el cubo de la basura y andaba metiendo el hocico entre los restos de la comida de toda la semana anterior.

Hacía ya unos días que tenía que hacer vaciado ese cubo. Olía fatal, pero a *Bob* no parecía importarle, menuda fiesta se estaba montando el tío.

Yo miré a Ramón con cara de desaprobación, no podía dejar pasar la oportunidad de echarle algo en cara. Siempre era yo el que la cagaba, así que disfruté profundamente del momento. Esta vez no era yo, era su puto perro el que lo estaba dejando en evidencia.

—¡Bob! —gritó Ramón enojado—, ¡sal de ahí! ¡Deja eso!

*Bob* asomó la cabeza desde lo más hondo del montón de basura. Estaba gracioso el cabrón. Llevaba una bandeja de una especie de corcho o plástico de alitas de pollo familiares a modo de sombrero y todo el hocico manchado de salsa barbacoa. Miró por un

momento a su dueño con cara de pena y volvió a sumergirse en la basura mientras pensaba: «No jodas, Ramón, si aquí hay de todo».

—¿No decías que lo tenías bien educado? Anda, dile que lo recoja, a ver cómo lo hace.

—Él nunca hace eso —dijo herido—. Seguro que tenías la tapa de la basura abierta.

—¡Ni de coña! —dije yo— «no es que la tuviese abierta, es que estaba tan llena que no la pude cerrar», pensé.

Ramón, humillado y enojado, cogió a su perro por el collar y mientras le reprendía lo arrastró hacia la puerta de la cocina, la abrió y lo tiró fuera. Aquel capullo no terminaba de entender lo que estaba pasando ahí fuera. Yo estuve a punto de impedirselo, pero a mitad de camino un repentino pensamiento frenó mi impulso. Solo podían pasar dos cosas: o bien *Bob* se cargaba a los gatos, lo cual sería cojonudo; o bien los gatos se cargaban a *Bob*, cosa que tampoco me parecía mal del todo.

—Yo recogeré todo esto, no te preocupes.

Yo no presté mucha atención a lo que me decía Ramón, y me asomé por la ventana para ver lo que pasaba con su perro.

*Bob* permaneció por unos segundos junto a la puerta. De repente sus orejas se pusieron de punta, se puso en posición de alerta, ladró y salió de mi campo de visión dando la vuelta a la casa.

Era un perro grande, un cruce de *Husky* con *Pitbull* que le hacía especialmente cabrón, cosa que en este momento no nos venía mal del todo.

Mientras Ramón se disponía a recoger el desastre que había ocasionado su perro, yo fui dando una vuelta por las habitaciones a ver si conseguía ver lo que estaba haciendo el chucho. Primero miré desde la ventana del dormitorio. No se veía nada, y entonces escuché a *Bob* ladrar al otro lado de la casa. Me dirigí al salón y, efectivamente, ahí estaba *Bob*, cerca de la piscina, ladrando con cara de asesino a *Gollum*, el gato más feo de la manada. El felino, en vez de salir corriendo, le plantaba cara bufando y maullando, y *Bob* avanzaba hacia él y retrocedía tanteando un poco el terreno



antes de lo que parecía un ataque frontal inminente.

El chucho finalmente se decidió y se abalanzó contra el gato, pero este le propinó un buen arañazo en el hocico que hizo retroceder al perro tras soltar un alarido de dolor. *Bob* siguió ladrando y se puso a correr alrededor de su presa intentando atacarle por la espalda, pero el gato no se dejaba rodear, así que paró de nuevo frente a él y comenzó a ladrarle y a gruñir enseñándole los dientes. Acto seguido se dispuso a ofrecerle la otra mejilla y volvió a tomar de nuevo de la misma medicina. «Este perro es un poco bobo», pensé.

De repente me sobresalté con una presencia que había tras de mí, Ramón se asomaba a la escena por detrás de mi hombro.

—¡*Bob*, deja al gato! —gritó como si quisiera acabar con mi oído bueno que estaba justo a la altura de su boca—. ¡Joder, *Bob*, qué día me estás dando! —dijo mientras salía disparado por el pasillo en dirección a la cocina.

—¡Espera! —le dije—. ¡No salgas ahí fuera! —Él, como de costumbre, no me hizo caso y siguió directo hacia la puerta—. ¡Espera, joder! —Esta vez grité lo suficientemente fuerte como para que me prestara atención, cogí la espada y se la ofrecí—. Llévate esto al menos... No sabes lo que son capaces de hacer esos hijos de puta.

—¡No me jodas! —Me ignoró por completo y salió sin hacerme ni puto caso y dejando la puerta abierta. Yo titubeé un momento, pero salí detrás de él espada en mano, cerrando la puerta tras de mí.

La luz me cegaba, pero seguí el rastro de la sombra de Ramón. Creo que en aquel momento tenía más miedo de volver a quedarme solo que de los gatos en sí.

Para cuando llegamos a la reyerta, *Bob* ya no se debatía solo con *Gollum*, los seis gatos que quedaban con vida incluyendo las dos crías le rodeaban amenazantes. Ramón se quedó perplejo ante la escena, y yo me detuve a su lado a unos metros de la pelea.

—¡*Bob*, ven aquí!, ¡deja a los gatos! —gritó.

Por un momento, *Bob* miró a su amo y sus ojos parecían decir

«eso quisiera yo». Yo miré hacia los lados, aún faltaba en la escena aquel tremendo gato pardo hijo de puta.

Ellos aprovecharon el desvío de atención y saltaron al unísono sobre el perro. Por un momento *Bob* desapareció entre los gatos y se escuchó un alarido de dolor, pero enseguida reaccionó y salió de allí cagando leches.

El perro corría con uno de los gatos aún enganchado a su lomo mordiéndole en el cuello. Se quedó dando vueltas en círculos y haciendo aspavientos para librarse de él, y para cuando lo consiguió estaba de nuevo asediado por el resto de los gatos, que volvieron a abalanzarse sobre el animal. *Bob* consiguió hincarle el diente a una de las crías, la agarró entre sus fauces y acabó con ella de un solo mordisco. Quedaba uno menos, pero el resto de gatos le estaban haciendo polvo. Uno de ellos alcanzó a arañarle los ojos, creo que era *Félix*, y el perro reuló asustado y dolorido. Aquellos cabrones le atacaban por todos los flancos.

Ramón estaba aterrado y paralizado. Me acerqué a él y le toqué en el hombro con el mango de la espada.

—¿Ves lo que te decía? —le dije.

Tendí mi mano y le ofrecí la espada de nuevo. Esta vez Ramón la cogió y se dirigió hacia ellos gritando:

—¡Dejad en paz a mi perro!

*Bob* había conseguido atrapar a *Dexter*, un gato adulto con el pelo rojizo, y mientras los otros le hacían polvo las orejas y el hocico, él se aferró a lo único que podía hacer: destrozar a fuerza de mandíbula la cabeza de aquel gato psicópata. Sonó un *crack* cuando le partió el cráneo. Entonces Ramón empezó a apartar a golpes de espada al resto de los gatos de su amado perro, pero ellos, en lugar de huir, volvían de nuevo al ataque.

Yo estaba quieto mirando la escena cuando algo sobrevoló mi cabeza. Aquella bestia inmundada había estado todo el tiempo detrás de nosotros sobre el tejado de la casa como un espectador más. Ahora había decidido que era el momento de actuar.

Llegó hasta Ramón de un solo salto y lo tiró al suelo

desarmándole la espada, que salió despedida hacia un lado. Cuando vi a la bestia me eché hacia atrás instintivamente. Ramón aún estaba en el suelo, y al contrario de lo que yo pensaba, la bestia se dio la vuelta y se dirigió hacia el perro en vez de acabar con Ramón, que se quedó allí parado, expectante.

Los otros gatos cesaron su ataque, pero por aquel entonces *Bob* ya no podía ver. De un solo zarpazo el perro cayó al suelo desahuciado por completo, y la bestia puso una pata sobre su cabeza e inmovilizó el cuello del pobre chucho entre sus fauces. Ramón seguía en el suelo hipnotizado por la visión de aquel enorme felino que, sin pensárselo dos veces y sin apartar la mirada de los ojos de Ramón en ningún momento, le arrancó la garganta de cuajo al pobre perro.

Mi vecino no podía apartar la vista de aquel bodegón de sangre, pero sus ojos, más que terror, expresaban alguna forma de indignación.

—¡Corre! —le gritó, y solo entonces consiguió reaccionar.

Los dos salimos de allí a toda hostia. Ningún gato nos seguía, o al menos eso creo, tampoco me giré a mirar.

## CAPÍTULO 8

---

### Jugando con fuego

Ramón estaba aturdido, yo llegué primero a la cocina, pero me siguió pisándome los talones. Esta vez fue él mismo quien cerró la puerta y le dio la vuelta a la cerradura.

—¡Joder! ¿Qué mierda es esta? —dijo espumando por la boca.

—Te lo dije y no me hiciste ni puto caso.

Me miró con los ojos llenos de confusión e ira, tenía la cara desencajada, como si acabase de firmar una hipoteca y segundos después hubiese vislumbrado hasta qué punto podía afectar a su vida diaria la letra pequeña.

—Pensé que estabas drogado —se explicó—. Últimamente te estás metiendo mucho. ¡Joder!, ¡joder, se han cargado a mi perro! Esto no tenía que haber pasado así.

—Y eso es lo de menos —le contesté yo.

—¿Lo de menos? —Escupió mirándome con cara de asco, como si tuviese yo la culpa.

—Es fácil que nos maten a nosotros también.

—¿Pueden entrar aquí?

—No, creo que no, al menos no lo han hecho hasta ahora, solo se han colado cuando yo he abierto la puerta.

—Tenemos que pedir ayuda —las palabras salían de su boca como si estuviesen cargadas hasta la campanilla de la más obvia de las verdades absolutas. Yo me callé y esperé a que se desarrollasen los acontecimientos.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón y se dispuso a llamar. Me quedé mirándolo sin mediar palabra, lo mejor era que se decepcionara por sí mismo.

—Joder, no hay cobertura.

—¿No me digas? No me había dado cuenta.

—¿Y el fijo?

—El fijo tampoco funciona. Me he cargado el poste de la luz con la furgoneta. Y sin el *router* no funciona.

—¡Menuda mierda! ¿Y ahora qué coño vamos a hacer?

—¿Has venido en coche? —le pregunté.

—No, vine paseando, nunca cojo el coche si puedo evitarlo —sentenció. Tenía cierta ironía que sus principios fueran a llevarnos a este final, bueno, al fin y al cabo, no seríamos los primeros ni los últimos que alcanzaban su final siguiendo los principios de alguien. Por eso yo prefiero dejar siempre las cosas a mitad.

—Arriba en la terraza sí que hay cobertura, si te apetece darte un paseo —le invité alegremente.

—Tenemos que subir entonces.

—Ni de cofia, yo ya estoy escarmentado, mira cómo me han puesto. Casi va a ser mejor que nos quedemos aquí y esperemos a que vengan los de *Iberdrola*, a ver si hay suerte y podemos escapar mientras se entretienen con esos hijos de puta.

—No creo que aparezcan tan pronto, creo que ese tramo de alumbrado solo afecta a tu casa y a la mía; si no les avisamos tardarán en aparecer. No podemos quedarnos así, hay que hacer algo —dijo Ramón.

Alguna parte de mi interior expresó sus necesidades.

—¿Nos hacemos unos bocatas?

—¿Cómo puedes pensar en comer ahora? —se indignó Ramón.

—Seguro que tú has almorzado, ¿no? Tengo hambre, además necesito algo de energía para recuperarme. Voy a calentar una *pizza*. ¿Te apetece una? Hay de cuatro quesos y de barbacoa.

Enseguida se dio cuenta de que yo no pensaba cambiar de tema de momento, así que se dedicó a pasear sus nervios por la cocina

dando vueltas en círculo.

—¿Qué armas tenemos? —soltó de pronto.

Yo saqué la *pizza* de la nevera y cogí un cuchillo para sacarla del envoltorio, la *pizza* tenía *abrefácil*, pero se abría mucho más fácil con un cuchillo.

—Tenemos un rifle de perdigones, como ya habrás notado, y esa espada que has dejado tirada ahí fuera. El rifle sirve solo para el primer tiro, tarda mucho en cargarse. La espada es mucho más efectiva. Siempre y cuando no la dejemos tirada en el exterior —dije lanzándole una pulla a Ramón, solo por meterme con él.

—¿Qué mierdas vamos a hacer con la espada?

—Oye, una así tenía el Cid Campeador y mira la que lio.

Ramón me miró colérico y añadió:

—¡¿Por qué coño habré venido yo a meterme en este lío contigo?!

—Es el karma —le dije.

—¿Qué coño de karma? ¿Qué sabrás tú del karma, desgraciado?

—Bueno, fuiste tú quien me presentó a Bastet en el bar del pueblo, ¿no?

—¡A qué mala hora!

Empecé a probar los mecheros que había encima de la encimera, eran al menos cuatro, pero solo funcionaba uno, y siempre era el último en probar. Cuando al fin encontré el mechero correcto, abrí el homo y me dispuse a encenderlo. Entonces Ramón vio la luz.

—¡Fuego! Esa será nuestra arma.

Ramón me miró esperando que yo le felicitara por su genial idea y yo, en vez de hacerlo, comenté:

—¿Ves como ha servido de algo calentar la *pizza*? ¿Seguro que no vas a querer un trozo? Luego no me pidas.

Él empezó a preguntarme ensimismado en su genial idea.

—¿Tienes algún tipo de acelerante?

—Tengo algo de *farlopa* —«pero queda poca y no pienso

compartirla contigo», pensé para mis adentros.

—Me refiero a gasolina, alcohol o algo así.

Primero pensé en el furgón, pero estaba fuera de nuestro alcance y luego recordé:

—Sí, en el trastero hay un bidón de unos ocho litros lleno de gasolina para el cortacésped. Lo llené hace una semana, así que está al completo.

—Bien —dijo Ramón—. ¿Y algo que nos sirva para rociar a los gatos con la gasolina?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo fumigas las plantas?

Mis cuidados del jardín no suelen llegar a esos extremos, pero sí que recuerdo haber comprado uno de esos rociadores hace un par de años en un ataque repentino de afición a la jardinería que me dio durante unas vacaciones.

—Sí, hay uno de esos trastos en el trastero, es de esos que acumulan presión con una especie de bomba manual; si se le da la suficiente presión sale un chorro de unos tres o cuatro metros. Además, recuerdo haber visto jugar a los críos con él llenándolo de agua y puteando a esos asquerosos gatos.

—Perfecto —añadió Ramón—, hay que ir a por él.

—Espera, espera. Yo no pienso salir de aquí, al menos hasta que me haya terminado la *pizza*.

—Venga, no hay problema, cómete esa puta *pizza* y cámbiate de ropa, pareces un jodido zombi.

Ramón tenía razón. Entré en mi cuarto, me quité el pijama llevándome con él algunos trozos de mi cuerpo que se habían quedado pegados por la sangre seca y busqué algo de ropa en el armario. Me puse una camiseta de publicidad de tabaco y unos vaqueros, después me decidí por una camisa a cuadros que estaba frente a mí.

Para cuando terminé de vestirme, la *pizza* ya estaba hecha, así que la saqué del horno, la puse en un plato y la partí en trozos simétricos con el cortapizzas circular.

Ramón no estaba en la cocina. Llevé la *pizza* al salón y la deposité encima de la mesa de centro, y allí estaba, sentado en el sofá, en la parte que no estaba manchada de sangre.

—Siéntate, como si estuvieras en tu casa —le dije sarcásticamente.

Él me miró con desprecio.

—Voy a por algo de beber —añadí—. ¿Quieres una cerveza?

—No bebo alcohol. Ya lo sabes.

—¿Agua?

—Sí.

Regresé a la cocina y de nuevo al salón con la bebida. Cuando deposité los vasos sobre la mesa, noté algo en falta. La caja, la puta caja egipcia no estaba allí.

—¿Dónde está la caja?

—¿Qué caja? —preguntó Ramón extrañado.

—Un cofre egipcio que había aquí encima.

—No sé de qué me estás hablando —mintió.

—Joder, no es algo que pase desapercibido, es una caja llena de jeroglíficos que había aquí encima.

Intenté recordar si la caja estaba allí cuando me asomé a ver a *Bob* peleando con el gato, pero no me había fijado en esto antes.

—Venga, Ramón, estamos aquí solos, tienes que haberla cogido tú. Esto es como cuando hay dos en el ascensor y uno se tira un pedo; uno puede negarlo, pero joder, es muy difícil de creer.

—No sé de qué me hablas —dijo Ramón empezando a enojarse.

Lo miré con desconfianza, pero decidí empezar a comerme la *pizza*. Me senté en una silla, hubo un silencio tenso que duró hasta que Ramón se decidió a pedirme un trozo. Después hubo un silencio más tenso todavía pero finalmente le dije hablando con la boca llena:

—Anda, coge un trozo, joder. Te pregunté si querías una.

Ramón se lo pensó un momento, yo no había sido precisamente gentil, pero finalmente cogió la *pizza*.

Me quedé mirando a Ramón mientras comía. Los restos de salsa



barbacoa en la comisura de sus labios le daban un aspecto inquietante. No me fiaba de aquel cabrón, ¿tendría él algo que ver con todo esto? Bueno, tuviese algo que ver o no, estaba allí atrapado en el mismo atolladero que yo y supuse que me sería útil para conseguir escapar. Por alguna incomprensible razón él tampoco se sentía muy cómodo allí.

—En la caja había dibujados doce gatos rodeando algo parecido a los campos de naranjos y limoneros, me parece muy rara la coincidencia. Y también que pase esto justo cuando Bastet no está aquí, quizás ella sabría dar algo de luz sobre esta mierda, puede que tenga algo que ver con todo esto —afirmé.

—No seas gilipollas, ella es una mujer maravillosa, jamás se le ocurriría hacer daño a ningún ser vivo, incluyendo a una bazofia como tú en el mismo cesto.

«Ramón y Bastet se conocen desde pequeños, seguro que alguna vez jugaron a médicos», pensé por un momento.

—No como tú, cabrón.

—¿De qué vas? —El tío me roba y ahora me insulta.

—Bastet me dijo que la golpeaste antes de marcharse, me dijo que tenía miedo de ti.

—¿Cuándo has hablado tú con Bastet?

—La tarde que salió de aquí vino a casa y pasó la noche allí, al día siguiente la llevé al aeropuerto.

Por mi mente pasaron imágenes de aquel capullo abrazando y consolando a mi mujer.

—Solo fue una pequeña discusión —me expliqué.

—No fue eso lo que me contó ella, me dijo que querías que abortara y que le diste un empujón que pudo poner en peligro su embarazo.

—No lo recuerdo así.

—No lo recuerdas así porque estabas drogado. También me contó que desde que perdiste el trabajo solo te dedicas a meterte cocaína, y que tu carácter se está volviendo muy agresivo. Estaba realmente asustada. No se cómo coño se pudo enamorar una mujer

así de ti. ¿Qué coño vio en ti?

—Seguro que te hubiese sido mucho más fácil de explicar que se hubiese casado contigo, ¿no?

—No seas gilipollas, no voy por ahí.

—¿Tú y ella nunca os liasteis de chavales?

—No, nunca —algo en su expresión corporal me decía que aquello no era del todo cierto—. Ella te quería, no me preguntes por qué, pero te eligió a ti para formar una familia.

Yo siempre me había preguntado lo mismo, ¿qué vería en mí una mujer tan guapa? Con el tiempo descubrí que estaba un poco loca. Aquello ya era una razón de peso para estar conmigo. Basty es extremadamente metafísica, pasaba todo el tiempo cuidando de los críos, cuidando de sus gatos y cuidándome a mí de paso, además, tenía una extraña obsesión por fabricar niños, cosa que fue muy agradable hasta que llegamos al cuarto.

Aún recuerdo cómo hacíamos el amor, era como follar con un animal salvaje, me encantaba, pero ella se negaba a utilizar ningún tipo de anticonceptivo y aquello empezaba a rozar la superpoblación. Después del tercero le propuse hacerme la vasectomía, pero ella se puso como una fiera. Fue la primera vez en todos los años que llevábamos juntos que realmente se cabreó conmigo, y de alguna manera me dio a entender que yo no tendría ningún valor para ella si no fuera por la fertilidad de mi semen. Pensé en hacerlo a escondidas, pero para cuando me lo estaba planteando llegó el siguiente embarazo. ¡Ya estaba bien!, ¿no? Quiero a mis hijos, pero no quiero más.

Terminamos de comer la *pizza* y Ramón se levantó nervioso, con prisa por poner en práctica su genial plan y acabar de una vez por todas con aquella molesta conversación.

—Tenemos que hacer unas antorchas, por muy locos que estén esos gatos, le tendrán miedo al fuego.

Yo me levanté, cogí los elementos necesarios y me dispuse a hacerme un canuto, esta vez me senté yo en la parte buena del sofá.

—¿Qué haces, te vas a drogar ahora? ¿Crees que eso nos va a ayudar en algo? —me recriminó.

«Como mínimo me ayudará a soportarte», pensé. Pero de mi boca no salió ni una palabra, simplemente me quedé mirándolo con cara de «me importa tres cojones lo que opines, pienso fumármelo aquí sentado».

Ramón me odió un poco más si cabe e, ignorando mi silencio, volvió al ataque con su plan.

—¿Tienes palos?

—Tío, dentro de un rato anochecerá, sería mejor esperar a mañana, aquí estamos a salvo, al menos por hoy.

—Ni lo sueñes —dijo—. Tenemos más de tres horas de luz, además, ¿has visto a esa bestia? ¿Tú crees que no entraría aquí si le diera la gana? Con la fuerza que tiene solo tendría que reventar la puerta de la cocina, no le costaría mucho. Haz el favor de ayudarme y deja de fumarte eso. ¿Hay algo que nos sirva como mango para las antorchas?

—Podrían servir los mangos que hay en las herramientas del trastero.

—¿Y cinta aislante?

—También hay allí.

—Necesitamos trapos.

—Tengo alguno en la cocina, pero podemos usar también alguna ropa vieja o un par de toallas.

—Bien —añadió Ramón intentando dar un tono positivo a su voz—. Cuando salgamos de aquí no nos podemos dejar nada que podamos necesitar.

—Puede que el fuego de las antorchas asuste a los gatos, pero esa bestia nos arrebatará las antorchas en dos zarpazos —objeté.

—Tengo un plan, uno de los dos llevará el rociador y el otro las antorchas, hay que rociar a los gatos con gasolina y después quemarlos. Esa bestia se quemará como los demás, al fin y al cabo.

Se quedó parado orgulloso de sí mismo, supongo que en ese momento se sentía como *McGiver*.

Lo pensé por un momento. Había muchas variantes pero el plan no era malo del todo.

—¿Y luego, qué? —pregunté—. ¿Andando hasta tu casa entre los naranjos?

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Sí —le interrumpí—. Deberíamos subir a la terraza, allí habrá cobertura, lo mejor es llamar a Emergencias y volver a encerrarse en la casa. Podemos usar tu invento para conseguir llegar hasta la terraza, pero andar más de un kilómetro con ellos detrás no me hace gracia.

Ramón me miró pensativo y asintió.

—Probemos, a ver qué pasa. Si conseguimos contactar con la policía, la verdad es que no creo que tarden mucho en aparecer, no sería una mala opción.

Bueno, al fin entraba en razón. Me levanté, empezaba a sentirme muy débil.

—Voy a lavarme la cara —le dije.

Una vez en el cuarto de baño me eché agua por encima, sin pasar jabón, a ver si mi estado de conciencia recuperaba algo de solidez. «Si no estuviese Ramón aquí me tumbaría ahora mismo», pensé. «Necesito descansar».

La fiebre pesaba cada vez más. Me quité los algodones, al parecer la hemorragia se había contenido. Tenía un aspecto horrible y aún no conseguía respirar por la nariz. Me soné y volví a sangrar un poco por uno de los orificios, pero enseguida paró. Luego abrí el cajón y busqué unas ampollas de suero fisiológico que mi mujer siempre tenía en casa para los chiquillos. Allí estaban. Me introduje media ampolla en cada orificio y me quedé mirando hacia arriba. Al levantar la cabeza se puso de manifiesto aquel dolor de espalda de nuevo, pero ya todo mi sistema nervioso difuminaba las sensaciones. Estaba mal en general, me dolía cada una de las heridas, pero era difícil localizar un dolor en concreto. Era un dolor generalizado y pastoso, como una sombra que me cubría y estaba acabando conmigo.

Ramón pasó por delante de mí impaciente, pero al verme en el cuarto de baño con la cabeza levantada no me incordió y se quedó andando del salón a la cocina y de la cocina al salón como si le hubiese invadido de repente el espíritu de *Forrest Gump*.

—¿Estás mejor? —me preguntó una de las veces que pasó por la puerta. Yo hice un gesto con el pulgar sin hablar ni bajar la cabeza.

Poco después empecé a notar una mezcla de sabor salado con sangre resbalando por mi garganta. Aquello estaba funcionando.

Me volví a sonar y repetí la operación de nuevo. Mi nariz empezaba a descongestionarse. Ramón se impacientaba y cada vez tardaba menos en pasar por delante del cuarto de baño.

Una de las veces que pasó me preguntó si podía decirle dónde estaban los trapos y las toallas. Yo bajé la cabeza, me enjuagué, y le indiqué que buscara las toallas en el armario del recibidor, en el que estaba más cerca del pasillo. «Hay de todos los tamaños» le dije, «toallas de mano y de baño, coge lo que quieras, no estamos ahora para escatimar, y también hay alguna bolsa de viaje por si quieres meterlas ahí».

Él se fue a buscarlas y yo aproveché para salir del cuarto de baño, meterme en la habitación y cerrar el pestillo.

Para cuando empezó a buscarme, yo ya tenía todo mi ritual preparado. Me convencí a mí mismo de que estaba muy débil para emprender aquella cruzada, así que no me vendría mal algo de dopaje para aguantar. Quedaba más o menos medio gramo. Lo partí por la mitad, y con una de las mitades pinté dos buenas dosis. Me lo hubiese metido todo, la ocasión lo merecía, pero me dio miedo pasarme y que me diera un achuchón ahí mismo.

Entonces Ramón intentó abrir la habitación.

—¿Por qué has echado el pestillo? —dijo desde el otro lado de la puerta—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Déjame en paz un par de minutos! —grité desde mi lado.

—¿Qué coño haces? —insistió Ramón oliéndose lo que estaba sucediendo.

—¡Ahora salgo, joder! Estoy haciéndome la paja de la victoria, es un ritual hindú. ¡Date un par de vueltas más a la casa!

—¡No me jodas! ¡Tenemos que irnos!

—Salgo enseguida, en serio. He de prepararme psicológicamente para lo que vamos a hacer.

Le oí rebufar al otro lado, pero parece que al fin se apartó de la puerta. Inspiré. Uno de los agujeros estaba totalmente destaponado y el otro ofrecía algo de resistencia, aunque lo podíamos intentar.

Me metí aquello, al menos la mitad entró de golpe y la otra dosis pareció atascarse en algún sitio de mi orificio nasal izquierdo. No me preocupó, tarde o temprano acabaría deslizándose por la garganta.

Salí de allí con cara de mosquita muerta. Ramón estaba en la cocina con cara de haber estado estirándose de los pelos. La verdad es que parecía más puesto él que yo.

Se me quedó mirando fijamente con una expresión entre el odio y la desesperación y me increpó:

—¿Estás ya preparado o tienes alguna cosa más que hacer?

Se acercó a mí y me examinó como si fuese algo... no sé, fruta en mal estado en el escaparate de una frutería.

—Me das asco —refunfuñó y dio la vuelta al banco de la cocina.

Abrió los cajones de la cocina con una naturalidad que me hizo ver que ese cabrón se sentía como en su casa. Se dirigía a los objetos y a los cajones sin dudar en ningún momento si podían estar allí o no.

—Tenemos que coger un par de cuchillos y un mechero. ¿Se te ocurre algo más? —preguntó.

—¿El teléfono? —dije yo.

—Sí, lo llevo —contestó.

—Además de tu maravilloso plan, tenemos que tener en cuenta que hay que llegar hasta el trastero.

Me asomé a la ventana, desde allí se veía la entrada, pero yo solo alcanzaba a ver la construcción como un borrón al final del lienzo con una mancha en medio que debía de ser la puerta. El trastero debía estar abierto, raras veces lo cierro.

—¿Estará abierta la puerta del trastero? —preguntó.

Aquel cabrón parecía estar leyendo mis pensamientos.

—Sí. Nunca la cierro con llave. Basta con abrir el pomo.

—De todas maneras, coge las llaves —me dijo.

Me quedé pensando por un momento. La última vez que vi mi llavero fue antes de arrancar el coche, cuando intenté escapar.

—Me dejé las llaves en el coche, pero debo de tener alguna copia del trastero en la entrada de la casa.

Fui a buscarlas, y en efecto, allí había otro juego de llaves. Faltaba alguna de las de la casa, pero la del trastero estaba. Al fin estábamos preparados para irnos.

—Ramón, échale un vistazo a las ventanas, yo no veo muy bien. A ver si ves a alguno de esos cabrones.

Se asomó por dos de las ventanas de la cocina.

—No están, por lo menos a la vista —aseguró.

«Estarán comiéndose a tu perro», pensé.

—Corremos el peligro de que nos ataquen desde el tejado. Tenemos que estar preparados —le advertí.

—Calentemos un cazo de agua hirviendo cada uno, así, si nos atacan en el camino, tendremos algo con que defendemos.

Calentamos los cazos y llegó el momento de la verdad. Ramón se preparó junto a la salida con dos de ellos, y yo, que era el encargado de abrir y volver a cerrar las puertas, solo con uno. Él salió delante, y lo primero que hizo fue mirar al techo por encima del marco. No había ningún gato.

Yo salí después de él y cerré la puerta de la cocina de golpe tras de mí.

Nada más salir sentí aquel sabor amargo de nuevo en la garganta, aspiré hacia dentro sin contemplaciones y corrí cojeando tras Ramón, que ya estaba llegando a nuestro destino.

*Félix*, que estaba agazapado en el techo del trastero, saltó interponiéndose en nuestro camino y se puso en posición de ataque desafiante con su cola de lince hinchada hasta el doble de su tamaño. Yo me quedé paralizado, pero Ramón reaccionó y le lanzó

uno de los cazos. El animal se apartó y se libró del primer ataque, pero antes de que le diera tiempo a ponerse otra vez en guardia, le cayó encima el contenido del otro cazo. El gato salió de allí como si le llevase el diablo.

Yo me había quedado mirando la escena medio atontado, y fue Ramón el que ya con las manos vacías abrió la puerta del trastero. Me deshice de mi cazo, los dos entramos corriendo en el trastero y cerramos la puerta. Estábamos totalmente a oscuras.

—No veo una mierda —expresó Ramón.

—No pasa nada —le dije—. Enciende el mechero.

En mitad de aquella oscuridad, la química comenzó a hacer efecto en mi cuerpo.

Ramón encendió el mechero, el trastero estaba medio ordenado, aun así, allí se apilaban toda clase de herramientas, sobras de arreglos de obras y materiales en buen estado que nunca iban a ser utilizados pero que en este caso cumplían una inusitada misión; las sombras de todos y cada uno de los objetos que allí había se organizaron para parecer una selva amenazante de formas y puntas. Estaba todo dispuesto en dos grandes estanterías que reducían el ancho del suelo pisable a un pasillo de unos tres metros de ancho por diez de largo. En los espacios de pared en los que no había estanterías había colocado una barra de un par de metros con un montón de ganchos donde colgaban palas, rastrillos, mangueras y toda clase de utensilios con sierras y puntas. Joder.

Sí, allí había un hacha. No podía salir de aquel cuarto sin esa hacha.

—¿Así cómo coño vamos a trabajar? —Ramón miró hacia los lados y después apagó el mechero.

—Tiene que haber velas en la estantería del fondo —le indiqué.

Él encendió el mechero y encontró las velas.

—Joder —dijo Ramón—, esto no empieza bien, tenemos que ir con mucho cuidado. ¿Dónde está la gasolina?

—Debajo de esta estantería —señalé.

Él encendió una vela y la colocó junto a la puerta.



—La gasolina será lo último —sentenció—. Tienes que tener las cosas muy claras. Yo llevaré el fuego, el mechero y las antorchas, y tú tienes que rociar a los gatos.

La cosa estaba clara, al parecer el que mandaba era él, pero yo, que soy un tío humilde, no puse ninguna objeción y seguí hipando con las sombras del trastero sin darle demasiada importancia a lo que me contaba.

—En ninguno de los casos tienes que tirar el chorro sobre el fuego. Se trata de que tú mojes al gato y yo lo encienda después. ¿Te enteras? —increpó con ese tono que empezaba ya a tocarme los cojones—. No apuntes con el chorro de gasoil al fuego o se irá todo a la mierda.

—Está claro —repliqué—. *Nosequé* de no apuntar con el chorro al fuego —las formas de la pared no dejaban de jugar, oscilaban con la vela y este tío seguía dándome la brasa.

Ramón sacó de la bolsa de mano las toallas y me tiró unas cuantas. Yo abrí un par de cajones y encontré un cuchillo de sierra y unas tijeras de podar, después me senté en el suelo y me dispuse a hacer tiras de ellas y él buscó palos con los que hacer los mangos de las antorchas. Encontró un mango suelto y luego se dispuso a desmontar el rastrillo para tener un mango más largo.

En unos quince minutos habíamos fabricado unas antorchas dignas de una peli de *Indiana Jones*. Yo, bajo las órdenes de Ramón, metí las tiras de las toallas en un cubo que llenamos previamente con aceite de motor, después él clavó algunos clavos en los mangos para enrollar las cintas en ellos.

Joder, con aquellas antorchas aquello no podía fallar, daba gusto verlas.

Después llenamos el rociador de gasolina ayudándonos con un embudo y le di toda la presión que pude para que estuviese preparado. Cabrían allí unos cinco litros más o menos y sobró al menos un cuarto del bidón.

Cuando estuvimos preparados, Ramón salió con dos antorchas, una en cada mano, y yo transportaba conmigo el bidón y el rociador

en la misma mano y el hacha en la otra.

Nada más salir llegamos a la escalera de gato, no parecía haber ningún minino por ahí, pero solo de mirar la escalera me entraban ganas de volver atrás, no tenía buenos recuerdos.

—Vamos —me dijo. Yo dejé el bidón con el resto de combustible al pie de la escalera y subí poco a poco cargado con el hacha y el rociador.

Ramón iba tras de mí con las dos antorchas aún apagadas.

Asomé la cabeza a la terraza esperando cualquier tipo de sorpresa. *Aretha* estaba al otro lado de la terraza, pero me dio tiempo a subir hasta el final y tras de mí subió Ramón.

La gata se puso en guardia y empezó a acercársenos con cierta cautela.

Yo estuve rápido esta vez y empapé a la gata con un chorro directo. La gata se asustó y se echó un poco hacia atrás, pero volvió a la carga enseguida.

Ramón había dejado una de las antorchas, la más corta en el suelo, y empezó a rebuscar en los bolsillos buscando el mechero, estaba nervioso y no acertaba a encontrarlo.

«Menudo capullo», pensé, pero finalmente lo encontró y encendió la antorcha.

Yo miré hacia los lados para ver si se acercaba algún otro gato y no vi ninguno en la terraza, pero desde allí arriba, en el tejado de la otra construcción, pude distinguir unas formas entre las que, por su tamaño, debía de estar también aquella bestia parda observándonos.

La gata se alejó un poco sin perdernos de vista y Ramón se fue acercando a ella, hasta que en un gesto certero le lanzó la antorcha y la gata ardió en llamas. *Aretha* se puso a dar saltos y maullar mientras el fuego la consumía. En uno de sus intentos inútiles de apartarse del fuego, se acercó demasiado a mí; yo la esquivé y me situé cerca de la barandilla de la terraza, finalmente la gata saltó terraza abajo y desapareció de nuestra vista dejando tras de sí una cortina de humo.

Ramón me miró victorioso y recogió la antorcha aún encendida del suelo.

—Llama ya por teléfono —le dije.

—Sí —añadió él, y se rebuscó de nuevo en los bolsillos.

Bombeé el rociador preparándome para otro ataque y volví a mirar hacia el otro tejado para cerciorarme de que aún estaba allí esa bestia, pero no, esta vez las sombras habían desaparecido.

Me acerqué al borde de la terraza para ver si venía hacia aquí y en ese momento la bestia pasó por mi lado. Dio un salto, apoyó por un instante sus patas en la escalera y con el siguiente salto ya estaba prácticamente encima de Ramón.

Se puso delante de él sobre sus dos patas y le lanzó un zarpazo, el móvil voló hacia el rincón más lejano de la terraza y se desmontó al caer. Ramón también cayó al suelo con la antorcha.

Ese bicho podía haber descuartizado a mi vecino con sus uñas de aquel zarpazo, pero no pareció haberle hecho ni siquiera un rasguño, solo lo había tirado al suelo. Después le puso una pata en la garganta y se le quedó mirando, como si fuera una amenaza, algún tipo de advertencia.

Yo estaba cagado de miedo, tenía que hacer algo, así que, ni corto ni perezoso, me acerqué y enfoqué el chorro de gasolina contra el gato. El bicho me miró fijamente y me atrapó en sus ojos intentando dominarme, pero mis manos apuntaron y volvieron a rociar a aquella bestia y de paso creo que algo le cayó a Ramón también. Aquello no entraba exactamente dentro de las instrucciones que me había dado, pero qué coño, tenía a la bestia a tiro y Ramón estaba ya a su merced, no hubiese tardado mucho en morir de todas formas.

La lógica era aplastante y el fuego a estas alturas inevitable. La antorcha prendió el líquido que se había derramado por el suelo y el fuego trepó rápido por el costado de mi compañero y por el pecho de la bestia.

El felino saltó de inmediato separándose de Ramón y este intentó levantarse a toda prisa mientras gritaba. Yo seguía

apretando aquel gatillo inconscientemente y el fuego encontró la manera de subir por el chorro que yo mismo estaba emitiendo. Menos mal que mis reflejos actuaron por mí.

—¡Qué coño! —grité.

Y lancé aquel armatoste hacia adelante todo lo lejos que pude, con tan mala suerte que explotó precisamente justo cuando pasaba por encima de mi amigo. Una ducha de fuego cayó de pleno encima de mi vecino, que aturdido por la explosión, se desvaneció al suelo de nuevo.

La bestia estaba revolcándose en el suelo al otro lado de la terraza con el fin de apagar la parte de él que se estaba quemando. Ramón comenzó a gritar de dolor e intentó revolcarse también con el mismo propósito, pero solo conseguía empaparse más en el líquido que había por el suelo y que aún no se había consumido.

Joder, aquello era muy fuerte para mí, la bestia casi tenía controlada su situación y Ramón lo tenía ya todo muy negro, así que decidí huir de aquel infierno.

Bajé las escaleras con mi hacha por si me encontraba con algún otro obstáculo y me metí en la casa lo más rápidamente que pude.

Cuando entré en la casa aún se podían escuchar los gritos. Al principio solo eran gritos de dolor, pero después fueron tomando forma.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar!

## CAPÍTULO 9

---

### Barbacoa

Aquello no había estado bien, lo sé. Quizás tenía que haber golpeado con el hacha a aquella bestia, haber salvado a Ramón... pero para eso tendría que haberme acercado mucho más de lo que me apetecía.

¡Joder! Seguro que aquel cabrón tenía algo que ver con mi mujer. Me tenía muy quemado, «ojo por ojo», pensé. Y con ese pensamiento arranqué cualquier brote de culpabilidad que intentara aflorar en mi interior.

Me acerqué a mirar por la ventana, los gritos habían cesado y distinguía levemente la forma de la escalera. Entonces vi aparecer a Ramón bajando de la terraza en llamas, deduje que era él por la forma que tenía de bajar las escaleras, pero bien podía haber sido el puto motorista fantasma. Ardía por todas partes y cada vez que descendía un peldaño dejaba en el anterior un pequeño punto de fuego encendido, debía de estar aún empapado de combustible.

Cuando llegó al suelo se quedó unos segundos mirándome, estático, consumiéndose en el fuego y en su propia ira. Luego volvió a gritarme:

—¡Te voy a matar, hijo de puta!

Joder, cuando uno se quema se muere, ¿no? Este tío se está saltando las reglas.

Luego se fue andando hacia el otro lado de la parcela, dejando tras de sí un inconfundible rastro de olor a barbacoa.

Yo cerré la cerradura de la cocina. Le hubiese ofrecido mi ayuda, pero algo me decía que no iba ser bien recibida. Me dirigí al salón y pude ver cómo se metía en la piscina. Sonó como cuando apagas un cigarro en un vaso de agua. En menos de un minuto salió de la piscina como si no le pasara nada. Andaba con decisión otra vez hacia la terraza.

Volví a la cocina y esta vez le vi más de cerca, estaba totalmente chamuscado, no tenía pelo y los trozos de ropa que aún quedaban en él se desprendían de su cuerpo arrastrando con ellos fragmentos de su propia piel. De su cara solo se distinguía el blanco de sus ojos. Se acercó a la ventana y me miró directamente con ellos.

—Estás acabado —me dijo—. Solo me tenías a mí y ahora soy yo mismo el que va a acabar contigo.

Después, sin mediar ni una palabra más ni esperar contestación, se dirigió hacia la escalera de la terraza. Yo no entendía lo que estaba haciendo hasta que lo vi aparecer de nuevo con el bidón de gasolina que yo mismo había depositado al borde de la escalera.

—Ahora vas a cobrar con la misma moneda —gritó desde el otro lado de la puerta.

Me asusté, comprobé de nuevo la puerta de la cocina que, efectivamente, estaba cerrada. Desde el otro lado él intentó abrirla girando el pomo repetidamente, también sin conseguirlo.

Tras un par de segundos escuché cómo algo líquido golpeaba la puerta desde fuera y enseguida llegó aquel olor a gasolina. Ramón roció toda la puerta de la cocina con el combustible que empezó a gotear por debajo de la puerta, aquello iba a arder de un momento a otro.

Pero no, hubo un silencio en el que imaginé su decepción echándose mano a un bolsillo que ya no tenía en un pantalón que ya no estaba allí, para buscar un mechero que seguramente había explotado en la inmolación de la terraza.

—¡Joder! —Escuché.

No pude evitar contestarle:

—¿Necesitas fuego?

Ramón gruñó al otro lado como solo *Clint Eastwood* y, al parecer, él, saben hacerlo, y oí cómo se alejaba. Por un momento pensé que subiría a la terraza a buscar el mechero, pero lo vi entrar en el trastero.

Segundos después salió de allí con una vela encendida en una mano y arrastrando un pesado mazo con la otra. El mazo era uno de esos que se usan para tirar paredes y su mango llegaba hasta el suelo, así que Ramón andaba arrastrando la cabeza metálica por las irregularidades del cemento del suelo. El sonido era como poco inquietante. Me pareció que andaba con algo de dificultad, pero podía deberse a que estaba transportando aquella pesada herramienta.

Para cuando llegó a la altura de la puerta, la vela debió de habersele apagado porque le escuché quejarse y blasfemar al otro lado. Finalmente lanzó el mazo contra la puerta sin ningún resultado más que un estruendoso golpe.

Se dirigió de nuevo hacia el trastero, no conseguía verle bien la cara, pero me imaginé una mueca de decepción en su rostro. Salió del trastero de nuevo, ahora no cabía duda, no andaba del todo bien, pero estaba muy concentrado en mantener la última vela que quedaba encendida. La transportaba cuidadosamente mientras cubría la llama con la otra mano.

Estaba tan absorto con lo que hacía que creo que si hubiese tenido el valor suficiente, podría haber abierto la puerta, haberme acercado a él y haberle soplado la vela sin que se enterara, y para cuando se hubiese dado cuenta ya estaría cantando cumpleaños feliz a su alrededor.

Pero no fue así. Me faltaron cojones e imploré por un soplo de viento, pero no llegó.

Ramón encendió aquella puerta. La poca gasolina que se había derramado hacia el interior de la casa también ardió y yo salí disparado en busca de algún recipiente que poder llenar de agua. Cogí el cubo de fregar y con la misma agua sucia que contenía conseguí apagar el fuego que estaba dentro y arrastrar hacia fuera

los restos de combustible que pudieran quedar allí. Pero por fuera la puerta ardía, podía sentir el calor. Fui de nuevo al baño y puse a llenar el cubo, aquello tardaba demasiado, había poca presión. Para cuando volví a la cocina con solo medio cubo lleno, la habitación estaba saturada de humo. Tiré el contenido del cubo sobre la puerta y fui al cuarto de baño a llenarlo de nuevo.

Aquella batalla la tenía perdida, la puerta acabaría sucumbiendo a las llamas.

—¡Ramón, para ya! —grité—. Recuerda que la culpa la tienen esos cabrones de los gatos. Esto es un error, seguro que hay una manera de arreglarlo.

—¿Arreglarlo? ¡Te voy a matar! Tenía que haberles hecho caso desde el principio —Ramón gritaba con dificultad, parecía que le faltara el aire y también algún tornillo.

Yo cogí el hacha y la coloqué al principio del pasillo, iba a necesitar saber dónde estaba de un momento a otro. Luego volví a tirar otro cubo de agua. En la cocina ya no se podía respirar y las llamas empezaban a asomarse por las juntas de la puerta. Me alejé y me quedé mirando hacia allí con el hacha en la mano. En el pasillo aún quedaba algo de oxígeno y vi cómo finalmente las llamas arrojaron la puerta por completo.

Entonces Ramón empezó a golpearla con el mazo.

La puerta resistía, pero en uno de los golpes la punta del mazo asomó dejando un hueco que acto seguido se perdió entre las llamas. Siguió golpeando, el hueco cada vez era más grande, el mazo se le atascó un par de veces en el acto, pero el cabrón consiguió desatrarcarlo y siguió incansable hasta que finalmente un buen trozo de la puerta se desgarró y cayó ardiendo dentro de la cocina. Aquello aumentó la cantidad de humo, que empezaba a ser insoportable también en el pasillo.

Ramón debió de meter el brazo por aquel hueco y abrir la puerta, porque de repente el humo empezó a dispersarse fuera de la casa. Yo estaba esperándole con mi hacha.

—¿Dónde estás?! —gritó desde el marco, y se dispuso a andar



hacia mí arrastrando aquel puto mazo.

Yo tomé la iniciativa y en un arrebato de furia y miedo corrí hacia él.

—¡Aquí! —grité, y saliendo súbitamente del humo, le clavé el hacha en mitad de la frente de un solo y certero golpe. Su cuerpo chamuscado se desplomó contra el suelo.

Este cabrón podía haberse muerto por sí solo si se hubiese quedado un rato quieto, pero no, ahí estaba en el suelo, en medio de un gran charco de sangre con un hacha en la cabeza, ¿cómo coño iba a explicarle esto yo a la policía?

—Me lo encontré así, se lo habrá hecho un gato... —Joder, no sonaba muy real. Tenía que ocultar ese cuerpo antes de que llegara alguien. Abrí de par en par las ventanas para que se dispersara el humo, aquello era inaguantable. Llené un par de cubos de agua y terminé de apagar la puerta que aún estaba en llamas.

El humo se fue disipando y la imagen del suelo, el mazo, el hacha, el cuerpo chamuscado de Ramón y el desagradable charco de sangre y agua se tornaron aún más reales. Aquello estaba hecho un asco.

Intenté coger a Ramón por las piernas para sacarlo de allí, pero al estirar me quedaba con trozos de piel y tela quemada entre las manos y quedaba al descubierto la carne viva y cocinada de mi vecino. Aquello daba bastante angustia, así que de momento desistí de la operación de limpieza. «Quizás se lo coman los gatos y me quiten este muerto de encima».

Me entraron ganas de vomitar con todo aquel olor a carne asada y saqué medio cuerpo (del mío) por la puerta de la cocina, que estaba totalmente chamuscada. Y ahí estaban esos cabrones mirando la escena como si estuvieran en el Festival de Sitges.

«Bueno, este es el final», pensé. Pero no, se quedaron allí quietos mirando, esperando quizás a que pasara algo más. Pasó algo más. Vomité, allí, en directo, sin vergüenza ni pudor, esparciendo frente a ellos los restos de la *pizza* barbacoa.

Me pareció ver en uno de ellos la curiosidad suficiente como

para acercarse a olisquear aquella pasta, pero permaneció quieto junto a los demás, formando un batallón a la espera del fusilamiento.

Finalmente reaccioné, di un paso atrás y cerré la puerta, aquello de inmediato se me antojó un acto inútil, ya que desde el agujero de la puerta se veía lo mismo que con la puerta abierta, era el mismo cuadro de los gatos pero esta vez con un marco. El hueco era tal que podrían haber saltado todos a la vez y entrar en la cocina al mismo tiempo.

En ese momento mis prioridades cambiaron, dejé de importarme lo mal que quedase el cuerpo de Ramón en el suelo de la cocina y pasó a un primer plano de nuevo el instinto de supervivencia.

Seguían inmóviles. Pensé en cerrar las ventanas de la cocina, pero me pareció una estupidez y me quedé mirándolos por un momento con cara de póker.

¿A qué coño jugaban? Podían entrar y devorarme allí mismo, a estas alturas no iba a ofrecer mucha resistencia, o bien podían optar por comerse a Ramón, que estaba allí postrado, cocinado y cubierto de salsa. Pero no, su objetivo debía de ser otro, quizás si me mataban no sufriría lo suficiente. Más bien parecían querer hacerme pasar un mal rato, y lo estaban consiguiendo.

Me invadió una desesperación tranquila, un sentimiento de desidia, decepción y pesimismo. ¿No iban a hacer nada aquellos gatos?

Se ve que me tocaba jugar a mí de nuevo, la idea de salir e intentar huir aprovechando que estaban allí pasmados no me pareció muy real. Quizás era eso lo que estaban esperando para descuartizarme, así que desencajé el hacha del cráneo de Ramón, cogí agua, tabaco y patatas fritas, y me encerré de nuevo en mi habitación sin ningún plan a la vista, solo quizás descansar un poco, dormir un rato a ver si con algo de suerte me despertaba en un lugar feliz. Quizás ahora que no estaba ese pesado de Ramón allí podría dormir hasta morirme.

Empezaba a oscurecer ya, pero yo no me esperé a que lo hiciera, cerré la persiana quedándome totalmente a oscuras, me

desnudé y me tiré sobre la cama, estaba totalmente agotado.

## **CAPÍTULO 10**

---

### **Con el agua al cuello**

Me desperté sudando como un cerdo, mi temperatura corporal estaba por las nubes y mi estado general por los suelos, mucho peor que el día anterior. Me incorporé y solo de permanecer sentado me mareé. «Me encantaría darme una ducha», pensé, y en ese momento me vino a la cabeza todo aquel rollo de Ramón, el fuego, el hacha y, cómo no, los gatos. Joder, ¿cómo consigue la realidad volver a su sitio cada mañana?

Me levanté y me puse a andar a tientas por la habitación. No conseguía abrir los ojos, así que en su defecto abrí la persiana. Era de día, no lo podía ver, pero algo de luz atravesaba mis párpados dándole aquel tono rojizo a la oscuridad. Los pájaros cantaban y los grillos, pictóricos, hacían ese ruido de grillo que va tan bien para echar la siesta. Debía de ser mediodía ya. Si era cierto, habría dormido más de doce horas, pero no me sentía descansado en absoluto. Volví a sentarme en la cama y palpando en la mesita encontré la botella de dos litros de agua que había traído conmigo. Me bebí medio litro de un solo trago y cayó en mi estómago como una losa, ya ni el agua me sentaba bien.

«¡Podía morirme ya!», pensé, y me tiré algo de agua sobre la cara. Froté mis ojos y conseguí abrirlos un poco, la luz entró de nuevo en ellos dolorosamente, pero aun así no conseguía ver nada, ni siquiera forzándome a abrirlos. Era casi peor, lo máximo que conseguí distinguir fue la sombra de mi mano pasando por delante

de mis narices.

Estaba vendido, no había nada que hacer, ¿cómo coño iba a escapar de allí? ¿Y que más opciones había?

La frustración y la impotencia se adueñaron de mí. Lloré, y aquello pareció calmar un poco aquel escozor intenso que permanecía arraigado en las cuencas de mis ojos.

Me cansé de llorar y me levanté enfurecido, tanto que tropecé con todos y cada uno de los muebles de la habitación. Cuando tropecé con la cómoda recordé instantáneamente que aún quedaban allí un par de rayas, así que a tientas encontré el tubo, mi tarjeta SIP y el disco de Coldplay. Era una operación complicada, pero qué coño. Después de hacerlo en los servicios mugrientos de tantos garitos sujetando con una mano la cartera y con la otra el tubo mientras mantenía la puerta cerrada con un pie, aquello era pan comido.

Intenté juntar aquel polvo blanco barriendo con la SIP hacia el centro de la carátula del CD, no lo podía ver, pero aquello, más que una raya, sería un montículo. No estaba como para preocuparme por las formas, así que enrollé el tubo al tacto y me metí todo aquello por un solo agujero de la nariz. Aspiré haciendo un barrido por donde consideraba que tenía que andar aquella sustancia milagrosa hasta que dejó de entrar y luego rebañé con el dedo mojado, como siempre, para no dejarme ni una brizna de polvo.

Se había acabado la coca. Me quede allí parado recreándome en el momento, quizás fuera lo último bueno que me iba a pasar.

Me sentí un poco mejor, como siempre, pero ni por asomo aquella sensación se acercaba en absoluto a sentirse bien.

Tras unos minutos y un par de tragos más de agua, tomé una decisión.

Iba a escapar, ya no tenía del todo claro cómo acabaría aquello, pero no me iba a quedar allí parado dejando que la angustia y la fiebre acabaran lentamente conmigo, era mejor sin duda morir de gatos que de asco.

Salí al pasillo y cerré la puerta tras de mí, quizás aquella

habitación era el último resquicio de seguridad al que me podía acoger si las cosas se ponían muy feas.

Me quedé parado intentando escuchar algún ruido para situarme, pero seguían sonando tan solo los pájaros y los grillos.

Aquellos cabrones estarían allí mismos mirándome, a dos metros de mí, pero yo no conseguía ver nada y cada vez que intentaba abrir los ojos me dolía sin ningún resultado visual, solo una luz desgarradora frente a mí. Y además, me dolía el dedo del pie, más que de costumbre.

En aquel momento me vino a la cabeza aquella famosa frase: «Camina hacia la luz...». Pero qué coño, caminara hacia donde caminara, estaba aquella puta luz dándome por el saco.

Anduve tanteando hacia la cocina y, cuando mis manos me dijeron que se acababa el pasillo, intenté recordar la escena de la tarde anterior, allí debía de estar Ramón, en mitad del suelo entre la barra de la cocina y la mesa del comedor; lo hubiese dudado por un momento, pero aquel asqueroso olor a barbacoa mojada permanecía allí como un poso en el aire. Lo esquivé andando lo más cerca de la barra que pude, tanto, que acabé tropezándome con los taburetes que hay bajo la misma, bordeé la barra y llegué hasta la nevera. La sed me asaltaba de nuevo y al abrir la nevera me llegó cierto hedor de los alimentos cerrados que ya empezaban a pudrirse. Hubiese cerrado la puerta, pero tenía que beber algo. Palpando, conseguí tirar al suelo una caja de leche y algún recipiente de cristal que se desparramó sin piedad a mi alrededor y se quedó allí fraccionado pero latente, a la espera de que llegase su momento.

Al final encontré una botella de plástico con té verde dentro, la abrí y prácticamente me la acabé. Cerré la nevera y al dar el primer paso me clavé aquellos cristales que habían estado allí esperándome. Por el olor a vinagre, lo que se había caído debía de ser un bote de pepinillos, ¡putos pepinillos! Levanté el pie y me saqué de la planta un par de vidrios, los más grandes.

En ese momento me di cuenta de que estaba prácticamente en

pelotas, y aunque el calor me abrasaba, estaba comprobando en mis propias carnes que andar descalzo por aquel escenario no era buena idea.

Tenía que vestirme y así al menos no estaría transmitiendo aquella imagen de filete fresco deambulando por delante de los gatos. Repetí el camino de vuelta a la habitación, me saqué los cristales que podían palpase a simple tacto y me puse unos calcetines.

En ese momento se me ocurrió una de mis fantásticas ideas: si me cubría totalmente con varias capas de ropa, sería mucho menos vulnerable a aquellos felinos. Está claro que si apareciese la bestia parda por allí no iba a salir de rositas por mucha ropa que llevase encima, pero desde que se quemó no lo había vuelto a ver, así que cabía la posibilidad de que se hubiese marchado escarmentado por el fuego.

Me repetí aquella idea una y otra vez y aun así no conseguí creérmela, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Así que me acabé poniendo dos pares de calcetines, unos vaqueros que andaban por allí, una camiseta que encontré en el suelo y un suéter. Aquello no era suficiente, tenía que cubrirme la cabeza y no dejar rendijas entre la ropa. Recordé que había cinta americana en el trastero, pero la verdad, llegar hasta allí era arriesgarse mucho.

Salí del cuarto de nuevo y esquivando a Ramón conseguí tropezarme con el mazo que aún estaba en el suelo y darme una buena hostia en la cara contra la puerta, que pareció ceder aún un poco más. Yo puse las manos en medio por instinto, pero mis brazos salieron por el agujero que había en esta sin encontrar resistencia y mi jeta se aplastó contra ella sin ninguna sutileza. Me levanté de aquel suelo pegajoso y abrí la puerta que, aunque no viera estaba frente a mí. Esta vez no me molesté en cerrarla tras de mí, total, ¿para qué?

Salí a la intemperie, el calor era sofocante y avancé unos metros en dirección al trastero poniendo mis manos por delante. Entonces escuché unos ruidos a mi alrededor, estaban allí, me quedé un

momento parado, ellos también y después seguí mi camino, que fuera lo que Dios quisiera.

No me atacaban, pero estaban allí con total seguridad, avanzando a la misma velocidad que yo. Si no me fallaban las cuentas, tan solo quedaban dos gatos adultos y un cachorro.

Tenía que haber cogido el hacha, o quizás no, quizás si estuviese armado ya se habrían abalanzado contra mí.

«Puede que sean como esos robots retrasados que te ven en rojo o en verde según si representas una amenaza o no», me dije a mí mismo. «Es curioso que vengan de la civilización que vengan, respetan todos el código de los semáforos. Entonces yo ahora debería estar en verde. Quizás, si mantengo este color, consiga salir con vida de aquí».

Para cuando se me estaba yendo la pinza ya del todo di con la pared de la terraza. Es inconfundible al tacto, está hecha en plan rustico y unos bultos hechos del mismo lucido de cemento intentan convencer al que los mira que tras de ellos hay piedras de verdad.

La puerta debía de estar a la derecha, una sombra apartó el yugo del sol de mi cabeza, no podía verlo pero ya no me daba el sol, paré y seguí, ¿qué otra opción tenía? No sabía ni hacia dónde correr, así que seguí mi camino a tientas como si nada hubiese pasado y, mira, funcionó. Llegué a entrar en ese trastero.

Ni iba la luz, ni quedaba ninguna vela, ni falta que hacía. Después de cerrar la puerta anduve a tientas, conocía aquel lugar, no sería un gran problema andar por allí a oscuras y sabía exactamente dónde estaba la cinta americana.

Lo primero con lo que tropecé fue con el cubo de aceite de motor que yo mismo había dejado estratégicamente en mitad del camino. El aceite se esparció a sus anchas, a su ritmo de aceite, pero con gracia, y yo me desparramé acto seguido, en cuanto di dos o tres pasos sobre él. Yo no tuve tanta gracia, mis brazos buscaron algo a lo que agarrarse por reflejo y no encontraron nada más que el mango de alguna cosa que debía de estar enganchada a cualquier otra cosa que asimismo estaba bien arraigada a la estantería que



acabó cayéndose entera con todas las cosas que llevaba encima, encima de mí.

¡Joder, ya estaba bien! No me hizo mucho daño, pero pasar de sentir algún control sobre la situación a estar a ciegas metido en una maraña de rastrillos, serruchos y mangueras era duro. ¿Por qué tenía que pasarme tanta mierda a mí? Enfurecí de repente y empecé a patalear y a quitarme las cosas de encima gritando:

—¡Ya está bieeeeeeeeeeeen!

Y solo paré de gritar y dar patadas cuando un rollo de tela asfáltica que debía de estar apilado allí cerca y que pesaba al menos dos veces más que yo se me tiró encima como un luchador de lucha libre con el codo por delante.

Tras el dolor reflexioné unos minutos sobre mi suerte, pero no me atreví a decir ni mu. Me levanté con cuidado y mantuve el equilibrio como un campeón, me movía despacio, pero sabía dónde iba, hasta que me di de nuevo con la puerta y me di cuenta de que iba mal.

Finalmente, un rato después y sin más percances, encontré la cinta americana y una linterna. ¿Para qué coño me hacía falta ahora una linterna? «Podía habérmela encontrado antes», pensé.

Me armé de valor y salí del trastero, estaban allí, era difícil apartar ese pensamiento de mi mente, pero me esforcé intentando crear algún universo cuántico a mi alrededor en el que no existieran esos gatos. «Ojos que no ven, corazón que no siente», me dije a mí mismo.

Anduve en medio de un mar de oscuridad rojizo intentando llegar a buen puerto y finalmente acabé topando con los pies con lo que debía de ser el albornoz con el que había dado muerte a *Tigre*, el primer gato. Me agaché a recogerlo y al levantarlo el gato se desprendió de su interior causando un ruido seco y rígido al golpear el suelo. Me quedé esperando alguna reacción por parte de sus compañeros, pero no la hubo. Allí en el bolsillo estaba mi móvil, o lo que quedaba de él. Con un poco de suerte podría volverlo a montar, y quizás, si volvía a subir a la terraza, podría al fin llamar a alguien

para que viniese a por mí. Mi tacto me confirmó que la pantalla estaba destrozada, pero total, qué más daba, no podía ver.

Entonces recordé también el móvil de Ramón, creo que se había salvado de la quema. La bestia lo lanzó hacia la esquina de la terraza de un zarpazo, el fuego no habría llegado hasta allí.

No sé qué leches le iba a contar a la policía sobre lo que había pasado, ni hasta qué punto me iban a creer. Lo del hachazo había sido en defensa propia y lo de quemar a Ramón un simple accidente, pero la historia en sí no tenía ni pies ni cabeza. De todas formas, aunque acabara entre rejas, cualquier cosa era mejor que permanecer allí.

Bueno, de todas maneras, no debería de preocuparme por eso ahora, ya tendría mucha suerte si conseguía llegar tan siquiera a comunicarme por teléfono con alguien.

Palpando la pared llegué de nuevo hasta la puerta de la cocina, saludé a Ramón al pasar por su lado, y como era de esperar, no me contestó. Me pareció escuchar a uno de los gatos lamiendo la sangre del suelo, llegué a esta conclusión porque creo que a los gatos no les gusta el vinagre de los pepinillos. Ignoré aquella presencia y me encerré otra vez en la habitación.

Me senté, dejé caer el albornoz sobre la cama y con los restos de mi móvil en la mano intenté localizar el botón de encendido. Cuando finalmente me aseguré de que daba con el botón correcto, lo presioné durante unos segundos. Si estaba encendido sonaría un tono descendente al apagarse y si estaba apagado todo lo contrario. Pero no pasó nada, me aseguré de que la batería estaba en su sitio y volví a hacer un par de intentos hasta que me di cuenta de que aquello no iba a funcionar, el móvil estaba tan tieso o más que aquel gato sin suerte.

Me puse frente al armario empotrado, me agaché y empecé a rebuscar para elegir el atuendo perfecto para un último intento de salvar el pellejo. Abajo del todo, entre una balda y el suelo del armario, está el calzado. Encontré una bota militar que aún conservaba de cuando hice la mili, de esas que se atan con

cordones muy por encima del tobillo, era perfecta, y su par debería andar por algún lado. Palpé alrededor pero solo daba con zapatillas deportivas y zapatos, así que me tuve que tumbar y meter medio cuerpo dentro del armario para hacerme con la bota izquierda que necesitaba. Dejé las botas junto a la pared para poder localizarlas después y me puse a buscar pantalones. Ya llevaba unos vaqueros, pero aquello no era suficiente, localicé unos pantalones de vestir que siempre me habían venido anchos y me los puse por encima de los vaqueros y encima de estos aún pude embutir un pantalón de chándal viejo que, mira por dónde, tenía dentro del bolsillo lo que debía de ser un billete de veinte. «Qué suerte la mía», pensé.

La parte de arriba fue más fácil, me puse una camiseta interior, otra de manga larga y tres capas de suéteres de algún color. Aún podía reforzar aquello de alguna manera, y trasteando con las manos por el fondo del armario encontré uno de esos chaquetones que te cuestan un riñón y solo los usas la primera y última vez que vas a la nieve. El abrigo tenía capucha, pero no sería suficiente para protegerme la cabeza, así que con una toalla me hice una especie de turbante dejando solo a la intemperie la nariz y la boca. Los ojos ahora no me servían para nada más que para que me los sacaran, y la verdad es que, si conseguía salir de esta, mejor sería conservar los ojos. En cuanto acabé con el turbante lo reforcé con la cinta americana para que no se deshiciese. No podía verlo, pero seguro que no era muy estable por sí solo.

Después me puse la capucha y empecé a dar vueltas con la cinta hasta que quedó tan solo una rendija en la superficie que me permitiera respirar, hablar por teléfono y seguir cortando la cinta americana con los dientes.

Recordé unos guantes de invierno que estaban en el cajón de la cómoda y los dejé sobre la cama para ponérmelos al final del todo.

Me metí parte de los suéteres por dentro de los pantalones y encinté también la cintura, no podía haber ninguna fisura. Luego, al ir a calzarme, me di cuenta de que uno de mis pies, el derecho, tenía casi el doble de tamaño que el otro, estaba muy hinchado y las

pasé putas para meterlo en aquella bota. Metí los vaqueros por dentro de estas y los encinté. Aún sobraba algo de cinta, así que la usé para reforzar los pantalones por fuera.

Debía de tener un aspecto peculiar, algo así como un almohadón embutido y momificado en aquella cinta color plata. La temperatura empezó a subir rápidamente. Y pronto me di cuenta de que si no acababan los gatos conmigo, acabaría cocinado en aquel envoltorio. Tenía que darme prisa. Me puse los guantes y salí de la habitación.

Por un momento pensé en coger el hacha, pero antes tenía que buscarla, no recuerdo exactamente dónde la había dejado, y después esboqué una imagen mental de mí mismo dando hachazos al aire a diestro y siniestro. Aquello no funcionaría, yo no podía sentir la fuerza.

Avancé por el pasillo palpando la pared de nuevo, esta vez sin tropiezos, y llegué hasta el cajón de los cuchillos. Puede que aquella improvisada armadura me librara de los gatos normales, pero aquella bestia destrozaría mi protección con solo proponérselo.

Palpé los cuchillos de la cocina y acabé escogiendo un cuchillo cocinero, de esos que se usan para trocear verduras. Era grande, pero podía llevarlo en el bolsillo del abrigo por si tenía que enfrentarme finalmente a aquel gran gato pardo hijo de puta. Si se tiraba encima de mí, quizás me diera tiempo a ensartárselo hasta el mango.

Al salir me di cuenta de que todo aquel envoltorio mermaba los sentidos que aún me quedaban, al tener los oídos tapados escuchaba casi únicamente el sonido de mi propia respiración. Era como un astronauta en un espacio exterior hostil.

El calor se hizo insoportable, mi propio calor me estaba matando.

Llegué sin problemas hasta la pared del trastero y después, sin separarme de ella, di la vuelta a la esquina hasta encontrarme con la escalera de gato.

Nada más poner el pie en el primer escalón, mis amigos se hicieron de notar, dos de los gatos saltaron sobre mí, noté su presión en las piernas y en la espalda. Con una patada al aire me

libré de uno de ellos, pero el otro se aferró a mi espalda.

La acolchada armadura funcionaba, aquel gato intentaba morderme y estaba clavado a mí con sus uñas, pero no conseguía atravesar todas las capas. Era molesto y acojonaba, pero nada más. Llegué hasta el final de la escalera y casi me caigo para atrás cuando otro de ellos saltó sobre mi cabeza, pero conseguí recuperar el equilibrio y finalmente puse los pies en el suelo de la terraza, me costaba respirar, pero la adrenalina me dio un empujón de ánimo y seguí andando hacia mi objetivo con aquellos dos gatos encima como si nada.

Cogí al gato que tenía sobre la cabeza y lo lancé lejos, pude oír su maullido mientras voló. No podía perder la dirección, recordaba dónde había caído el móvil, estaba en la esquina izquierda de la terraza, en uno de los pocos sitios que permanecía libre de trastos.

Otros dos gatos saltaron sobre mí, pero a mí, *plim*. No pesaban demasiado, avancé arrastrándolos a todos y cuando llegué a la esquina me libré de uno de ellos de la misma manera que lo había hecho con el anterior, y al otro, en vez de lanzarlo, lo estampé contra el suelo, el maullido fue distinto, me gusto más.

No me salían las cuentas con los gatos, deberían de quedar dos adultos y una cría, y uno de ellos, *Félix*, estaba más que escaldado. Pero me salieran las cuentas o no, los gatos estaban allí.

Me arrodillé y saltaron de nuevo encima de mí, no sé ya cuántos eran, pero les dejé hacer, al fin y al cabo el que tenía en la espalda llevaba un rato intentando atravesar con sus dientes mi armadura sin ningún resultado.

Empecé a palpar el suelo por donde suponía que debía de estar el móvil y tardé un poco, pero enseguida encontré un bulto. Con aquellos guantes era difícil distinguir lo que estaba tocando, me quité el guante de la mano derecha, era la batería, ya quedaba menos.

Palpé y palpé a mi alrededor sin ningún resultado, así que gateé un poco hacia atrás para empezar a rastrear otra zona y entonces, al moverme, me clavé el móvil en la rodilla, fue doloroso y alentador

al mismo tiempo.

Tenía que montar aquello, me costó al menos treinta segundos encajar la batería. Ahora solo tenía que localizar el botón de encendido. Aquel móvil no era el mío, así que no tenía ni idea de dónde estaba. Reconocí al tacto las cuatro hileras de botones donde debían de estar las teclas numéricas, había un par de botones más separados de estas hileras y uno de ellos debería de ser el de llamar y el otro el de colgar. Además de estas funciones, lo más seguro es que uno de los dos encendiera el teléfono.

Me quedé apretando el botón de la derecha tres segundos, no pasó nada, después probé con el de la izquierda y tampoco pasó nada, palpé alrededor de la pantalla, pero no parecía haber allí ningún botón más, y tampoco debajo del teclado numérico.

En ese instante uno de los gatos pareció darse cuenta de mi punto débil y me propinó un doloroso bocado en la mano. Casi suelto el teléfono, pero me lo cambié de mano, lo metí en el bolsillo que me quedaba libre y, haciendo un esfuerzo de concentración, conseguí ignorar el dolor que me estaba causando aquel hijo de puta y rebuscar con la mano izquierda, que aún llevaba el guante, el cuchillo cocinero en el bolsillo contrario.

Esta vez actué con calma, aguantando el dolor, situé despacio el cuchillo cocinero por debajo de su cuello y degollé a aquel felino de una sola vez. No le dio tiempo ni a maullar. Cesó la presión en la mano y el gato cayó sin vida. «Uno menos», pensé. Y ya que tenía el cuchillo en la mano, la tomé contra los gatos que había encima de mí. Me levanté del suelo y una vez de pie, agarré uno de los gatos que tenía en el costado, localicé como pude su cabeza y le cogí por detrás del pellejo. «Es algo que nunca falla», pensé, y aunque se revolvía todo lo que podía lo degollé también allí mismo. No deberían de quedar muchos ya.

Aquello estaba funcionando. El resto de gatos, exceptuando el que seguía aferrado en la espalda, parecieron darse cuenta del peligro y me dejaron en paz. Yo no alcanzaba a coger al cabrón que insistía en hacerme un agujero en la chepa, pero tampoco importaba

mucho, tenía cosas más urgentes que atender.

Volví a meter el cuchillo en el bolsillo y le presté toda mi atención al teléfono móvil. Me quité el guante izquierdo para ver mejor y volví a probar con aquellos botones aislados sin resultado ninguno. Revisé la posición de la batería. Era la correcta, pero no había manera de encender aquel puto trasto.

Estaba a punto de estampar el móvil contra el suelo cuando caí en la cuenta de que había más botones incrustados en el lateral de la carcasa, y... *voilà!*, por fin aquel ridículo tono. *Tatatí.*

¡Sí!

Había encendido el móvil. Sentí cómo otro felino me trepaba por las piernas, debía de ser uno de los cachorros porque la presión que ejercía era menor que la de los otros, pero no le hice ni caso y me concentré en intentar marcar el número de Emergencias.

A ver. Ciento doce, sí. Solo tenía que acertar con el teclado. Deslicé los dedos por el móvil y allí estaban las hileras numéricas. Por lógica tenía que apretar la tecla superior de la izquierda dos veces y la contigua una vez. Así lo hice y ahora solo me faltaba acertar con la tecla de inicio de llamada. Pensé por un momento en cómo estaba situada en mi móvil. Descolgar a la izquierda y colgar a la derecha, ¿sería esta una regla universal?

No sé si era una regla universal o no, pero funcionó. El sonido de comienzo de tono fue para mí como si se tratara de las trompetas del Séptimo de Caballería. Enseguida sonó una voz de mujer como si fuera un ángel.

—Emergencias, dígame...

Yo abrí la boca sin saber aún lo que decir.

—¿Hola? Estoy en peligro, me están atacazzggggg.

Aquel cachorro cabrón que había trepado por mi cuerpo consiguió meter la cabeza entera dentro de mi boca antes de que fuera capaz de pronunciar una palabra más.

—¿Oiga? —Pude oír al otro lado del auricular—. Tranquilícese y hable más claro...

No pude oír nada más. Otro gato saltó sobre mi brazo y el móvil

fue a parar al suelo, donde se desmontó de nuevo por lo que pude escuchar.

Cogí el cuchillo otra vez, pero aquel gato cabrón me mordió entre el pulgar y el índice y fue como apretar un resorte, mi única arma estaba en el suelo también.

Tenía que recogerlo, pero si ordenaba mis prioridades con inteligencia, lo primero era respirar, aquel cachorro endemoniado que apenas tendría tres semanas no solo había metido la cabeza dentro de mi boca, el hijo de puta intentaba entrar entero y lo intentaba desesperadamente. Lo cogí del vientre y, apretando con todas mis fuerzas, estiré de él, de alguna manera había conseguido introducir sus garras por las comisuras de los labios y cada vez que estiraba me daba la sensación de que me iba a arrancar la boca. Aun así lo intenté un par de veces más y ni me arranqué la boca ni me saqué el gato.

Me arrodillé buscando el cuchillo, tenía que estar ahí, pero no parecía darse cuenta. El gato que estaba en mi brazo destrozándome la mano masticaba como si tuviese hambre. Lo golpeé cinco o seis veces contra el suelo hasta que conseguí que se soltara. El cuchillo, joder, ¿dónde coño está el cuchillo? Palpé un poco más a mi alrededor, tenía que estar allí. Y lo estaba hasta que aquel cabrón de gato empezó a desplazarlo a zarpazos. Dándole patadas se lo llevó un par de metros hacia alguna parte, el radio para buscarlo era más grande. ¡Joder, no me daba tiempo! Prácticamente no podía respirar, tenía que hacer algo con aquel inquilino que me estaba dejando la lengua llena de pelos.

Se me ocurrió lo obvio, ¿cómo no lo había pensado antes?

Mastiqué. Al principio fue difícil, tenía la boca muy llena, pero en dos o tres bocados el gatito dejó de hacer presión y, no sin un considerable esfuerzo, mordí su cuello hasta separarle la columna vertebral. Estiré de él y salió de mi boca como si fuera el corcho de una botella... «pop», dejándome un asqueroso regusto a sangre y pelos.

Dicen que son muy limpios, pero al que dijo eso seguro que no



se le metió ninguno en la boca.

Me levanté y grité. Al principio fue una «a», mejor dicho, una «A», pero a medida que transcurrieron los segundos fui combinando la A con una R.

Di dos o tres pasos hacia adelante y rugí. Rugí y volví a rugir. Hubiese acabado con cualquier ser vivo que hubiese tenido delante, me daba igual que fuese un insecto, un mamífero, una planta o una bacteria, no tenía prejuicios ni con especies ni con razas ni nacionalidades. ¡Solo quería matar!

Aquello era un mensaje, y enseguida tuvo respuesta.

Le oí llegar, le sentí delante de mí y, entonces, él rugió.

Me invadió su aliento y me cubrió de saliva. El mundo entero se estremeció, por lo menos el que yo podía percibir. Se callaron hasta los grillos, el suelo tembló y una nube tapó el sol.

Oía mi respiración y la suya, debía de tener la cara a mi altura, lo visualicé. Si me movía, la cagaría, así que la cagué. Tampoco era cuestión de quedarse allí.

Intenté salir de allí como si tuviera prisa, corrí hacia mi derecha, ya no tenía muy claro dónde estaba pero era exactamente donde no quería estar. Y así fue cómo me llevé el primer zarpazo, fue de refilón, pero me entró la suficiente prisa como para tropezarme con una pila de ladrillos que había por allí y partirme la crisma contra el suelo. Al caer pude comprobar con mis propios dientes que estaba en una zona donde dejaba apiladas algunas tejas sobrantes. Eso me indicó el camino hacia el que gateé como pude. Entonces me llevé un par de patadas en el estómago que me hicieron caer al suelo de nuevo. Yo estaba gateando y aquel gato cabrón estaba de pie dándome patadas como si estuviese en una pelea de bar. Aquello era demasiado irreal para mí, tenía que escapar cagando leches.

Me puse de rodillas de nuevo y sentí cómo un zarpazo me tiraba de lado, solo una de las uñas se incrustó en mi cuerpo, las demás destrozaron todas las capas de protección que llevaba puestas, pero fue como un cuchillazo a contrapelo en la espalda. Entonces me

incorporé y salté. La escalera estaba allí, hice un esfuerzo más y me tiré terraza abajo. Caí de costado, estaba acolchado, pero aun así me dolió como si se me hubiese roto una costilla, de hecho, creo que eso es lo que pasó.

Me incorporé, tenía que dejar lo del dolor para luego, pero mi brazo derecho apretaba por sí solo el costado en un acto reflejo.

Él saltó tras de mí, pero claro, seguro que habría caído de alguna manera elegantemente salvaje.

Corrí sin rumbo, me costaba respirar y cojeaba, pero ya tenía bastante con tener piernas, así que puse el brazo izquierdo por delante y que fuese lo que Dios quisiera.

Aquella cosa saltaría encima de mí de un momento a otro.

Pero no le dio tiempo, yo mismo me encargué de acabar en el suelo de nuevo. Tropecé con algo que había en mi camino y tardé muy poco en averiguar lo que era, caí justo encima de *Bob*, que seguía allí tumbado con la garganta abierta, empezando a pudrirse. Si no recuerdo mal, por allí andaba la espada, la busqué a tientas lo más rápido que pude y di con ella. Me levanté y sentí su presencia, además, no estaba solo, había más gatos dando vueltas a mi alrededor, ni siquiera los oía, pero podía sentirlo, y la mala bestia estaba justo delante de mí. Apunté la espada hacia él, pero no tropecé con nada. Un gato saltó sobre mi rostro, se agarró a mi cabeza y solo se soltó cuando le retorcí el pescuezo con la mano que me quedaba libre. Me tambaleé, aquel calor era insoportable y aquellos hijos de puta no me iban a dar tregua. Dos más saltaron hacia mí y uno de ellos se puso a morderme la mano de nuevo, yo empecé a hacer movimientos espasmódicos con el brazo para quitarme al bicho de encima y entonces di con la espada contra algo sólido.

Era la verja de la piscina, la colocamos allí en su día por los niños, es de esas de forja que siempre incluyen algún adorno protuberante, y me dirigí allí con la intención de librarme de aquel gato a base de golpes. El otro ya no sé bien por qué parte de mi cuerpo andaba. Comencé a golpear mi antebrazo contra la verja

hasta que el animal se soltó y acto seguido un tremendo zarpazo me llegó de alguna parte y casi me arranca la cabeza. Yo volé literalmente para ir a parar encima de las escaleras de la piscina.

No me podía ni mover, aquel zarpazo había llegado más profundo de lo que debía, las uñas, después de rasgar toda la protección que llevaba encima, dibujaron dos surcos paralelos desde mi nuca hasta mi barbilla y podía sentir de repente cómo el aire fresco y la sangre ocupaban alegremente el espacio que había entre una mitad y la otra del cartílago de mi oreja. Solo oía un intenso zumbido por ella.

Estaba bocabajo sobre las escaleras y grité, grité y lloré, como un niño.

Estaba esperando un golpe de gracia cuando un cachorro que ya no me entraba en las cuentas se acercó sin ruido y me mordió precisamente en la mitad de la oreja que colgaba hacia el suelo chorreando sangre. Se puso a estirla, como si quisiera llevársela a casa, con un gran esfuerzo me apoyé sobre el otro codo y estiré lo que pude de aquel gatito. Estaba estimando si al emplear más fuerza en arrancar al gato acabaría arrancándome aquel trozo de oreja cuando aquella bestia me cogió por los pies y empezó a estirar hacia atrás.

De un solo estirón me libré del cachorro y de mi media oreja. El propio dolor me dio energías para zafarme de la bestia. Moví las piernas con todas mis fuerzas y conseguí dejar libre una de ellas, y con una patada al brazo que sujetaba la otra, me escapé. Mi reacción debió de pillarle por sorpresa, me arrastré como pude y caí a la piscina.

La primera impresión que tuve cuando me sumergí es que aquel era un lugar seguro. Me hubiese encantado refugiarme en aquel fluido para siempre, era una pena que no se pudiese respirar allí dentro.

Mi piscina es una balsa, una de esas que se levantan metro y medio sobre el terreno, era un poco más honda porque también habían hecho algo de agujero en el suelo. Yo no hacía pie, faltaba

poco, la verdad, el agua cubría apenas diez o veinte centímetros por encima de mi cabeza, así que si me quedaba saltando para respirar estaba todo arreglado.

Intenté situarme en el centro sin saber muy bien cómo.

Toda aquella ropa mojada pesaba un quintal, me mantuve a flote durante unos minutos eternos luchando con el dolor de mi costado y combiné esto con dejarme hundir y apoyarme en el suelo. Descansaba algo mis músculos, pero el aire tampoco era algo que me sobraba.

Esos cabrones deberían de estar allí en el borde de la piscina, tranquilos, observando cómo poco a poco perdía mis fuerzas. Había un pequeño flotador por allí en algún lado de la piscina, era el único juguete de los niños que había rescatado cuando la limpié. Los demás que habían pasado un año tomando el sol abandonados acabaron en la basura.

Tenía que quitarme toda aquella ropa, una vez me acostumbré a la temperatura de la piscina empecé a sentir el agobio de nuevo, quitarme el abrigo fue fácil pero el turbante de la cabeza y la puta cinta americana se resistían más, aquello era un tormento, tenía que dejar de nadar y hundirme, después buscar el principio de la cinta para despegarla. No había manera, así que al final ensanché la parte rasgada lo suficiente como para sacar la cabeza entera por ella. Noté un tremendo alivio cuando mi cabeza entera experimentó la presencia del agua. Mis ojos se refrescaron, creo que eran la parte más caliente de mi cuerpo. Me hubiese encantado recrearme un poco, pero tenía que seguir nadando. No tenía ni idea de en qué lado de la piscina estaba, pero no me apetecía para nada acercarme a ninguno de los bordes, aquella bestia podía estar en cualquier lado.

Debía encontrar el flotador. Entonces recordé que los juguetes de los niños solían agruparse cerca del *skimer* de la piscina, no sé muy bien por qué, pero tampoco me importa, lo único que contaba es que había bastantes más posibilidades de que el flotador estuviese antes allí que en ningún a otra parte de aquel rectángulo.

Estaba agotado, pero aquel flotador era lo único que podía darme algo más de tiempo, tenía que localizar el *skimer*, agudicé mis oídos, pero solo conseguía escuchar mi propio chapoteo.

Tenía que crear olas, entonces el *skimer* se abriría y se cerraría y el ruido de la tapa golpeando delataría su ubicación.

La sola idea de hacer algún esfuerzo más por encima del que ya estaba haciendo me fatigaba, pero no quedaba más remedio, así que me puse allí en medio de la piscina, o eso creo, a mover las piernas y los brazos hasta crear un mínimo oleaje. Tenía que ser una imagen patética desde fuera, visualicé a los gatos preguntándose con cara extraña ¿este qué coño hace?

Monté todo el oleaje que pude y me paré a escuchar.

Sí, no muy lejos de mí, detrás, estaba el *skimer*, sonó tan solo dos veces, pero tenía un lugar hacia donde ir. Me di la vuelta y nadé como un perro, despacio. Si el flotador estaba allí no era yo quien lo iba a espantar dando manotazos, un par de metros más en aquella dirección me hicieron dudar, quizás me estaba acercando demasiado al borde, me detuve.

El agua había reblandecido el cemento que había en mis ojos y como pude me restregué. Conseguí abrirlos un poco y se llenaron de agua y de luz, el agua me alivió, fue algo desagradable por el cloro, pero sentí cierto frescor por un momento, pero la luz... la luz me atravesó los ojos y llegó más allá en alguna parte, dolió en mis pensamientos y en el estómago y en las puntas de los dedos. Cerré los ojos, la oscuridad era mucho mejor. No se veía nada y punto, todo era negro y punto, no se podía ver ya menos. La luz sin embargo no, siempre podía haber más y más de la que uno puede soportar.

Alargué los brazos en busca de alguna referencia y no la hallé, debían de faltar tres o cuatro metros más hasta la esquina, así que poquito a poco me fui acercando hasta que rocé con la mano el borde de la piscina. Instintivamente me agarré a él, fueron cinco o seis segundos de paz. Necesitaba parar de nadar, no podía con mi alma.

Duró poco, uno de los gatos me atacó, bufó y se ensañó con mi muñeca sin piedad, intenté cogerlo y tirarlo al agua, pero desapareció del arco de mi brazo. Me solté y me hundí, quería quedarme allí dentro, que parara todo ya, pero no pude evitar salir a respirar, lo hice sin querer.

Cuando salí me tiré hacia atrás para alejarme un poco del borde y allí estaba. Mi cabeza tocó el flotador, me di la vuelta y empleé toda la fuerza que me quedaba en dar unos cuantos manotazos al agua cargados de una tremenda desesperación y finalmente lo cogí.

Era el flotador de un niño de seis años, no podía verlo, pero me acuerdo de él.

El fondo es una playa y por ella desfilan *Pocoyó*, el elefante y el pato. Yo estaba contentísimo, si hubiese tenido playa, hubiese desfilado también por allí con mi flotador. Metí un brazo en él y ayudaba bastante a mantenerse a flote, pero era estúpidamente incómodo, después saqué el brazo y opté por hinchar el flotador un poco más, le había estado dando el sol y estaba un poco fofo. Después de llenarlo del todo y haciendo un tremendo esfuerzo de equilibrio, conseguí poner el trasero encima de él al tercer intento, y mantuve el equilibrio unos quince segundos, aquello prometía.

Podía meter la cabeza por el agujero, pero los brazos no, quizás sin la ropa podría intentarlo y acabar rompiéndolo.

Entonces me abracé a él apoyando la barbilla y el pecho y sujetándolo con los brazos, aquello era una solución, podía descansar un poco. Tenía que cuidar el equilibrio, pero con los brazos era fácil y aun así el agua me llegaba hasta el mentón.

Me relajé un minuto o dos, y el cansancio pudo conmigo.

## **CAPÍTULO 11**

---

### **Ahora**

Me he despertado tragando agua, y gracias a Dios uno de mis brazos aún sujetaba el flotador. No sé cuánto tiempo ha pasado, quizás unos segundos o un par de minutos, pero el atracón de agua me ha sacado de algún sitio que estaba muy muy lejos de aquí. Un sitio donde mi mujer me acunaba con sus brazos. Aquí solo hay dolor, humedad y una mierda de flotador.

Hace unos minutos uno de mis codos ha rozado la pared de la piscina y al instante uno de esos gatos ha lanzado un zarpazo pinchándome el flotador. El muy cabrón ha acabado con la única cosa a la que me podía agarrar, así que le he cogido y lo he arrastrado conmigo al agua, ha luchado desesperadamente pero por mucho que mordía y arañaba mis brazos, estaba luchando contra alguien que ya tenía muy poco que perder. He sujetado su cuerpo bajo el agua hasta que ha dejado de moverse y he visto en su muerte el reflejo de la mía. He podido sentir con mis propias manos cómo la vida se estaba escapando de aquel cuerpo blando y mojado.

No quedaran muchos ya, los he contado y no me salen las cuentas, creo que ya he matado más gatos de los que tenía. De todas formas no parecen quedar muchos, quizás pueda tirarlos uno a uno a la piscina.

La bestia acaba de ponerse frente a mí, a él sí que puedo sentirlo, pero debo de estar fuera de su alcance porque no me

ataca.

—¿Ves lo que he hecho con tu amigo? ¿Por qué no te metes al agua conmigo y jugamos un rato?

Está soltando un maullido extraño y prolongado y por cómo se transforma el ruido puede percibirse que está moviéndose de un lado a otro de la piscina, pero no parece hablar conmigo, es como si se estuviese dirigiendo hacia el exterior.

No entiendo qué es lo que pasa...

Sí, está pidiendo refuerzos, y parece que le escuchan, porque están llegando más gatos. Se nota cierto bullicio, los otros gatos están maullando también. Ese cabrón está llamando a todos los gatos del pueblo y ellos parecen hacerle caso. Ahora hay un terrible coro de maullidos y bufidos alrededor de mí, cualquier intento de salir será totalmente inútil. Si al final me van a joder, que entren ellos.

No me quedan fuerzas ya, mi mente no piensa con mucha claridad y me invaden recuerdos borrosos y bocanadas de agua con cloro de vez en cuando. Si pudiese descansar un poco...

—¡Por Dios, dejadme dormir un poco! ¡Solo quiero un suelo donde caerme muerto!

Recuerdo a mis niños en la piscina, y a mi mujer con el pelo mojado, recuerdo la última vez que la vi, recuerdo lo que me dijo, estaba cabreada pero preciosa.

Me hundo y la oscuridad que aún era roja se torna negra.

—No se te olvide darles de comer a los gatos.



## CAPÍTULO 12

---

### No me gusta este final

Soy, estoy aquí, mi conciencia se mantiene, pero no siento nada, no siento el agua ahogándome, ni tampoco la respiración.

La muerte no puede ser esto. ¡Menuda mierda! Todo está oscuro y mis sentidos no perciben ningún tipo de estímulo.

Imaginarme una eternidad así me desespera y me agota.

¡No es posible! ¡Si hay un infierno, es esto!

¿Qué coño de sentido tiene la vida? ¿Se acaba y te quedas aquí colgado? Joder, me conformaría con la reencarnación, aunque fuese una lechuga.

¿Se podrá dormir aquí?

No tiene sentido. Incluso la pura desintegración, dejar de existir sin más, me parece razonable, pero esto no.

¿Será un castigo?

Nadie contesta, no pasa nada. Pero existe el tiempo y parece ser que hay de sobra. Si esto no ha acabado ya, no veo cómo puede acabarse ahora.

Quizás haya alguna manera, no me gusta este final.

¡NOOOOOOOOOOOOOOOOO!

¡No me gusta este final! ¡NO ME GUSTA ESTE FINAL! ¡Que lo cambien! ¡Me conformo con cualquier cosa! Entonces llega una respuesta.

Oigo algo, intento moverme, pero no soy consciente de un cuerpo que pueda mover.

Unos pasos se acercan a mí, si es que estoy en alguna parte...

Hay una voz. Es ella, mi mujer. Su voz me pide que me tranquilice. Sus manos rodean mi rostro, un rostro que no siento. Lo que me llega no es tacto exactamente, pero sí una especie de calor, una sensación de caricia, algo que me da paz.

Ella no está sola, están todos allí.

Quizás esté en el hospital, puede que esté drogado.

Sí, eso es lo que está pasando, menos mal.

Ella me está hablando, no son palabras, solo están los significados.

Me dice que lo siente, que esto no tendría por qué haber acabado así, pero que el niño que tiene en el vientre es demasiado importante, que es el nuevo rey, el único que podrá unificar y hacer resurgir a su pueblo. Y que yo lo he puesto en peligro.

¿De qué coño está hablando?

Dice que yo he ofendido a su padre, a su Dios, y que no hay manera posible de remediar esto. La decisión está tomada, y ella no la puede cambiar.

—¿Qué coño pinto yo en todo esto?

Ella me hace saber que yo llevaba dentro aquello que hacía falta para engendrar al rey.

—Mira, Basti, solo tendrías que habérmelo dicho, a mí no me van estos rollos, pero a tu padre se le ha ido un poco la mano, ¿no crees? Yo no quería tener más hijos, pero si lo que viene es un rey y si tus padres estaban dispuestos a pagar los pañales y a quedarse con él un par de noches a la semana..., no sé, podíamos haber llegado a un acuerdo, no tenía por qué haberse puesto hecho una fiera.

Ella no contesta.

—¿Dónde estamos? ¿Qué va a pasar ahora?

—Estamos en casa. Te van a juzgar, yo he intercedido por ti para que no puedas sentirlo.

—¿Me habéis drogado?

—Te han trepanado el cerebro.

Yo no tengo ni idea de lo que es esto, pero al instante me ha llegado la imagen de alguien metiendo una especie de bisturí por mi nariz y sacando trocitos de masa encefálica por el orificio.

—Ah, pues muchas gracias, mi vida, pero casi la próxima te quedas calladita.

—Es la hora, relájate.

Por lo que he podido ver en la reveladora imagen que acabo de tener, mi cuerpo está tumbado y totalmente envuelto en una especie de vendas.

La verdad, me cuesta relajarme, no sé por qué.

La presencia de Basty se aleja de mí y ahora es su padre el que se aproxima. Es su padre y la bestia parda a la vez, ha sacado una preciosa daga de aquella caja egipcia que había en el armario, no lo veo, pero lo sé, parece ser que lo tenían ya todo pensado.

No sé yo si este juicio va a ser muy justo, de entrada, antes de saber si soy culpable o no, ya me han sacado el cerebro a trocitos por la nariz y el juez se aproxima a mí con un cuchillo.

Me va a sacar el corazón y luego me va a juzgar, ¿no tendría que ser al revés?

Intento explicárselo, pero es él el que habla mientras me clava la daga.

—Yo soy el Gran Gato que inauguró el árbol Yeshed en Heliópolis, en aquella noche en que fueron anonadados los enemigos del Dueño del Universo...



PACO LUNA (Valencia, 1970-2018) es un escritor como nunca encontraréis. Músico profesional y apasionado fotógrafo, es bien conocido en el mundo *underground* de los locales de música en directo en Valencia. Tras no haber triunfado en ninguna de estas artes, decide probar suerte en la literatura con *Terror entre cítricos*, su ópera prima, una obra compulsiva y repulsiva al mismo tiempo, en la que se desnuda ante el lector mostrando su particular forma de ver la vida. Si después de leer su obra tienes inquietud por conocerlo, no lo busques en una biblioteca, seguramente lo encontrarás en el bar de la esquina.